AGUINALDO
PUERTO-RIQUEÑO

AGUINALDO

PUERTO-RIQUENO.

Coleccion de producciones orijinal en prosa y verso.

PUERTO-RICO:
Imprenta de Gimbernat y Dalmau.
1843.

PREFACIO

En fines de Octubre último fue cuando animados del mas ardiente celo por todo aquello que pueda contribuir a dar lustre y gloria a esta venturosa Antilla, en una reunion de amigos improvisamos el proyecto de componer y publicar "un libro enteramente indíjena que por sus bellezas tipográficas y por la amenidad de sus materias pudiese dignamente al terminarse el año ponerse á los pies de una hermosa ó en signo de reconocimiento y de cariño ofrecerse á un amigo, á un pariente, á un protector, reemplazando con ventajas á la antigua botella de Jerez, el mazapan y á las vulgares coplas de Navidad" según lo dijimos en nuestro prospecto publicado en el Boletin de esta isla. Ya entonces preveiamos que la falta de elementos, la desconfianza que los colaboradores tenian de sus talentos y la premura del tiempo cuando hasta entonces ningunos materiales habia reunidos para la obra, serian escollos que habiamos de encontrar necesariamente. Sin embargo, firmes en nuestro propósito nos dedicamos á escribir en los momentos

que nos dejaban libres nuestras ocupaciones, y hoy tenemos el honor de dar á luz el Aguinaldo.—El que piense encontrar en él grandes cosas, obras maestras, composiciones sublimes, se verá engañado en sus esperanzas. Ni lo hemos intentado nunca, si siquiera soñádolo, porque nos conocemos. Jamás nos ha ocurrido la idea de rivalizar con los grandes injenios que con sus obras embellecen esta clase de libros en otros paises, y mucho menos lo pretenderíamos en el presente caso, en que obligados á presentar nuestros trabajos en un plazo brevísimo, es decir, en los primeros dias de Noviembre, hemos tenido que entregarlos sin el pulimento que solo puede darse á las obras del injenio despues de examinarlas y releerlas muchas veces.—Virgilio leyó y castigó diez años su Eneida y aun no la encontró buena para publicarla.

Tampoco nos hemos puesto en comunicación con varios de nuestros amigos y compañeros, porque residiendo fuera de la Capital y urjiendo el tiempo, no lo ha habido para rogarles que embelleciesen el Aguinaldo con sus producciones, que unidas á las que insertamos debidas á la complacencia de algunos otros señores, hubieran formado sin duda su parte mas interesante.

Por todas estas razones imploramos la benevolencia del público y esperamos que habiéndola concedido á cada uno en particular no la rehusará á todos en jeneral, y á fe que si se

atiende al noble fin que nos hemos propuesto en esta publicación y que ya tenemos indicado en nuestro prospecto, nos asiste derecho á prometérnosla.

Si así sucediese y este primer ensayo encuentra una benigna é induljente acojida, el Aguinaldo del año siguiente llenará mejor nuestros votos y el gusto del público. Las composiciones serán más correctas y de mayor mérito y aun quizás, si nos es dado conciliar las circunstancias, las adornarán elegantes grabados y litografías de que ahora va desnudo por carecerse de recursos para ello en el pais, y que entonces nos proporcionaremos.

Al menos creemos que se nos agradecerá el buen deseo que nos anima en nuestra empresa, y aun cuando otra recompensa no reciban nuestras tareas quedarán cumplidos los votos de

Los autores del Aguinaldo

INTRODUCCION

Venid hermosas de brillantes ojos,
sensible pecho, anjelical sonrisa,
Que amais la vida porque veis en ella
Sendas de flores sin ninguna espina.

Venid, y en este venturoso libro
Que anhela con afan vuestras caricias,
Paead leyendo sus humildes hojas
Algunas horas de placer henchidas.

Venid ¡oh bellas! de radiante frente
jamás hollada por la cruel falsía,
Venid y encontrareis mil pensamientos
Que os hagan recordar pasados dias.

Llegad, llegad las que gozais amores
Rodeadas siempre de ilusiones vivas,
Llegad y no paseis sin que estas hojas
Contemplen antes vuestra faz divina.

Las que lloreis de ingratitud perversa
La triste prueba, ó la memoria indigna

Venid tambien y alejareis la idea
Que os haga humedecer vuestras mejillas.

Que en este libro encontraréis consuelo
Siempre que el alma en el dolor sumida
Os haga tristes suspirar llamando
Las bellas horas de ilusión perdidas.

Si acaso el mundo con su imbécil farsa
Os roba á veces vuestra paz sencilla,
No alceis por eso vuestra voz doliente
Cual lloran las humildes tortolillas.

Ni al hado maldigais porque os torture
Fiero amargando vuestra dulce vida,
Y en vez del llanto que los rostros quema
Cobrad leyendo la turbada dicha.

Vereis entonces alejarse al punto
La negra angustia con veloz huida,
Como ante el brillo de la luz celeste
Hunde la noche su tiniebla fria.

Y el mismo tiempo que con tardo paso
El débil corazón os comprimia,
Cual fresca brisa pasará besando
Vuestra alba frente de candor teñida.

Sí, hermosas Niñas, vuestro libro es este,
Tendedle siempre vuestra mano amiga,

Ya esteís ceñidas de amorosas flores
Ya en vez de rosas encontreis espinas.

Jamás dejeis que en el olvido duerma,
Pedidle amores y os dirá sus cuitas,
Y si amarguras apurar quisiéreis
Podrá enseñaros las que dá la vida...

Jamás lo abandoneis, y en esas horas
En que buscais la soledad tranquila
Para gozaros repitiendo el nombre
Del que la llama en vuestro pecho anima,

Abridlo hermosas, y hallareis encantos
Al leer de sus historias peregrinas
La grata variedad que os muestre á veces
Para vosotras su belleza escrita.

Y si de gozo suspirais entonces
Y brilla en vuestros ojos la alegría,
A sus autores recordad siquiera
Que solo os piden vuestra fiel sonrisa.

J. Guasp.

PEDRO DUCHATEAU

Alto!... dijo el mayoral á las mulas que tiraban la Dilijencia en que venia desde Madrid, al llegar frente á una posada de la ciudad de Sevilla: alto, repitió, y á pocos instantes descendí por la portezuela del coche despidiéndome antes de mis compañeros de viaje á quienes deseé toda suerte de prosperidades. Pocos momentos despues, hallándome en mi habitación, sentí el chasquido de un látigo y el ruido de un coche: era la Dilijencia que continuaba su marcha. Respuesto algun tanto de las fatigas que son consiguientes á un viaje en carruajes de aquella naturaleza, salí de mi posada á contemplar los edificios de esta decantada ciudad, uno de los objetos de mi peregrinación. ¡Cuánto admiré la hermosa catedral con sus elevadas torres, emporio de la cristiandad y recuerdo antiguo de los moros, y aquella Jiralda cual otra torre de Babel, construida al estilo gótico! Luego me dirijí al interior de este edificio. La iglesia estaba desierta. Alli pude observar su altar mayor de tanto lujo y magnificencia, sus ricos ornamentos y pedre-

rías, y entonces apunté en mi cartera: "Sevilla tiene una famosa catedral y en ella se venera al Criador del universo con toda la pompa y lujo que merece tan gran divinidad." Despues visité las demas notabilidades que encierra esta ciudad, como el alcázar, la casa de espósitos, la de monedas, y el puente de barcas en el barrio de Triana; todas me causaron admiración, y tomé algunos apuntes de ellas. No teniendo ya nada que ver, é hiciese más larga mi permanencia, me dirijí á Cádiz, único punto que me faltaba visitar para concluir mi viaje por España. Hallábase á la sazon próximo á salir para aquel punto el vapor español Cristina: fuí inmediatamente á hablar con su comandante y tuve la fortuna de que me admitiese á su bordo. Eran las tres de la tarde cuando salimos de esta ciudad; el buque caminaba con una velocidad estraordinaria, tal era el efecto de la máquina cuyas ruedas separaban las aguas que le cercaban, dejando tras sí un surco de espumas blancas: yo me coloqué en la popa del vapor á observar la vista pintoresca que presentan las márjenes del rio Guadalquivir, sembradas de viñas y hermosos huertos: su fresca verdura y lozanía me hicieron esperimentar momentos de placer que nunca olvidaré. Llegamos por fin á perder de vista la tierra, y con ella objetos tan halagüeños. Abandonamos las aguas del rio para entrar en las del Océano. Conociendo entonces que iba á apoderarse de mí aquella tris-

teza, que siempre me ha proporcionado la vista del mar, para distraerla me dirijí al comandante, y le pregunté qué número de pasajeros llevaba á su bordo, con objeto de saber sus nombres, y adquirir conocimiento de ellos para con su trato y conversacion destruir las horas de fastidio que habia de pasar durante mi permanencia en aquella casa de madera flotante sobre las aguas. Su respuesta fue presentarme una lista de ellos, entre los cuales se contaban ocho presidarios. Como siempre he tenido mucha compasión á esta clase desgraciada de la sociedad, pregunté al capitán si no tendria inconveniente en conducirme al lugar donde se hallaban. Yo no sabía qué instinto me guiaba donde estos infelices, á mas de que el corazón me anunciaba deber encontrar alli algo que me fuese interesante. El comandante me condujo al sitio que era en la proa del buque bajo una toldilla de madera, donde se hallaban sentados sobre la cubierta con los pies metidos en un cepo. Yo dirijí la vista hácia cada uno de ellos con el fin de observar en sus semblantes sus sentimientos, y adivinar el delito por que habian sido condenados á una pena tan desastrosa; á todos los vi conformes con su estado, menos un jóven cubierto de una espesa barba, que fija la vista en el suelo daba muestras del mayor abatimiento. Este hombre me interesó sobremanera, y guiado de mi curiosidad pregunté al ca-

pitan en idioma frances, si sabia el nombre de aquel desgraciado, y la causa de su sentencia. El eco de mi voz le hizo salir de aquella inaccion en que se hallaba sumerjido, y levantando la cabeza para mirarme, yo que no le perdia de vista un instante, al ver su rostro aunque desfigurado por el pesar, sentí un temblor en todo mi cuerpo, y esclamé en medio de esta sensación, Pedro!... Seguidamente me arrojé á sus brazos, y alli estrechados derramamos mútuamente lágrimas, desahogando nuestros corazones en el seno de la amistad. Pasaron algunos instantes en profundo silencio: yo dirijí entonces la palabra á mi amigo suplicándole me refiriese la historia de su desgracia, y la causa de verse en aquel estado. El demostró en su semblante acceder á mis deseos; pero conociendo yo que su posición le incomodaba, y que el rubor natural le impedía descubrir sus secretos en presencia de algunas personas tan estrañas, le pedí al comandante le permitiese salir por algunos instantes de aquella prisión bajo mi responsabilidad. El accedió á mi súplica, y tuve luego la satisfacción de dirijirme con mi amigo á un paraje retirado del buque, donde libres de todo testigo me refirió los detalles siguientes de su historia.

"Cuando nos separamos de París á fines del año 1823, despues de haber corrido parte de la Italia é Inglaterra, me dirijí á Sevilla al lado de un tio que se hallaba bien acomodado en

aquella ciudad, y que infinidad de veces me habia llamado con instancias para que me hiciese cargo de sus asuntos, porque su edad algo avanzada, y sus achaques no se lo permitian. Seis meses corrieron, y yo enterado de todos los negocios de la casa, disfrutaba de su cariño y me dispensaba por aquel respecto toda clase de consideraciones. Gozaba de una tranquilidad de alma envidiable. ¡Ay quién creyera que tan poco habia de durar! El cedro mas robusto de la selva llega un dia en que abatido por el huracan, cae en tierra y se convierte en polvo. Esto sucedió conmigo, yo me creia fuerte y superior á la desgracia con mi nueva posición, pero llegó un momento desgraciado y la tormenta me anegó... Un dia por mi desgracia entré en la catedral cuando se celebraba la fiesta de Pentecostes; todos los fieles de rodillas adoraban al Santísimo cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo colocado en la Custodia, que un Sacerdote de cara al pueblo elevaba y descendia en forma de cruz. El sonido del órgano, los cánticos sagrados, y el humo de los pebetes que formaban una atmósfera de incienso, conmovieron de tal suerte mi alma, que á pesar de mis años juveniles y mi despreocupación, yo me postré también y adoré con el mayor fervor al Criador del universo en aquel santo asilo. Entonces fue cuando observando á mi lado una mujer que embebida en la contemplación de aquel santo misterio, leia con suma atencion en su devocionario, ví

al través de su blanco velo un rostro hechicero, una boca celestial, y unos ojos negros de los cuales pendia una lágrima mas cristalina que el agua de la fuente, y de mas brillo que un pulido diamante. ¡Es tan interesante una mujer que llora! Yo permanecí estático observándola, y no advertí que los cánticos habian cesado, y que los fieles abandonaban el templo. Ella cerró su libro y al levantarse para salir, observando que mis ojos no se desviaban de ella un momento, un vivo rubor vino luego á colorear sus mejillas. Abandonó la iglesia, y al verla partir mi vista la fue siguiendo hasta perderla en la distancia. Mi corazon latia con violencia, y el fuego habia prendido. Todo aquel dia estuve pensando en la jóven del templo, y mi sueño no fue tranquilo. Yo amaba aquella mujer, una pasión frenética abrasaba mis entrañas. Al dia siguiente volví al templo, pero ya no la encontré en el mismo sitio, la busqué en todas partes, y vine á encontrarla en una capilla, entregada como el dia anterior á la meditación. Al acercarme, levantó la vista y me miró; sus ojos ruborizados volvieron á fijarse en el libro; yo no separé un instante los mios de su rostro anjelical, y tuve luego el placer de que ella volviese á mirarme otra vez, ay! lo suficiente para acabar de trastornar enteramente mi imajinacion acalorada, y hacerme emprender los planes que como luego sabrás han causado mi desgracia."

Como yo viese á mi amigo algo debilitado, le supliqué tomase algún alimento para poder continuar la relación de su historia. El aceptó mi ofrecimiento, y á poco tiempo volví trayendo un poco de vino con algunos biscochos que tuve el placer de vérselos concluir. Tres dias, me dijo entonces, que no he probado el menor alimento. Y por qué, le contesté? tambien te privaron acaso de este artículo tan necesario á la vida? —No, pero desde el momento que me leyeron la sentencia no quise probar nada, porque yo quería morirme, porque la idea de arrastrar una cadena, y verme entre asesinos, y ladrones me entristeció de tal suerte, que preferia antes la muerte que soportar tan dura existencia... Despues de una breve pausa continuó asi su narracion:

"Al dia siguiente yo sabia el lugar donde residia aquella mujer que causaba mis tormentos, yo no cesaba de pasear por frente de su casa, con la ansia de verla. Dos dias pasaron de esta suerte: yo ambicionaba verla mas de cerca, declararla los tormentos de mi corazon; yo queria en fin introducirme en su casa. Luchando con mil dificultades que se me presentaban para lograrlo, me ocurrió la idea que finjiendo un accidente á los umbrales de su casa, sus criados me llevarian á su presencia; y ella entonces tan relijiosa, tan buena cristiana, ejerceria en mí una obra de misericordia socorrien-

do mis dolencias. Ya podrás imajinar cuán fácil me seria esto, pues mi semblante algun tanto demudado con las vijilias ayudaba á creer que mi accidente fuese cierto. El dia siguiente fue señalado paar el efecto. La calle estaba desierta. Al ver á mi amada sentada á la puerta de su balcon que distinguí al través de los cristales, dí un fuerte grito y me dejé caer de espaldas, quedando al instante todo mi cuerpo bañado en sangre á causa de una pequeña herida que me hice en la cabeza, auxiliado de un cortaplumas. Yo sentí en aquel instante un ruido de campanilla, y oí á la dueña de la casa que mandaba á los criados fuesen á observar quién había lanzado aquel grito. Estos obedecieron sus órdenes y volvieron á decirle que un hombre bañado en sangre estaba tendido en el umbral de la puerta. Al momento descendio la escalera, y viéndome en aquel estado, hizo que me condujeran á una habitacion, donde me curó ella misma la herida, atándome con su pañuelo la cabeza para sostener un parche que ella habia colocado para contener la sangre. Yo sentia que su corazon latia fuertemente, y estuve tentado á descubrirle que todo aquello era una farsa, y declararle el motivo que me habia obligado á hacerle; pero reflexionando que aun no era tiempo, esperé á mejor ocasion. Como yo continuaba accidentado, ella me aplicó un frasco de éter, y frotaba mis sienes con aquel líquido. Yo finjí volver de mi éstasis, y al abrir

los ojos me apoderé de una de sus manos que cubrí de besos. Luego me puse de rodillas y le mostré mi agradecimiento á tantos favores como me habia dispensado, y acercando su mano á mi pecho le dije: "Señora, el dia que este corazon deje de latir, ese dia dejará de amaros Duchateau, y de olvidar los auxilios que tan jenerosamente le habeis suministrado." Mis palabras llenas de pasión causaron un efecto sorprendente. Ella se enterneció al escucharlas y descendió de sus ojos una lágrima; ay! aquella lágrima, acabó de trastornar mi imajinacion, aquella lágrima, en fin, me hizo prorumpir la palabra solemne *yo os amo*... iba a continuar mi declaracion, pero poniendo ella su mano en mi boca impidió el resto y se ausentó. A pocos instantes volvió, pero yo fingiendo entonces hallarme restablecido de mis dolencias me despedí de ella, no sin suplicarle antes me permitiese venir alguna vez á su casa, alli donde hubiera querido permanecer toda mi vida.

Al segundo dia de esta ocurrencia procuré saber el nombre de la jóven que se llamaba Ana M*** y al mismo tiempo tuve el disgusto de saber que era casada, pero que no le conservaba el mayor afecto á su esposo á quien se habia unido por interés de su familia, que casi la obligaron á ello. Semejante noticia me hizo concebir el proyecto de olvidarlo todo, y sepultar para siempre mi amor, que hubiera llevado

á efecto si un billete que recibí al tercer día de mi estada en casa no hubiese hecho variar de ideas. Aquel billete estaba concebido en estos términos.—"Caballero: Como no he visto á U. hace tres días, ni en el templo, ni en ninguna parte, me hace creer que el mal de que fue U. atacado al frente de mi casa, habrá progresado. Desea saber el estado de su salud—Ana M*** —Ay! es tan obligatorio, una mujer á quien amamos que se interese por nosotros; una mujer que corresponda á nuestro cariño que consagramos desde luego á ella nuestra existentencia, nuestro porvenir y aun nuestra gloria Yo olvidé mi propósito, y sentí renacer mi pasion con mas furor. Inmediatamente fuí á su casa, ella me recibió con suma amabilidad, y conocí en su semblante la alegría que esperimentaba al verme. Al siguiente dia volví, y como su marido estaba ausente hacia algun tiempo, multiplicaba mis visitas; en fin, baste decirte que á fuerza de mis continuas declaraciones y protestas de amarla eternamente conseguí ser corespondido y el amante mas feliz del universo. Nuestra vida se pasaba siempre en coloquios dulces, ella de amores sonriéndome, y yo de amor enamorándola. En paseos, bailes y *soirées* yo era su galán acompañante asi de dia como de noche, y los negocios de la casa quedaban mientras tanto abandonados. Una noche en que volviendo de un baile adonde la habia acompañado regresábamos tranquilos,

nos sucedió el fatal acontecimiento que voy á referirte, y de donde proviene principalmente mi desgracia. Su marido, que se hallaba pa seando algun tiempo en su casa de campo á tres leguas de la ciudad, sabedor de todo, volvió aquella misma noche. Como los criados ignoraban nuestro paradero no pudieron darnos aviso oportunamente. A su llegada, y no habiendo encontrado á su esposa, preguntó á los criados por ella, pero estos no pudieron darle noticia alguna. Aquel hombre, de unos modales groseros, y celoso en demasía, se estuvo aguardando hasta media noche que volvimos. Como ignorantes de todo, entramos en la sala hablando con la mayor confianza de cierta ocurrencia del baile, cuando el esposo, que todo lo escuchó desde una alcoba vecina donde se habia ocultado, se vino á nosotros mas furioso que una leona á quien han arrebatado sus cachorros, gritando con voz desmedida, pícaros! infames! Ana al oirle cayó desmayada; y yo no queriendo provocar mas la ira de aquel hombre, y evitar un lance que habria dado motivo á las habillas del público, gané de un salto la escalera y me fui á casa á esperar el dia siguiente para saber el resultado de aquella escena. Toda la noche estuve despierto, pensando en mi amada y en su bárbaro esposo. Aun no era llegado el dia, cuando salí de casa, y en el umbral de la puerta encontré un hombre que envuelto en una larga capa se dirijió á mí de esta manera:

Es U. el señor Pedro Duchateau?—Servidor de U., le contesté inmediatamente.—Tenga U. la bondad de venir conmigo y daremos un paseo por las orillas del rio—Aquella voz, aunque no la habia oido sino una vez tan solamente, conocí que era la del esposo de mi amada. Qué objeto lleva este paseo, y á una hora tan intempestiva? le pregunté como admirado—No lo adivinais, señor? es un duelo en el cual uno de los dos ha de quedar sin vida, me contestó—Yo rehusé batirme escusándome del mejor modo que pude; pero á tanto llegaron los insultos que aquel hombre me dictara, que me fue preciso aceptarlo, no sin antes haber buscado dos testigos que presenciaran el desafío, y á quienes informados del objeto de nuestra cita, que era á consecuencia de una disputa acalorada sobre los hechos de nuestras tropas en España. Asi fue preciso mentir para salvar el honor de su esposa. Llegamos al sitio señalado: mi adversario sacó debajo de su capa dos espadas, y me presentó una. Yo la acepté y nos pusimos en guardia. Aquel hombre acometia como un leon furioso, yo con la mayor tranquilidad paraba sus golpes. Tuve ocasiones de matarle, pero siempre lo evitaba, porque mi intención no era otra cosa que vencerle derribando su arma, sin que se derramara una gota de sangre. Pero amigo, la fatalidd, que siempre me perseguia, hizo que al parar uno de sus golpes se deslizase mi espada introduciéndose en su pecho. El ca-

yó bañado en sangre; todos acudimos á socorrerle, pero nuestros esfuerzos fueron inútiles, un vómito de sangre vino á destruirlo todo, y con él la existencia de aquel desgraciado esposo. Mi espada habia penetrado hasta la guarnición, y la muerte era infalible. Aturdido con este suceso, yo no sabia donde dirijirme, todo mi cuerpo temblaba; era la primera vez en mi vida que había cometido un homicidio. Los testigos se separaron, y yo me quedé solo y estático contemplando aquel cadáver que hubiera deseado fuese el mio, hasta que vino á sacarme de aquel enajenamiento la policía conduciéndome á la cárcel. Alli me encerraron en un estrecho calabozo cargando mis pies de grillos y cadenas, y me tuvieron sin comunicacion todo un dia. Al siguiente se presentó el juez en mi prision acompañado de un escribano; se me hizo jurar, y después de las fórmulas de estilo me interrogó sobre el lance ocurrido, si habia muerta á aquel hombre, qué motivos habian mediado, y otras cuantas preguntas relativas al suceso. Como yo ignoraba las leyes españolas, creyendo que aqui como en Francia cuando el duelo se ha verificado con las formalidades debidas, el agresor solo sufre el castigo de una leve prision, confesé de plano que habia sido el autor de aquella muerte, y cité por testigos á los mismos que habian presenciado el duelo. ¡Qué infames! se atrevieron á negarlo todo, diciendo en su declaración que nada habian visto ni pre-

senciado. Los carearon conmigo, pero firmes en su propósito, repitieron en mi presencia lo que habian dicho al Fiscal. Yo habia confesado todo, y el castigo debia recaer sobre mí solamente. La horrible idea del cadalso me privó del sueño, y mi pobre corazon se llenó de tristeza. Yo no probé en este tiempo el menor alimento. . . ! La ciudad de Sevilla tendrá un dia mas de recreo presenciando la pérdida de un hombre bajo el hecha del verdugo! Estas reflexiones ocupaban mi imajinacion en mis horas de agonía.

Mi tio, sabedor de todo lo ocurrido, hizo los mayores esfuerzos para salvarme, solicitó la mediacion de nuestro Cónsul, envió un posta á Madrid con una representacion al Gobierno pidiendo un indulto, pero todo fué inútil. El tribunal se reunió para fallar mi causa. Mi defensor habló fuertemente en mi favor, y logró conmover con su discurso el corazón de los jueces. La ley señalaba pena de muerte á mi crimen. El tribunal, teniendo en consideracion mi corta edad, la calidad de extranjero, é ignorancia de las leyes, me conmutó la pena de muerte en diez años de presidio en la Carraca, llevando á los trabajos públicos grillete y ramal al pie. Al dia siguiente se presentó el Fiscal en mi calabozo, me hizo poner de rodillas, y leyóme la sentencia de tribunal. Al salir este funcionario quedé en la mas completa

inacción, y permanecí de este modo hasta hoy á las siete de la mañana que me sacaron de aquel encierro para conducirme á mi destino.

Tú creerás que durante este tiempo, y con el cúmulo de desgracias que pesaron sobre mí, yo me habria olvidado de aquella mujer por cuya causa sufria tantas penalidades? no, jamás se apartó un solo instante de mi imajinación. Yo la escribia á menudo porque este recurso no me fué negado despues de mi confesión, y siempre la aseguraba de mi constancia en amarla hasta la muerte, que sufriria antes que declarar el objeto por que me habia batido con su esposo. Ella contestaba á mis cartas consolándome en mis aflicciones, y me decia que compartia mis penas llorando en el fondo de su alcoba. Yo amaba á aquella mujer con estremo, pero te confieso amigo, que desde una noche que disfrazada en traje de hombre vino á visitarme en la prision, y lloró recostada sobre mi seno asegurándome que si la desgracia me perseguia, hasta el último estremo, ella me seguiría también; desde entonces deliro por ella y solo anhelo la vida por contemplar su imájen encantadora, porque esa mujer es mi gloria, mas que mi gloria, mi paraiso... Alli fue preciso separarnos porque oimos el ruido de las llaves del carcelero que venia á cerrar mi prision. Ella imprimió un ósculo de amor sobre mi frente, y yo lo repetí sobre su rostro anjelical. Cerráronse las puertas, y todo quedó en

silencio; solo se percibian los pasos del centinela y el ruido de su arma al descansarla en tierra. Yo me dormí pensando siempre en mi bella. Al dia siguiente me leyeron la sentencia, y pasó cuanto te he referido."

Cuando llegamos al fin de esta historia ya el vapor habia anclado en el puerto y todos los pasajeros se iban embarcando en los botes que habian de conducirlos á tierra. El capitan se llegó á nosotros y nos dijo que era preciso separarnos, porque tenia que llevar al Gobernador los presos para que los dirijiese á su destino. Nos embarcamos en la misma lancha, y al pisar el muelle, yo me despedí de mi amigo, suplicándole tuviera un poco de paciencia y no atentara contra sus días, pues iba á trasladarme á Madrid á solicitar su indulto. El se dirigió con los demás individuos á la casa de Gobierno y yo á la de Dilijencias.

CONCLUSION

Un año habia corrido desde que me separé de Duchateau. Yo volví a Cadiz, é inmediatamente que bajé del carruaje me dirijí al puerto, y de alli en una pequeña embarcacion á la Carraca. A mi llegada presenté al Comandante un pliego del Gobierno, de que fui portador. Este, despues de haberle leido me contestó: "Habeis llegado tarde, ayer se ha dado sepul-

tura á su cadáver." —Qué decís? exclamé yo admirado. Cómo ha acontecido semejante desgracia?—A la hora designada para salir á los trabajos públicos no compareció Duchateau al acto de pasar la revista, y seguidamente el capataz que fue en su solicitud volvió diciéndome que estaba muerto sobre el tablado. Se hicieron las averiguaciones convenientes, y resultó que el desgraciado se habia envenenado con un tósigo cuyo resto se encuentra en este pomito que hallamos en sus bolsillos junto con esta carta . Yo se la pedí al Comandante porque á mí se dirijía el sobrescrito, la abrí inmediatamente y leí las últimas espresiones de mi amigo.

"He faltado a mi promesa: yo no debia haber atentado contra mi vida. Pero cuando consideres que no podia soportar esta existencia tan desastrosa, cuando consideres que aquella mujer por quien solamente hubiera sufrido todas las penalidades de este mundo se ha consagrado á Dios, y perdídola para siempre, perdonarás a tu amigo de haberse dado la muerte y derramarás una lágrima, de compasion sobre su tumba.—Duchateau."

Yo cumplí su encargo derramando lágrimas á su memoria, y fui luego á llevar tan triste nueva á su buen tio.

Martín J. Travieso

AL SUEÑO

Oh sueño ven á adormecer mi mente,
Ven á mis ojos de velar cansados
Tiende tus alas sobre mí clemente,
Suspende mi dolor y mis cuidados.

Ven, dulce hermano de la noche umbría,
Calma te ruego mi sufrir amargo,
Deja que olvide la tortura mia
Sumido en el placer de tu letargo.

Ven y separa de mi triste lecho
Esos fantasmas que en torno jiran
Atormentando mi aflijido pecho
Cuando con ojos de furor me miran.

Esos fantasmas que mi mente crea
Cansada de luchar con los tormentos
De aquesta horrible y enlutada idea,
Que rije sin cesar mis pensamientos.

Idea sí, que mi existir consume,
Del negro porvenir que se adelanta

Y al acercarse mas y mas me sume
En un abismo cuyo horror me espanta.

Ven, sueño bienhechor, mis ojos cierra,
Ven y que goce tu feliz consuelo
Unico encanto que me dá la tierra,
Unico bien, que me concede el cielo.

Ven y que olvide en tus tranquilos brazos
Del mundo imbécil la maldad proterva,
Y de los hombres los temibles lazos
Que siempre tienden con falaz reserva.

Ven y que olvide el mundanal estruendo
Los negros males que en su centro lleva,
Y no contemple la virtud jimiendo,
Mientras el vicio triunfador se eleva.

Ni alli la torpe adulacion rastrera
Con falsa risa la verdá ocultando,
Ni aqui un perverso que verter quisiera
La misma sangre del que está halagando.

Ven y borra estas ideas
que velando me atormentan
y las penas acrecientan
de mi triste corazon.
Ven y pon sobre mis sienes
tu corona de beleño,
y que olvide yo en el sueño
mi terrible ajitacion.

Deja allá para el malvado
de conciencia vil é impura
estas horas de amargura
que nos hacen maldecir.
No para mí que harto sufro
sin tener otro delito
que contar mi nombre escrito
en el libro del sufrir.

Deja, si, tales martirios
para el ente miserable
que en el crímen detestable
solo encuentra su placer.
Para el hombre endurecido,
que de mañana se olvida
y en la senda corrompida
nunca cesa de correr.

Huye, sí, del blando lecho
do el aváro descansando
en las riquezas soñando
sus tesoros ve aumentar,
sin que recuerde siquiera
los que ha visto por el dia
de miseria y agonía
en sus puertas espirar.

Mas ten de mí piedad, mis ojos cierra,
Ven y que goce tu feliz consuelo,
Unico encanto que me dá la tierra,
Unico bien que me concede el cielo.

Ven y halaga mis sentidos
con tus májicos ensueños
y los encantos risueños
de fantástica ilusión.
Y en tus trazos adormido
oiga armónicos acentos,
no los ayes y lamentos
de la terrena mansion.

Vea fuentes y jardines
con bellezas orientales,
y en palacios de cristales
mil hermosas descansar.
Vea campos esmaltados
de jazmines y azucenas.
y entre márjenes amenas
mil arroyos resbalar.

Sueñe estar cual otros dias
que la nada ha sepultado
en el seno reclinado
de la madre que perdí.
Oiga yo lleno de encanto
sus palabras adoradas
y contemple sus miradas
tener fijas sobre mí.

Sueñe en noche silenciosa
por la luna iluminada
ver la bella idolatrada
que alimenta mi vivir,

repitiendo los cantares
que me inspiran sus amores,
enlazar divinas flores,
para mi frente ceñir.

Dame sueño estas delicias
los martirios ahuyentando
con que siempre estoy luchando
sin poderlos alejar,
Cesen, cesen un instantes
tan amargos sufrimientos,
aunque vuelvan los tormentos
Otra vez al despertar.

Ven, sueño bienhechor, mis ojos cierra,
Ven y que goce tu feliz consuelo,
Unico encanto que me dá la tierra,
Unico bien que me concede el cielo.

J. Guasp

A ELVIRA

I.

Temprana flor peregrina
que oculta creces pomposa,
fresca, lozana y preciosa
con encendido color.
¿Por qué no adornan el prado
tus matices seductores?
¿por qué á la par de otras flores
no lo perfuma tu olor?

Cándida paloma tierna
que en nido triste, abatida,
no se te escucha sentida,
la queja de tu cantar.
¿Por qué altanera tu vuelo
no remontas á la altura,
si alas te dá tu hermosura
para hasta el cielo llegar?

Límpida estrella preciosa
que sulcando allá tu oriente,
ocultas tímidamente
tu faz llena de arrebol.

¿Por qué esplendorosa, dime,
no brillas tú peregrina,
cuando tu luz diamantina
harále agravios al sol?

Mariposilla inocente
que te posas escondida,
en seca rama caida
ya sin savia ni verdor.
¿Por qué en caprichosos jiros
no luces tus bellas glas,
si son adorno tus alas
para el pensil y la flor?

Elvira, cándida Elvira,
que en triste mansión umbrosa,
ocultas tu faz graciosa
emblema de la ilusion.
¿Por qué no muestras ufana
tu hechizo y tu jentileza,
si es tu encantada belleza
de la hermosura blason?

¿Por qué no ostentas al mundo
los ardorosos destellos
de esos tus ojos tan bellos,
¡tan bellos! ay! por mi mal,
Y aquesa boca purpúrea,
fragante, dulce y preciosa,
que celos le dá á la rosa,
que le dá envidia al coral?

¿Por qué tantas gracias, dime
oscureces tristemente,
cuando pueden ser la fuente
de mi dulce inspiracion?
¿Aun no has sentido en tu pecho
alguna ilusion hermosa?
¿aun no te halaga ardorosa
alguna amante emocion?...

Ven, Elvira, á que te admire
estasiado el orbe entero;
ven y tu rostro hechicero
muéstrale con altivez.
Que yo ardoroso á tu vista
por tu belleza inspirado,
te entonaré enamorado
tierno cantar á la vez.

Sí, ven á ostentar tu cáliz
linda flor apetecida:
el valle, ven, de la vida
olorosa á perfumar,
Yo aspiraré tu fragancia,
y el llanto amoroso mio
será benigno rocío
para tu tallo empapar.

Tu lánguido arrullo entona
blanca paloma inocente:
no temas que tristemente

repita el eco tu voz.
Yo acompañaré tu canto,
imitaré tu querella...
¡qué dicha, oh paloma bella,
cantar á la par los dos!

Lúcida estrella radiosa
allá en la firme techumbre,
quieras tu fúljida lumbre,
melancólica esparcir.
Y para mí serás bello
un sol ardiente y hermoso,
que en este mundo engañoso
alumbrará mi existir.

Vuela á la floresta umbría
mariposilla pintada,
á besar enamorada
cuanta flor vejeta alli.
Que yo estaré embebecido
envidiando tu fortuna,
y sientiendo no ser una
para que poses en mí.

Ven ufana, oh bella Elvira,
á ostentar tu donosura;
si, con tu dulce hermosura
á hechizar el mundo ven.
Y me verás á tus plantas
rendido y enamorado,

y escucharás que estasiado
te nombro mi dulce bien.

Ven á endulzar con tu gracias,
los que me acosan tormentos,
y estos duros sufrimientos,
y aquesta amarga inquietud,
Ven que para tí yo tengo
ferviente, tierno, y amante,
un corazon palpitante
henchido de juventud.

II.

Mas, flor, no ostentes tu corola hermosa,
guarda tan solo para mí tu olor,
porque en el mundo la maldad odiosa
tu dulce cáliz ajará envidiosa,
y ¡ay de tí entonces marchitadada flor! . . .

Bella paloma, inocentilla y pura,
tu vuelo ensaya en derredor de mí,
y no pretendas remontar la altura
porque la muerte te dará segura
feroz milano si te encuentra allí.

Brilla tan solo para mí arjentina,
oculta estrella cuya luz hallé;
sé fuljente la antorcha peregrina
que la senda del mundo me ilumina
y yo tu eterno admirador seré.

¡Oh! para tí, mariposilla, ameno
tengo un fragante encantador jardin:
en él no hay flores de letal veneno
todo está siempre de deleites lleno,
todo alli es gloria y un placer sin fin.

Elvira, guárdate en tu edad florida
de los ojos de infame corruptor;
mas ¡ay! acoje mi pasion ardida,
y serás la ventura de mi vida
mi dulce hechizo, mi deidad, mi amor..

III.

Deliro, hermosa flor, por tus olores,
amar tu arrullo, palomilla, sé,
limpia estrella, me abraso en tus ardores,
yo admiro, mariposa, tus colores,
eterno, Elvira, tu amador seré.

Jacobo

A UN RAMILLETE

Ramillete precioso, que en un dia
de mas feliz y venturosa andanza
como prenda de amor y de esperanza
la dulce Nise mia
placentera me dió;

Cuando gozaban nuestras almas puras
placer divino, celestial encanto;
cuando de amor el lazo sacrosanto
en plácidas venturas
una á otra ligó.

Por sus manos bellísimas tejido
en tí brillaban rozagantes flores,
de grato aroma y fúljidos colores,
y su cáliz henchido
del jugo de la miel.

Con cuánto entonces afanoso esmero
tus preciosos matices combinando,
á la rosa el jazmin iba mezclando,
la azucena, el romero,
y el preciado clavel.

Quizás entonces te besó la hermosa,
y reposaste sobre su albo pecho;
quizás tambien te colocó en su lecho,
y en su almohada preciosa
la odormeció tu olor.

Y á la mañana te lleva á su boca
y con su puro y celestial aliento
á tus hojas marchitas al momento
que su labio las toca
les dió vida y fulgor.

Y en mis manos te puso, ó Ramillete,
y al recibirte de mi Nise amante
te cubrí de mil besos delirante,
frenético adoréte,
con purísima fe.

Eran un don que me enviaba el cielo,
prenda de amor de la mujer que quise,
y te tejiera con sus manos Nise,
la sola que en el suelo
cual un Dios yo adoré. . .

Mas, ay! ó Ramillete, se han secado
ya las corolas de tus bellas flores,
perdiste tu fragancia y tus colores,
tu tallo se ha doblado,
ya casi muerto estás.

Y por tomarte tu frescor lozano

te acerco ansioso de mi pecho al fuego,
y con el llanto de mis ojos riego
tus flores... todo en vano;
tu no revivirás.

No te hizo Nise con sus manos puras?
no eres signo feliz de bienandanza?
no eres prenda de amor y de esperanza,
talisman de venturas,
de un pecho amante prez?

Que indican, pues, tus pétalos caidos?
acaso Nise de mi amor se olvida,
y á falsos juramentos fementida,
presta gratos oidos
de otro amante tal vez?

Si anuncian eso tus ajadas hojas,
no me lo digas, por favor te ruego,
ó me verás, ó Ramillete, luego,
entre fieras congojas
desperado morir.

Que si un punto mi Nise ay! olvidara
sus juramentos y mi fe constante,
si dejando de amarme un solo instante,
á otro mortal amara...
muerte fuera el vivir.

Hernando

EL ASTROLOGO Y LA JUDIA

LEYENDA DE LA EDAD MEDIA.

I.

Nebulosa y oscura fue la noche de la ignorancia que siguió la caida del vasto imperio de Occidente, dominando por algunos siglos á las naciones europeas que empezaron á alzarse sobre sus ruinas. Siempre obligadas á presentar un aparato de belicosa resistencia contra todo audaz invasor que á la integridad de sus fronteras osase, desgarrado las mas veces su seno por uno y otro intestino disturbio, el sangriento frenesí que á la lid les impulsaba, apenas les permitia otra cosa que atender á las reducidas necesidades de su agreste vida y á circundarse de parapetos y fosos, medios multiplicados de defensa, que mas que el arte, el instinto de la propia conservacion les dictaba. Los pocos que en aquellos azarosos tiempos conservaron en Europa, y especialmente en España, la suficiente presencia de ánimo, para trocar, al no interrumpido son del clarin, la aguzada lanza por el humilde compás del matemático, el crisol ó el telescopio, debieron la más sólida parte

de su instruccion á aquellos osados y caballerescos descendientes de Omar, cuyas tribus difundiéndose por la Península, bien asi como un ímpetuoso torrente, la conmovieron hasta sus cimientos, asentando empero durante el trascurso de algunas centurias en Sevilla, Córdoba y Granada, el emporio del saber, la civilizacion y la opulencia. No era dable sin embargo que en siglos de supersticion, en siglos en que el interés y la fuerza constituian el único código reconocido, pudiese el hombre estudioso investigar libremente los maravillosos secretos de la naturaleza y de la ciencia, á mas tranquilas épocas reservados: densas tinieblas oscurecieron el horizonte de la verdad al ojo escrutador que la inquiria, y entonces fue cuando, por efecto de las mas deplorable aberracion, vueltas las miradas á la tierra, tomóse el fuego fátuo por resplandor del sol, quísose hallar en el azar lo que el cálculo impotente no revelaba, y de entre aquel caos de palabras, sin imájenes, misteriosas fórmulas y cabalísticas figuras, se hizo brotar una multitud de inintelijibles dogmas bautizados con el sonoro nombre de *ciencias ocultas*: se desatendieron los luminosos rastros del saber de Atica y Roma á vuelta de los mas absurdos devaneos que puede abortar una imajinacion delirante: circunscribióse el dominio de la jeometría á los usos quirománticos; llamóse al quimia á la quimica, y finalmente la noble as-

tronomía fue solo el arte de fundar en las estrellas **la mas segura de las mentiras** (1) por medio de los cómputos astrolójicos.

Ninguna de las reflexiones, caro lector, que acaban de ocuparme me fueron hechas por el encanecido hijo del mar, que sentado junto al palo de proa de la fragata que me conducía á Puerto-Rico, me refirió, ahora ha dos años, en una noche de Noviembre, á la luz de la luna, la conseja que voy á trasmitirte. De ella creerás, como yo, lo que te plazca, condenando lo restante cual frívolo pasatiempo impropio de tu gravedad: sé benigno entretanto, y déjame esperar que concluirá mi cuento sin que pases de mi dominio al mas agradable de Morfeo.

Mucho antes que el gran Colon, avanzando con la osadía del jenio por la superficie de los mares, hiciese retumbar en la *Española* el primer cañonazo de conquista, á cuya magnífica salva se estremeció el universo de admiracion y entusiasmo, y en el tiempo en que mal contentos los árabes invasores con la encantada porcion Hespérica que sojuzgar consiguieran, llevaban con mas tenacidad sus correrías á las lejanas provincias del Setentrion, último refujio de los monarcas godos, se alzaba no lejos de la ribera Cántabra, al lado de un arroyo que por un solitario valle entre arenosas márjenes corria, la silenciosa torrecilla, ordinario retiro en

(1) Quevedo.

que Alvar de Tudela, libre de mundanales distracciones, se entregaba con incansable afan á la contemplación de los astros. No era el tal por cierto uno de aquellos melancólicos personajes envejecidos en el estudio, cuyo sentencioso lenguaje, penetrantes ojos, y luenga é bellida barba revelasen á primera vista la espinosa profesion que escojiera: frisando apenas en los treinta años y dotado de una fisonomía en que Gall hubiera hallado por especiales signos tenacidad y ambicion, se leia en ella únicamente la firmeza de propósito de un ferviente corazon que busca de buena fé la senda de la verdad, al paso que dos ó tres lijeras arrugas que en su frente aparecian, patentizaban las hondas meditaciones de que era sin duda presa, durante las largas horas que al trabajo consagraba. Prisionero en una edad hasto temprana todavía, aunque no sin haber vendido cara la victoria, fue llevado en rehenes á la populosa Edeta donde un acaudalado judío obtuvo su rescate, confiando la curación de sus heridas á una hermosa cuanto sensible hija suya, diestra cual ninguna en arte de estraer de las plantas bálsamos eficaces contra todas las dolencias del cuerpo. Mas la tierna Sahara no pudo evitar, á pesar de sus cuidados, que declarado el cáncer, á consecuencia de un primer apósito mal aplicado sobre el campo de batalla, fuese preciso amputar la mano de la espada al infortunado guerrero. Mu-

chas veces, durante los amargos dias de una penosa convalecencia, procuraba el huesped divertir la melancolía de Alvar, iniciándole en los primeros rudimentos de la astrolojía judiciaria, ese estudio tan superior, según él, á los mas sublimes, cuanto que era el único, decia, que hubiese llegado á penetrar los futuros pensamientos del Supremo ser que colocó las estrellas en el azul pabellon de los cielos, como partículas destacadas de sí mismo, cual vivientes rastros de su paso, para que no fuese del todo imposible á la pigmea comprension de los hombres, alcanzar á su altura.—Y cuando por dedicar á sus negocios la atencion que un complicado establecimiento y sus inmensas riquezas requerian, daba el doctor viejo treguas á sus lecciones, entonces subia de puntillas la interesante Sahara, lozana con sus quince años y la inocencia que en sus azules ojos se retrataba, á ocupar el ancho sillon de su padre junto á la cabecera del enfermo. Grandes hubieron de ser sus mútuas protestas de constancia, muchos los lazos que les tendiera amor, y refinado por demas el misterio de sus relaciones, para que (dando con esto al Israelita la primera noticia de ellas) se arrestára una noche de estío la gallarda niña á fugarse de la mansion paterna, y osase el cautivo caballero quebrantar la cárcel de honor á que vivia sujeto, no bien cicatrizadas aun sus heridas. ¿Qué mas diré? Una embarcacion fle-

tada para lejanos paises condujo á los fujitivos al delicioso confin en cuya capital alzaran poco antes Aaroun y Al-mamoun su sólio circundado de laureles. Alvar, el mutilado Alvar, muerto ya para los ejercicios militares, consagró con ímpetu doble todo el fuego de su imajinacion, todo el vigor de su entendimiento, á las aras de la ciencia, quizá mas peligrosas que las de Marte: visitó y conferenció por espacio de ocho años con los varones mas eminentes que Asia y Africa cultas á la zason poseian: y rico de sobrenaturales conocimientos y costosas máquinas de desconocidos usos, encaminóse por fin al valle de su infancia, acompañado de un travieso pajecillo bagdadense, trasformacion que solo á medias podía desfigurar á la Judía valenciana.

Lejos del estrépito de las poblaciones mandó construir una reducida aunque cómoda vivienda, donde compartia su tiempo entre la meditacion y el amor con tan cabal medida que era imposible decidir si costaba menos á su corazon abandonar los brazos de la hermosa para seguir nuevamente en el cielo el curso de los planetas, ó suspender al astrolabio en sus interminables jiros al retornar al solaz amoroso. Sin embargo, segun el narrador de esta verídica historia, de que soy humilde copista, pronto empezó a turbarse la felicidad de Alvar. No era que otra ambición, á mas de la sed de saber, le desvelase; no era que el aspecto de su truncado

brazo representara á su imajinacion las palmas bélicas en algun tiempo reservadas a su brio; era sí, que imprudente siguió en su empeño de conocer los secretos del porvenir, y no se detuvo al llegar á la estrella que encerraba su propio destino. Halló un lucero cuyo variable resplandor, ya trémulo, ya vívido y fulgurante, vino á ofrecerse á su anteojo con mas apagados destellos en el momento en que al finalizar un cálculo, fruto de treinta noches de cavilaciones, aplicaba á su lente la vista. Cerca de aquel y en direccion análoga se distinguia otro semejante en magnitud, forma y colocacion al primero que mas bien que distintos objetos pudiera decirse que eran el uno del otro tan solamente reflejo ó trasunto simulado por una ilusion de óptica. Parecia que aquellos dos luceros se impedian mútuamente desarrollar los espléndidos tesoros que cobijaba cada cual bajo su superficie de diamante: radiaban ambos una luz pálida y descolorida, y si en las altas horas de la noche amagaba uno de ellos dar mayor incremento á sus fuegos, pronto se veia al otro aminorar lentamente su desmayo resplandor hasta confundirse del todo en las negras concavidades del espacio. Cuando sobresaltado por estos anuncios quiso el astrólogo penetrar al fondo del arcano que contenian, vió con espanto grabado su nombre en uno de los astros, y el Sahara en el otro.

Una noche en que rehaciendo sus combina-

ciones por la centésima vez encontraba siempre por término de ellas aquella fatal solucion mas temible que la misma incertidumbre, sintió tocar lijeramente á su puerta. Era, en efecto, pasada la hora ordinaria de suspender sus trabajos, y él, olvidadizo por la primera vez no habia acudido á distraer sus pesares al lado de la sola que con un amor siempre igual y una solicitud cada vez mayor, sabia hacérselos llevaderos.—El mentido paje penetró en la estancia: su gallarda presencia disonaba tanto en aquel misterioso lugar, que sin poder Alvar reprimir un primer movimiento de sorpresa, tendió aceleradamente su única mano á los pergaminos que cubrian la mesa y procuró ocultarlos.

—No hay que incomodarse, dijo Sahara: si tanto asusta mi venida, me retiraré—Pero creo que el señor observador de los cielos se dignará descender por unos momentos de sus encantadas rejiones para dedicarlos á nosotros, míseros habitantes del mundo sublunar, que no nos curamos de otros astros que sus ojos.

—Mal podrán ellos, contestó el de Tudela, corresponder á tanta galantería; que si en otro tiempo los humedeció el amor, hoy la meditacion los deseca. Déjame, Sahara, deseo estar solo.

—Me asustais, Alvar. ¿Qué pasa? ¿Tenemos algo que temer?

—Sahara, repitió éste, tomando afectuosamente una de sus manos y cipiendo con el otro

brazo su cintura mientras que sus trémulos labios se posaban sobre la frente de la jóven; Sahara, alejémonos de aqui; perfumados retretes, no estas sombrías paredes, deben formar el digno templo en que descuelle tu belleza.—Pero—prosiguió—tal vez el destino ha guiado esta noche tus pasos; fuera quizás mas cuerdo, haciéndote partícipe de mi secreto, declararte lo que de tu amante debes esperar, ó cuántos sacrificios habrás de tributar á su sosiego. Ven, el cielo está sereno; salgamos á la pradera: oirás, compartiéndolos mis temores y mis esperanzas; guiarás con tus consejos mi incierto pensamiento, por que ¿me amas, no es verdad?

—¡Qué pregunta! interrumpió la jóven, descendiendo la tortuosa escalera y abriendo en seguida la puerta que conducía al campo, no sin ajustar previamente á sus sienes un blanco chal que no acertaba á encubrir los profusos rizos de su negra cabellera.

Hacia una noche deliciosa: apoyada Sahara en el brazo de su amante escuchó con la mayor atencion la historia, harto conocida de ella, de sus primeras relaciones, que Alvar creyó oportuno repetirle. Su enfermedad, su fuga, los gratos momentos gozados durante su viaje, su peregrinacion á Bagdad, á Samarcanda, á Alejandría, al Cairo, aquel amor siempre nuevo, aquella union cada vez mas íntima, su regreso por fin al pacífico valle donde en la sole-

dad habian fraguado tantos y tan halagüeños planes para el porvenir, nada fue olvidado en la elocuente improvisacion del Astrólogo.—"Con todo, continuó, próximo está el momento que aniquilará tanta ventura. La razon debiera habérnoslo predicho si ya mi ciencia no me lo hubiese revelado: dos mortales enteramente felices en un estremo de la tierra, era un imposible moral: su bienestar no podía ser duradero. Sábelo Sahara; nuestras *estrellas*, que se comunican su recíproco resplandor, no brillarán con eterna plenitud hasta que una de ellas abandone á su hermana el luminoso raudal en que bebe sus rayos, cayendo cadáver en el seno de lo infinito. Oh! pero cuán inmensa será aquel dia la brillantez de la que sobreviva! Sí, escrito está con infalibles caractéres, y apenas puede la imajinacion alcanzar, sin enloquecer tanta grandeza."

Diciendo esto, los ojos del Astrólogo divagaban estasiados por la bóveda del cielo y una esclamacion mas enérjica de entusiasmo ajitaba ya sus labios.

—Cruel! prorrumpió la conmovida Sahara, no conteniendo el llanto que á sus párpados asomaba; toma mi vida si es necesaria á tu gloria: ¡ah! ojalá que ella te dé cuanto conmigo te falta.

Habíanse alongado los dos amantes hablando de esta manera hasta una enmarañada selva que se dilataba por una regular estension de te-

rreno entre dos hileras de enanas colinas que la circundaban, ofreciendo en sus vertientes fácil asidero á frondosas hayas y robustas encinas cuyo espeso ramaje, entrelazado en mil caprichosas vueltas cubria sus cabezas con un impenetrable dosel y prestaba seguro abrigo á las aves que en ellas anidaban. Varios árboles tronchados por las tempestades habian formado en su centro una plazetuela donde se detuvieron Alvar y su compañera: iban á sentarse sobre la verde alfombra que plateaba tibiamente un perdido rayo de la luna, cuando volviendo los ojos á la siniestra mano advirtieron una concavidad mal escondida entre los árboles, de que salia un débil resplendor amarillento. Era la boca de una cueva.

—Quieres que bajemos? preguntó Alvar.

No era dificil la entrada: por medio de una pendiente suave y poco prolongada se llegaba directamente á una pequeña pieza, en cuyo techo otra abertura mayor que la primera, daba franco paso á los rayos del nocturno disco que á la sazon se ostentaba con toda su hermosura en la mitad de los cielos.

Una vez allí, Sahara, sin desplegar los labios, se reclinó sobre un peñasco.

—En verdad, amiga mia, exclamó Alvar, que eres injusta conmigo. ¿De qué me sirvió desahogar en tu seno mis pesares? Solo he logrado agravarlos. ¡Plugiese al cielo que no fuesen inmutables sus eternas leyes! ¡Plugiese al

menos que recibiendo en mi cabeza el golpe fatal, derramase al morir en tus venas nuevos jérmenes de vida, puesto que la mia solo ha de ser una sombra sin objeto, privado de tí que formas la mitad de mi existencia.

—¿Y de la yedra que en esa selva nace, qué seria, Alvar mio, sin el olmo protector que la sostiene en sus brazos? Mas ya que los decretos de la suerte son, segun me dices, irrevocables, no los anticipemos siquiera, y abandonemos esta triste plática. ¡Oh! si fuese dable hacer al ser que amamos árbitrio de nuestra suerte, no me vencerias en jenerosidad, te lo aseguro.

—Lo es, dijo una voz que pareció salir del pavimento. Y en el mismo instante una figura pálida envuelta en una especie de manto que le cubria de pies á cabeza se presentó en la caverna.

—¿Quién eres? gritó Alvar dirijiendo la mutilida muñeca al costado izquierdo por un ademan involuntario.

El embozado se descubrió y dejó ver un pecho velludo y acardenalado, y unas piernas de sátiro terminadas por grandes pezuñas.

—¡Satanás!... ¡Afuera! Nadie te ha llamado aqui.

—Para ser un sabio, dijo el diablo sonriéndose, alcanzas muy poco. ¿Un deseo que yo solo puedo satisfacer, no equivale á un conjuro?

Y volviéndose á Sahara,

—Este rizo, añadió poniendo sus negros

dedos sobre la sien de la doncella, ha adquirido con mi tacto la virtud que deseas. El que lo posea dispondrá de tu existencia en cualquiera ocasion, á cualquier distancia, á todas horas. Ve si te conviene, pues por mi parte sin retribucion te lo cedo.

—¿Y sin condiciones? esclamó Sahara.

—Sin condicion ninguna. Quedará cumplido el encanto cuando su dueño si está en tierra, lo arroje al viento; cuando lo sumerja en el mar, si navegare.

—Alvar, dijo la jóven, recibiendo de manos del maligno espíritu el bucle que éste acababa de cortar, y teniéndolo á su amante; Alvar, amado mio. ¿Me rehusarás la única merced con que puedo recobrar la tranquilidad y el contento? —Toma: no te pido que lo uses, si no te agrada, pero recíbele á lo menos y dame esta prueba de afecto.

—¿Será verdad? dijo Alvar al diablo. ¿Me dará este rizo facultad para dirijir sobre la cabeza á que pertenece todo desman que la mia amagare?

—Por el puntapié que me dió Uriel al enviarme á mi imperio, asi es la verdad pura.

—¿Hasta la muerte?

—Inclusa la muerte.

—Enhorabuena, dijo entonces el amante de Sahara; aceptó tu don, pero exijo de tí igual deferencia. Digno de nosotros este trueque. Vivir el uno con el otro tan íntimamente enla-

zados que una deba ser la voluntad, siendo dos las personas; una, idéntica la existencia, siendo dobles las almas . . . Descansar en brazos de esa noble é ilimitada confianza que adherirá nuestros pensamientos, nuestras acciones, todo nuestro ser, á un centro comun a que continuamente tenderemos. . . solo nosotros, Sahara, somos capaces de concebirlo y fuertes para ejecutarlo. Esa amorosa abnegación de que me has dado ejemplo, marcará, te lo aseguro, la pájina mas bella de nuestra vida.

La doncella no osó rechazar el encantado mechon que Satanás habia entregado á Alvar y que este la presentaba.

—Ahora prometamos en nombre de Dios...

A tan tremenda palabra desapareció el diablo sin despedirse. El Astrólogo y la Judía salieron poco despues de la cueva.

II.

¡Quién creyera que tanto juramento de amor, tan acendrada fé, una constancia tan sostenida por espacio de ocho interminables años, hubiese de flaquear precisamente desde el momento en que irrevocable vínculo parecia haber unido toda la eternidad á los dos héroes de mi cuento! ¡Quién pensara que naufragase en el mar de la bonanza la flotante barquilla, salva de tan deshechas tempestades, y que finara al

cabo aquel hálito vivificante á cuyo soplo respondieran antes unísonos sus corazones, sustituyéndole la fria saciedad y luego el hastío y la aversion por último! Sin embargo, todo pasa en este mundo; y este axioma, por desgracia ó fortuna nuestra, tan verdadero, ha sido formulado por un filósofo repetido por ciento, y será comprobado, hasta el fin de los siglos. ¡Todo pasa! No hay nacion que no lo reconozca, no hay idioma que no le esprese: esta frase que tanto nos aterra debiera ser no obstante nuestro único consuelo.

No tardó Sahara en advertir que su amante, lejos de abandonar sus ideas de ambición y las fútiles investigaciones en que habia consumido los mejores años de su vida, se aferraba con mas ahinco á ellas: aquel hombre que en un momento de fervor depositara en tan flacas manos al hilo de su existencia, consideraba desde entonces casi inevitable la perspectiva que el aparecérsele por primera vez, tanto le habia sobrecojido. Ella por su parte, ¿no tenia razon para temblar? ¿No era posible que aquel para quien el amor á la ciencia lo era todo, sacrificase con una palabra ese otro amor, si por fatal desgracia llegaba una vez á obstruirle el paso? Y véase cómo la apasionada escena, de que el *Antro del Diablo* fue testigo, vino á ser para entrambos la mas acerba memoria, memoria que poco á poco corroia en sus corazones toda noble semilla, todo jeneroso sentimiento, sin

ser empero osados á confesárselo.—"Al menos antes de aquella negra noche, se decia cada uno, Dios ó el destino solos hubieran decidido de nuestra suerte."—"Y quién sabe, añadia ella, lo que me estaba reservado? ¿Quién sabe si recuperando el viejo Eleazar á su hija, hubiera sido para ambos el brillo de esa estrella, que á tanto debe llegar si no se me ha engañado?... una corte... un trono..." —¿"Y quién sabe continuaba él, hasta donde, en alas de mi jenio, se elevára esta jigante imajinacion cuya hoguerra me abrasa, á no poder anonadarla á deshora, ese brazo ajeno armado por mí mismo? Ciencia que en mis vijilias busqué; gloria, á que idólatra aspiro, ¿os estaba predestinado y deberé perderos?" —Víctima asi cada cual de tan continua é interna lucha pasaban sus dias en un silencioso malestar que en vano querian ahogar en su seno; y era el mayor de sus tormentos haber de ocultársele mutuamente: que para sostener, cual á ambos convenia, aquella union que diariamente se relajaba, debió la hipocresía venir en ausilio del interés: así sucede por lo regular en el mundo.

Evitando uno y otro interrumpirse en sus melancólicos pensamientos huian las ocasiones de hallarse juntos, y por un convenio tácito, no se hacian reconvenciones, ni echaban menos los antiguos momentos santificados por el amor que prometian haber sido inestinguibles, eternos

Mientras Sahara derramaba amargas lágrimas en su aposento, se internaba Alvar en la vecina selva donde pasaba uno y aun mas dias seguidos sin regresar á la habitacion, abstraido sin duda por importantes quehaceres.

—Yo le pagaré tamaño olvido en igual moneda, dijo la desconsolada doncella al despertar una mañana, advirtiendo que rayaba la tercer aurora desde que su amante abandonara sus hogares para una de aquellas ordinarias escursiones; yo tambien me marcharé como él, sin despedirme.—

Estaba resuelta. No tardó en hacer un lio de los mas precisos efectos de su uso, y en vestirse su acostumbrado traje. El pajecillo estaba mas gracioso que nunca—¿A dónde iba? No lo sabia.

—Que el penigno sol que preside al nacimiento de la rosa de Alejandría, alumbre vuestros pasos, hermoso pimpollo, dijo un hombre de aventajada estatura y atezado color, interponiéndose en el umbral que ya iba á salvar la fujitiva.—Loado sea el que aqui me ha dirijido. No podia llegar á mejor tiempo.

—¿Quién sois?

—Soy un pobre esclavo nubiense, trasportado en cambio de un poco de oro á estas montañas del Norte en que suple el hombre con su vestidura de hierro el vigor que falta a su piel blanca para resistir el rayo del sol del dia y el brazo de su contrario. Nada tengo, pero mi vis-

ta alcanza al porvenir salvando tiempos y distancias: leo el destino de los humanos y me rio de su miseria. Vuestro padre...

—Mi padre! interrumpió Sahara.

—¿Pues no os he dicho que para mí no hay arcanos en cuanto se ajita sobre la haz de la tierra? Vuestro padre Eleazar me envía a buscaros desde la orilla encantada que ahora habita al otro lado del estrecho de Hércules. En la vecina costa os espera, si consentis en acompañarme, la mas rápida caravela que haya sulcado jamás la espalda del turbulento mar á que Atlante dió su nombre. Cuando despliega sus triangulares alas aventaja á la golondrina que en pos se dirije á la zona del fuego al levantarse las brisas invernales.

—¿Deberé abandonarle?... y para siempre? murmuró la jóven.

—El empeño que os une solo podrá terminar de ese modo. Pasareis á sus ojos por muerta: vuestros cabellos serán para él no mas que una preciosa reliquia que conservará con cuidado. Entretanto vos guardeis el que de él hubisteis, y aun le usareis si algun dia os pareciere conveniente. Venid, pues, venid; vuestro padre se muere, recibamos su último suspiro: y puedan las diademas de brillantes, las sartas coralinas, y las ajorcas de perlas que en sus arcas se guardan, no embellecer jamás la frente, los brazos y el cuello de una advenediza despues de su muerte.

—Marchemos.

Y desaparecieron.

¿Qué hacia entretanto Alvar? Despues de un dia mas pasado en su oculto retiro, encontró al retorno franca de par en par la puerta de su morada. No creyó muertá á su amante porque no habia el menor indicio que indujese esta sospecha; y muy desmemorizado ó, muy ladino debió ser el esclavo para descuidar tan interesante precaucion, siendo verdad que tuviese todo el poder que se atribuia. Pero la pesadumbre del Astrólogo, dado que alguna sintiera se disipó poco á poco, y refluyó en beneficio de su pasion dominante á la que desde aquel punto se dirijieron todos sus pensamientos. Turbaba sin embargo sus mas hondas cavilaciones la memoria del poder con que locamente habia armado á Sahara, que en un momento de despecho, tarde ó temprano, no dejaria de recurrir á el y herir su frente, antes de que en ella fructificase el lauro inmarcesible de la gloria. Algunas veces cruzando por su mente una siniestra idea, llevaba su trémula mano á la cajita de oloroso enebro que contenia los cabellos de la Judía, y se aprestaba á soplar sobre aquel liviano depósito; mas. . . tan frio asesinato le horrorizaba; repelía iracundo la peligrosa tentación y se alejaba á largos pasos descolorido y calenturiento. Pasado asi algun tiempo, pareció que un rayo de esperanza le animaba. En uno de los ilusorios desvaríos de su imajinacion habia osado con-

cebir el plan mas vasto, la mas jigantesca idea que enjendró nunca cabeza humana: las profundas abstracciones, aquellas dilatadas ausencias tan sensibles á su amante, no tenian otro motivo; porque tan exaltado como demente pretendia topar con el misterio, no de la confeccion del oro, no de la panacea, mucho mas: el del *licor de la inmortalidad.* Este halagueño devaneo a que se habia aferrado como á una última áncora de salvación parecia posible á sus ojos: con él desafiaría los tiros de la suerte, destruiria el efecto de una palabra muy de lijero pronunciada por la que alienara su existencia; su nombre, aun mas que su terreno ser, se eternizaria en la memoria de los hombres. Y por espacio de tres dias todos sus cómputos, amalgamas y copelaciones correspondian exactamente á sus deseos.

Hé aquí la razon por que dos meses despues de la fuga de Sahara al encaminarse con veloz paso á la retirada selva, se retrataba en su ademan con mas fuerza la violenta sensacion que le dominaba—Proponíase aquella noche llevar á cumplido fin sus investigaciones, perseguir al destino hasta forzarle en sus últimas trincheras y arrancarle el fecundo secreto cuyo velo creia ya tener asido. Grande, inmenso iba á ser su júbilo, ó amarga hasta la muerte su decepción. Así, al entrar en el solitario antro, sintió latir precipitadamente su corazon, y la tea de pino vaciló en su mano.

—¡Qué calor! dijo pasando un lenzuelo por su húmeda frente; y observando las brillantes y rápidas exhalaciones que se sucedian en la atmósfera con breves intervalos—La noche me es propicia, —añadió: acabemos.

Colocó en un hueco practicado en la pared la antorcha que le alumbraba, y desembarazándose de su molesto ropaje dió principio á sus trabajos.

Mucho habia variado el interior de la gruta desde que el diablo, (que la daba nombre) se apareciera en ella á Alvar de Tudela y á su pretenso paje. Las paredes, desiertas en aquel tiempo, estaban ahora adornadas de largas repisas en que se veian en profusion, retortas, sifones, fragmentos de minerales, huesos calcinados, vasijas de todos tamaños con bálsamos, espíritus y esencias, é infinidad de objetos de física, química y zoolojía. En un estremo habia un alambique: al otro, ardian en dos hornillos varios crisoles. Una mesa colocada cerca del muro contenia un cúmulo de pergaminos borrajeados con caractéres estraños y un antiguo libro. Divisábanse tambien sobre ella un nivel, un compás, y la fatídica cajita de enebro que acompañaba al Astrólogo en todas sus operaciones.

Pasaron en esto dos horas; los relámpagos cada vez mas frecuentes comenzaron á menudear sin interrupción, penetrando por la claraboya de la cueva junto con una impetuosa y

abundante lluvia que hizo levantarse de su sitial al absorto meditador y refujiarse á uno de los rincones del aposento. Oíase el silbido del viento entre los árboles y el aleteo de las aves nocturnas turbadas en lo mas profundo de su reposo.

—Próxima está á su término la fusion que ha de coronar mis esfuerzos ó arrancarme mi última esperanza, murmuró sin parar mientes en el desórden de los elementos que convulsivos se ajitaban sobre su cabeza; sí, en el momento en que el espíritu se mezcle con el metal derretido formando un nuevo líquido puro y homojéneo, sabré si he acertado en mis cálculos ó si soy tan solo juguete de un falaz é impotente ensueño.— ¡Hervid! ¡arded! Hervid hasta que evaporada la última molécula impura me ofrezca vuestro reservorio limpia y preciosa la elemental sustancia que apetezco: ¡arded...

Se detuvo. Un igneo resplandor, vivísimo y ondulante como una serpiente que desenrolla sus mil anillos, deslumbró su vista. Siguióle, ó mas bien le acompañó una seca detonacion: el Astrólogo habia caido como desvanecido por un vértigo: á dos varas de él, y precisamente debajo de la abertura que comunicaba su luz á la caverna, se distinguia un ancho hoyo en el pavimiento del que emanaba un insoportable hedor de azufre.

El agua caia á torrentes inundando con sus raudales aquel estrecho recinto que pronto

no fue bastante á absorverla, y empezó á encenagarse, y luego á formar una laguna en su centro cada vez mayor y cada vez mas estensa hasta llegar á cubrir de estremo á estremo el suelo de la gruta. Bramaba el viento impeliendo adelante las ápiñadas nubes que se sustituian unas a otras con creciente violencia, avanzando hácia el horizonte.—Menguó, no obstante, su furor insensiblemente: el cielo se encapotó de pálidos vapores salpicados de manchas negras y Eolo triunfante se derramó por la llanura con su irritado séquito, como un torrente desbordado.

Entonces el huracan se ostentó en su mayor fuerza. Acercábase con el estrépito de un escuadron lanzando á escape hácia la espesura que ocultaba el *Antro del Diablo.* Su nocturno habitador, vuelto en si con la frialdad del agua que bañaba a sus pies, si dirijia ajitado por un nervioso temblor, á buscar la boca que facilitaba la salida. Un fragor horrible estalla, se estremece la selva en sus raices: elevados pinos, corpulentas hayas, encinas seculares todo cruje, cae, ó es arastrado por la tormenta que al pasar ciega con troncos y hojarrascas el estrecho callejón, único medio de salvación de Alvar. Desfallecido retrocede al asilo que deja á sus espaldas: mas ...¡oh prodijio! el agua, á pesar de no proseguir la lluvia, crecia y crecia sin cesar desmoronando las paredes del aposento. Ya, anegados los hornillos, flotaba desparramando ó disuelto en sus ondas, el fruto de tantas ta-

reas:—un vahido trastorna su cabeza; —sube el agua, moja su cintura, su pecho su cuello... Apoya sobre la mesa la vacilante mano: palpa la caja, la abre, sopla, y...

Era la media noche.—

Si no es todavia enojoso al lector el hilo de este desaliñando cuento tómese la molestia de acompañarme á bordo de la Niebla, velera embarcacion de dos palos, en cuya cámara encontrará á Sahara, mas desolada que nunca, y al azabachado esclavo que la indujera á embarcarse

—¿Dónde estamos, Rustan? decia aquella enjugándose los ojos con un cabo de su almaizar de gasa.—Cincuenta soles hace que vimos la tierra por última vez. ¿Será tal mi ventura que algun dia la huelle nuevamente?

—¿Quién sabe?

—¡Ah! si el velo de lo futuro es trasparente para tí, decláramelo por tu vida.—¿Me lo aseguras?

—¡Pse! Todo pudiera ser, repuso el hijo de la Nubia dando á su jesto una indescriptible espresion que en su desconsuelo se escapó a la doncella. Por lo demás, teneis razón; cincuenta soles van ya trascurridos desde que abandonamos las costas españolas, pero hace ma de treinta que ese maldito nordeste, cortándonos primero la entrada al Mediterráneo, nos empuja

mar adentro, sin saber donde en la actualidad nos hallemos. Como quiera, yo presumo que jamás ha resonado en estos lugares otro rumor que el mujido de las olas, ni su vírjen seno ha sido sulcado mas que por los monstruos peces que á cada paso vemos en nuestro camino.

—Es verdad, si. Repara cuán furiosos siguen la estela que deja tras si el buque, cual si pretendieran anonadarle por ser osado á turbar su reposo. Pero ¿durará esto mucho, Rustan? Dímelo por piedad.

—Aun tenemos provisiones para tres dias, contestó el negro eludiendo la pregunta. Ya sabeis que poseo el medio de depurar el agua del mar hasta hacerla potable. Por otro lado, el piloto asegura haber observado algunas señales que indican la proximidad de la tierra. Esperemos, pues...

—Antes me matará mil veces la pesadumbre—Mira, amigo; yo he pensado ... acaso será una mala accion, pero...

—¿Qué señora?

—Fue Alvar tan ingrato conmigo...

Y diciendo asi sacaba de su seno el mechon encantado envuelto en un retazo de seda.

Rustan se puso en pié; aplicó el oido á la parte de donde venia el viento y volviéndose repentinamente, detuvo su mano exclamando—Todavia no.

—¿Qué dices?

—Que... Pero ¿qué estrépito es ese?

Silbando como una bomba que se eleva rebotando del bronce que la despide había sonado arriba una fuerte ráfaga á cuyo sacudimiento se estremeció el buque. Los marineros alzaban agudos alaridos y corrian en todas direcciones: al arrojarse los dos interlocutores á la estrecha escalera, dieron con un hombre que bajaba a toda prisa.

—¿Qué hay? preguntó Rustan.

—El piloto, señor...

—Acaba.

—Estaba sobre el castillo y un vaivén le ha arrojado al agua.

—Salvadle! esclamo enajenada la jóven.

¡Imposible! ya los tiburones se disputan sus palpitantes restos. Entretanto arreciaba el hervor de las olas: saltaba á copos la espuma de sus erizados lomos, y el viento sacudia los mástiles cual si fueran quebradizas cañas. "Orza! gritó Rustan, abalanzándose al delicado mancebo que manejaba el timon: ¡Voto á...! está mareado! Quitad de aquí este alfeñique, muchachos: probemos si mi brazo es algo mas vigoroso.—Bien!... y vosotros á la maniobra."

La noche fue terrible: ni un solo hombre bajó á tomar descanso, ni la infeliz Sahara pudo pegar los ojos. Pero ¿cuáles serian en tanto los pensamientos de su atezado escudero? Se aseguraba que hubo momentos en que abandonando su puesto, se hundia por alguna trampa desconocida á lo mas profundo del buque, y apare-

cia nuevamente al cabo de pocos minutos, animando sus encendidos labios una ambigua sonrisa. Lo cierto es que á las tres de la mañana, las tristes voces de —"el gobernalle ha saltado",—"el barco hace agua"—vinieron á aumentar la confusión de la escena. Toda la tripulacion se precipitó á la bomba; afortunadamente, este último recurso era aun suficiente para dilatar cuando menos su próxima ruina: pero era necesario no perder un solo instante y el bajel entretanto, sin timon que le guiase, como un caballo sin freno, seguia desalentado todas las oscilaciones del viento, de aque viento que raudo, mujiente, incansable iba con furia cada vez mayor á sus alcances.

¿A qué prolongar esta lúgubre pintura? Pasaron los mas inminentes momentos de peligro: cedió, sí, la tempestad, pero ¿qué medios de salvarse? ¿cómo encontrar un camino? Transcurrieron algunos dias. ¡Vanas dilaciones de una inevitable muerte! los bastimientos, distribuidos con la mas rijida estrechez, no pudieron alcanzar mas que á la sétima aurora. Pálida, febril, desfallecida iba Sahara por su segunda vez á hacer uso de su sobrenatural recurso, despues de cuarenta y ocho horas de una absoluta abstinencia: pero Rustan que nuevamente volviera el oido á la parte de barlovento, despues de unos instantes de profunda atencion, movió la cabeza con disgusto y —Todavía no— repitióla.

—Rustan!

—Tranquilizaos: no perecereis de hambre. Acabo de descubrir cerca de este aposento, varios barriles de víveres, olvidados en la confusion que há dias reina á bordo. Corro á participar á la tripulacion esta fausta noticia.

—Eso no me basta ya, gritó Sahara, asiendo su brazo. ¡Necia fuera en verdad, cuando tengo la salvacion en mi mano, en perder momentos preciosos á trueque de vagas esperanzas, con las que, en suma, solo prolongaré mi vida por breves dias!

—Y seríais capaz...?

—De todo, si bajo juramento no me prometes, segun tu ciencia, que volveré á pisar tierra.

—¡Eh...eh! murmuró el negro sonriéndose, yo os reservaba para mas adelante este feliz anuncio: pero ya que lo exijis, os aseguro por el punt... Bajo mi palabra, que volvereis á pisar tierra.

Cayó de manos de Sahara, en medio de su alborozo, el don del olvidado Astrólogo.

—Reservadlo, añadió Rustan recojiéndolo: tal vez lo necesitemos mas adelante.

En fin rayó el dia en que cumplian dos meses desde la separacion de entrambos amantes; trazó el sol su diurna carrera hundiéndose en aguas en medio de otro piélago de fuego y tras él se levantó la noche, fria y silenciosa. Iba el siniestro esclavo en pié á un lado de la popa,

fija la atencion en el horizonte de que no apartaba los ojos: la bella Judía iba inmediata á el entregada á los mas dolorosos pensamientos. La *Niebla* ora jirando sobre sí misma como una peonza, ora ajitada en tardíos vaivenes á merced del viento, elevaba inútilmente sus descarnados mástiles. Poco á poco fue encapotandose el tiempo: caian algunas gruesas gotas: la luna velaba entre vapores su disco amarillento.

No ajitaban empero á Sahara sus antiguos recelos desde que arrancara á su compañero la palabra de salvacion; y tanta mas fé ponia en su promesa cuanto que todo en él respiraba seguridad y confianza. Sus ojos, en aquel momento especialmente, manifestaban tanta satisfacción y era tan singular la espresion de júbilo que los encendía que no pudo menos que preguntarle con una viva emocion—¿Está por ventura próximo el instante de cumplirse nuestros deseos?

—¡Ya se acerca! ¡Ya se acerca! respondió aquel ser estraordinario paséandose ajitadamente por los mal seguros tablones.—Mañana no tendreis que desear nada.

¡Y decía verdad! ¡Y la torpe, arrebatada de alegría, no queria creerle!

Si ya has adivinado, lector, que Rustan era el diablo en persona, pasemos á lo poco que me resta.

Cerca de la media noche tropezó el trabaja-

do buque en un bajío. ¿Qué se hizo de la tripulación? Lo ignoro: tal vez, lanzándose al frájil esquife lucharia aun algunas horas contra su destino. Sahara se quedó allí abandonada, sin otro auxilio que el de sí propia y... la compañía del demonio! ¡Oh! seria un terrible espectáculo verla forcejar con el maligno ser, mientras se hundia bajo sus piés el suelo que pisaba, para acudir á arrojar al mar el don de Alvar que aun podía salvarla. No, no hay palabras con que pintar aquella lucha de media hora, durante la cual sentia sobre su rostro el háligo abrasado del infierno, atarzaban sus brazos las uñas del réprobo espíritu, la ensordecida su voz y la fascinaba su mirada de fuego. Mas cuando ya sucumbia desfallecida sintióse libre y oyó decir—"Ahora maldita!— Cayó al agua el encantado cabello. Entonces se cuenta, que alzándose Satanás sobre los aires en cuatro negras alas, apostrofó asi á la hermosa.

—Queda anulada mi promesa.

—En esta hora en que sacrificas á tu amante, hace él lo mismo contigo. Seguid pues, vuestra estrella que ni un pacto conmigo contrariar puede. Para estimularle, he convertido la selva en laguna: por cumplirte mi palabra haré que termines tu vida pisando tierra.

No sé como fue: pero en vez de seguir zozobrando el buque, tomó consistencia, se petrificó y por algun tiempo resonaron aun sobre la

calva peña los jemidos de la infeliz Judía, cual otra Ariadna abandonada.

—Esa historia, á mas de inmoral es inverosímil, dije á mi narrador no bien acabó su larga relacion; porque ¿qué se ha hecho de la laguna y del peñasco, sin los cuales quedaria reducida á la nada?

—Aun existen. La laguna junto á un pueblo que no me dejaria mentir si me acordara de su nombre, en las Asturias de Santillana. Por cierto que tiene sus flujos y reflujos, y el agua es salada como la del mar. En cuanto al peñasco...

—Adelante.

—Alli lo tiene usted todavía.

En efecto, me señalaba un negro peñon á bastante distancia, en cuya forma, á pesar de la oscuridad del crepúsculo, creí percibir cierta semejanza con los contornos de un buque. Pregunté y me dijeron que era conocido vulgarmente con el nombre del Bergantin—No tardé en perderle de vista.

Mário Kolhmann

SERENATA

DEDICADA A MI AMIGA LA SEÑORITA DOÑA A. M. T.

Suspende, Aminta, suspende
Tu dormir un breve instante,
Y el dulce reclamo atiende
De mi pasion delirante:
Abre hermosa esos luceros
Hechiceros
De luz fuentes y de amor,
Y de envidia las estrellas
Menos bellas
Matarán su resplandor;
Que si hubiera
Contemplado
Exaltado
Tus hechizos Rafael,
Sus creaciones
Celestiales
A tí iguales,
Dado hubiera su pincel.

Dulce luna, tu dormitas
En blancas nubes posada,
Y con tu imajen me excitas

Su imájen idolatrada;
Que por ella yo deliro
Y en tí miro
Su trasunto anjelical,
Cuando duerme sosegada
Reclinada
En su lecho virjinal;
Porque es ella
La flor mia,
Mi ambrosía
Y mi cielo y mi deidad
Y la maga
Que conjura
La amargura
De mi dura adversidad.

Posada en su lecho blando
Formado por las delicias,
Tal vez está dormitando
Con amorosas caricias;
Y en sus labios tal vez vaga
Y le halaga
Hechicero sonreir,
Como vagan por las flores
Los albores
De la aurora al revivir.
Porque solo
El albo velo
De su cielo
Pintan nubes de carmín

Y de pardos
Nubarrones
Las visiones
Aun no manchan su confin.

Duerme, duerme mi adorada
Entre nubes de beleño,
Que es la fuente de tu sueño
Por los ánjeles guardada;
Y si el piélago adormido
Remecido
Lanza blando suspirar;
Y en letargo la natura
Si murmura,
Es queriéndote arrullar,
Porque sienten
Tus amores
Aves, flores,
Bosques, peñas y arenal
Y hasta el pez
De amor espira
Si te mira
Retratada en su cristal.

Mansa brisa, vé regando
Tus perfumes halagüeños,
Y hasta Aminta penetrando
Blanda turba sus ensueños:
Y resbala en sus hechizos
Y en sus rizos

Murmurando mi cancion,
Díla el fuego que me abrasa
Que sin tasa
Beve ansioso el corazón:
Y que es ella
La flor mia,
Mi ambrosía,
Y mi cielo y mi deidad,
Y la maga
Que conjura
La amargura
De mi dura adversidad. (*)

C. Cabrera

(*) Esta composición ha sido arreglada para cantarse al piano por el profesor de música, D. Domingo Delgado.

A MIMADRE

¡Ah! ¡qué suave en la entraña del hombre
De una madre respira el acento!
¡Y que dulce y feliz sentimiento
En el alma le imprime su amor!
Iris bello en las negras borrascas
Que alborotan el mar de la vida,
Planta hermosa en laguna perdida,
Entre abrojos balsámica flor.

Y ¿qué fuera mi triste existencia
Sin su amor, su recuerdo su ternura?
Si á su aliento vital de dulzura
No esperara mi aliento mezclar?
¡Ah! quizá el corazon corrompido
De pasiones al pérfido halago
Arrastrara la mente á su estrago
Torpe juez y verdugo á la par.

Mas ahora, tu voz, dulce madre,
Prende en mi alma continua armonia:
Yo la escucho y doquier que me guia
Siento alli celestial bendicion.
Y dormida la llaga roedora.

Que encrudece en mi pecho el martirio,
Tu cariño es mi solo delirio,
Tus suspiros mi sola emocion.

¿Quién podrá arrebatarte el cariño
Que me diste en tu seno amoroso?
Que en la cuna tu beso ardoroso
Imprimiera en mi cándida sien?
Que he bebido en tus lágrimas tiernas,
Que sentí reclinado en tu brazo,
Que he probado en tu mismo regazo. . .
¿Quién podrá arrebatártele? quién?

Rotas ya á las pasiones las galas
Que en su torno flotantes se mecen,
Paz y vida en sus formas me ofrecen,
Polvo y muerte en su seno fatal.
De la incauta virtud mofadoras,
Vil mentira de emblema sagrado,
No acerqueis mas en vaso dorado,
A mis labios ponzoña letal.

¡La amistad! ente vago que trueca
Su disfraz y su luz y colores,
Tallo estéril que esconde sus flores
Cuando el pecho cabida le dió.
Y le insulta, le cambia, le vende,
En impura balanza pesado,
Cuando el torpe deseo estragado
La ambicion ó codicia embriagó.

¡El amor! faro bello, ambulante,
Que lejano del puerto nos llama,
Y en un golfo insondable derrama
A la mente su luz de ilusion.
Sus fulgores estingue al momento,
Nos entrega á huracanes furiosos,
Le invocamos trementes y ansiosos...
Y él destella sobre otra rejion.

¡Cruel fantasma! tú das en guirnalda
Que al incauto la sien galardona,
Erizada en espinas corona
Que atormenta su triste existir.
¡Ah! jamás importuna penetres
En mi dulce fantástico ensueño;
No suspires, mi pecho no es dueño
De exhalarte ni un feble latir.

Mis recuerdos, mi amor, mi alvedrío
Y los raptos de mi fantasía
Solo son para tí, madre mia,
Todo tuyo hasta mi último adios.
Tú me quieres, virtuosa criatura,
Yo respiro por ese amor tierno,
¡Ah! si vivo al llamarte el Eterno,
Abrazados muramos los dos.

Mas aun no la llames, Dios mio,
Déjame antes al pecho estrecharla,
Con delirio y pasion contemplarla

Y sus pies sollozando besar.
Y cerrada á mi llanto la herida
Que en su sueño amoroso he rasgado,
De su labio convulso adorado,
Mi perdon anhelante esperar.

¡Mi perdon! ¡Cuántas veces, iluso,
A su entraña de amor abrasada,
En acíbar esponja empapada,
Hijo ingrato traidor ofrecí!
¡Cuántas veces, ó madre, me viste
Desdeñando insensible tu ruego,
Tu dolor y tu llanto de fuego,
Cuando solo llorabas por mí!

Pero tú me perdonas, tú sabes
Que ese llanto que vierto en la ausencia,
Es el llanto de la penitencia,
Que de madre demanda el amor.
Puro amor cual suspiro de un ánjel,
De inocencia cual ramo esplendente,
Cual de vate inspirado la mente,
Cual aliento vital de una flor.

Me perdonas; convulso, amoroso
Cada instante tu labio me nombra,
Y tu bella fantástica sombra
Me señala un bordado pensil.
Y su seno vestido de flores,
Que espiaron olor á mi infancia,

Aun ofrece esbelteza y fragancia
A mi ardiente anhelar juvenil.

Suspirado pensil, cara patria,
Por tus gratos recuerdos hermosa;
Aura plácida, cuna preciosa
Que mi sueño infantil halagó.
Yo te adoro porqué tus alientos
Dieron vida á mi vida otro dia...
Porqué vives alli, madre mia,
Aun muriendo la adoraré yo.

Si, yo torno á tu plácida orilla,
A sus campos y bosques sombríos,
A sus huertas, jardines y ríos,
A sus fuentes de etéreo placer.
De tus brazos amantes ceñido,
En celeste ilusion estasiado,
¡Qué delicia á tu amor acendrado,
Madre tierna, mi aliento ofrecer!

Que mi amor, libertad y alvedrío
Y los raptos de mi fantasía,
Solos son para tí, madre mia,
Todo tuyo hasta mi último adios.
Tú me quieres, virtuosa criatura,
Yo respiro por ese amor tierno,
¡Ah! si vivo al llamarte el Eterno,
Abrazados muramos los dos.

Fernando Roig

FANTASIA

A****

¡Ah! yo te pido que el piadoso acento
no desoigas, visión, si eres mujer,
mi súplica de amor pídela al viento
que él guarda los mensajes del querer.
V.

Peregrina vision encantadora
que en derredor de mi sin cesar te veo,
mi corazon estático en tí adora
su jenio protector,
Y ante tu sombra celestial de hinojos,
se postra arrebatado y te bendice,
y abrasado en la lumbre de tus ojos
delira por tu amor.

Flotando por el ancho firmamento
mi vacilante vista te contempla,
cual flotara cortando el ronco viento
el águila imperial;
O cual luciente estrella desprendida
del manto que cobija la natura,
y que vierte en su espléndida caida
el fuego celestial.

Fuego sagrado que en mis venas corre
como un raudal de lava abrasadora,

y no hay objeto ni poder que borre
su férvida impresion:
Que á todas horas y do quier admira
mi mente delirante tu figura;
te vé en el viento que incesante jira,
te busca en la creacion.

Del arroyuelo en la ondulante cinta
ceñida de rosales y de lirios,
tambien tu imájen célica le pinta
el trémulo cristal;
Te mira de la luna en los cambiantes
que en las azules noches reverberan,
y en las manchas que forman inconstantes
las aves al cruzar;

De la pintada nube en los colores
de la tarde, te ve, te ve en la noche,
te ve del bosque en las silvestres flores
y te oye en su rumor;
Y hasta en las alas del turbion bravío,
que el rayo sulca iluminando el éter,
solo a tí admira el corazon impío
cegado en tu esplendor.

Solo tu frente de eternal pureza,
orlada en torno de encendidas flores,
solo tus formas de jentil belleza
adora mi razon.
Solo admira tu túnica flotante,

solo tus labios que á las rosas vencen,
y el fuego de tus ojos que incesante
me quema el corazon.

Benditas seas, vision: sin duda fuiste
de mi horóscopo el astro de ventura,
y encantado un eden me predijiste
tras negra tempestad;
Porque pasara el nubarron oscuro
que enturbiara ese mar de mis pasiones,
y ahora en sus ondas el deleite apuro
absorto en tu beldad.

Nuncio de amor y de ventura y gloria
del alcázar celeste desprendido,
una dorada pájina en mi historia,
tú vienes á ocupar.
Porque me colmas de amoroso fuego
y por tí el alma sin cesar suspira,
cual suspira por la luz un ciego
que un punto vió brillar.

Tú en mis sueños me encantas y trasportas
á espléndidas rejiones orientales
y entre sus nubes de perfume abortas
como radiante Hurí,
Y jirar en mi torno vagarosa
con sonrisa fantástica te veo,
y siento tu cendal de gualda y rosa
volando sobre mí.

Ya no cual antes en vijilia amarga
paso la noche entre discordes ruidos,
sus negras horas ya no me son largas,
y con placer escucho sus crujdos;
Ni esos espectros de la sombra abortos
que de mi lecho en derredor flotaban,
y que á mi ser en su dormir absorto
las brujas y vampíros parodiaban,
No me fatigan, no, que al lasio sueño
se abandona mi espíritu cansado,
y esos ruidos murmúranme halagüeños
ecos de amor y un nombre idolatrado;
Un nombre dulce de mujer que tiene
con lava hirviente el corazon escrito,
y que en tus formas á halagarme viene
romántica vision.

Por eso es que mirarte yo deliro
en la flor, en el ave, en la cascada,
y tu sombra hechicera solo miro
en toda la creacion;
Y por eso eres tú mi númen caro,
mi fanal encantado de ventura,
Mi Dios, mi gloria, mi deidad, mi amparo,
mi vida y mi ilusion.

C. Cabrera

HISTORIA

DE DON ALFONSO DE CORDOBA

Y DOÑA CATALINA DE SANDOVAL. (*)

Pocos habia en la corte de Enrique IV que no estuvieran al cabo de la amorosa inclinacion que se tenian los dos ilustres personajes cuya historia vamos á referir. Pertenecia D. Alfonso de Córdoba á una de las primeras casas de España, que si bien no se hallaba en gran predicamento, no cedia á otra que á la real su primacia, con la cual aun tuviera no largo parentesco. Fue menino del rey en el tiempo en que era príncipe; mas sea que no tuviera bastante habilidad ó que en realidad no quisiese tenerla para ganarse la voluntad del monarca, atendido lo opuesto del uno á mendigar el favor ajeno y lo aficionado del otro á que se

(*) Habiendo encontrado en una crónica antigua la historia, jeneralmente desconocida, de estas dos ilustres víctimas del amor, cuyo ejemplo renovaron en Teruel en el reinado de Carlos I, viznieto de Enrique IV, otros dos amantes a quienes la musa dramática de Montalván, en lo antiguo, y la del Sr. Hartzembusch, en nuestros días han dado una celebridad estraordinaria, nos hemos ocupado en estractarle y pulirla como ofrenda nuestra al *Aguinaldo*, y como asunto propio y digno de figurar en las páginas de un libro que se dedica al bello sexo. Eliminaremos este elojio a ser autores de una novela; mas, publicistas de un hecho histórico, conocemos que la verdad de aquel consiste en la justicia que hacemos a la virtud de los dos amantes, dechado de jenerosidad y de firmeza, cuyas memorias ninguna persona sensible podrá acabar de leer sin que lágrimas de ternura se deslicen por sus mejillas. *(Notas del autor)*.

adulara y complaciese, el resultado es que nunca pudo lograr su rejio valimiento. Mozo discreto, de gallarda presencia, y de bellísimo natural para sus iguales y súbditos, no poco pecara de encopetado y presumido como se tratase de dar un paso que hubiera de ponerle en roce con los favoritos y privados. Fáltabale la riqueza para poder brillar todo lo que lo esclarecido de su linaje requeria; y como segun lo dicho, por una parte abominaba del abatimiento y por otra ignoraba los términos de la lisonja, carecia de este requisito tan indispensable para medrar en la corte. Verdad es que aun mediaba otro antecedente, el cual se decia ser oríjen principal de todas sus desavenencias. Hablándose un dia en la cámara del príncipe de las muchas rentas que tenian algunas casas, nombrándolas, djo éste, no se sabe si con intencion ó no de zaherirle—"No entra en el número de estas casas tan poderosas la de D.Alfonso de Córdoba, porque es demasiado pobre."—"Es cierto, señor, contestó D. Alfonso sonrojado, que mi casa, comparada con las riquezas de esas, es muy pobre; pero—y aqui levantó lo voz—la mia puede ser rica con el tiempo y otras por mucho que adelanten no podrán jamás compararse con ella en los timbres y blasones de que goza y en lo que va a la par con la de V. A."—El príncipe, sin responderle, le volvió la espalda y nunca olvidó estas palabras, que graduó siempre de atrevidas.

Todo tiene en este mundo su compensacion El amor habia venido á desquitar á D. Alfonso de sus pérdidas, y henchido de amor su corazon no quedó en él lugar donde cupiesen la ambicion ni los resentimientos. Entre muchas damas de la corte que aspiraban á su afecto, Doña Catalina de Sandoval y Velasco, de la casa del almirante, era la que públicamente le cautivaba por su hermosura y buenas prendas; pero, sea dicho en conciencia y acá en secreto, ó el tiempo que todo lo consume ó la corte, que todo lo corrompe ó lo uno y lo otro tenian resfriada esta pasion en el momento que tomamos por principio de esta verídica historia. Tanto mas estraña parecia esta mudanza de parte de Don Alfonso cuanto que todas las intrigas que desde un prncipio se fraguaran para desviarle de su amada vinieron luego á estallarse en su constancia y lealtad. Tiempo hacia que andaba D. Alfonso como apagado ó adormecido, sin que ya le encendiese ni la hermosura y recato de su dama ni aun las privadas y públicas demostraciones de afecto con que ésta le regalara, cuando un suceso casual, que tuvo seguramente muy larga y dolorosa trascendencia en lo político, volvió á reconciliar estos dos corazones que unidos por el amor estaban destinados á ser sin embargo víctimas espiatorias del infortunio. Hé aqui el hecho.

Declarado nulo el matrimonio del rey Enrique IV el *Impotente* con Doña Blanca de Castilla por el pontífice Nicolao V, cedió esta desgraciada princesa su lugar á la hermosa Doña Juana de Portugal. El rey, príncipe dado á la ostentacion cual ningun otro, nada omitió en las disposiciones del recibimiento de su nueva esposa, y la mandó hacer en la ciudad de Leon la mas soberbia entrada que hasta ahora nos han dado noticia las historias. El arzobispo de Sevilla D. Alfonso de Fonseca, que poseia todo el favor del rey y no perdonaba medio de mantenerse en tal prestijio, convidó á toda la corte y con una galantería, impropia acaso de su dignidad y no vista hasta entonces, mandó sacar, en un magnífico banquete que dió en su palacio, al que asistieron los reyes y por consiguiente toda la grandeza, dos grandes azafates de oro llenos de sortijas del mismo metal precioso con piedras finas de todo jénero y de unas labores admirables. Sirvióse á las damas este nuevo y esquisito plato que repartió la misma reina; y el rey, queriendo llevar mas adelante la galantería, mandó a la reina que regalase con su anillo al caballero que mejor le pareciese y que todas las damas hiciesen lo propio. En obedecimiento de este mandato quitóse la reina su anillo y se lo presentó al mismo rey; mas como éste la manifestase que en calidad de esposo no queria ser contado entre los caballeros para merecer aquella fineza, le reina dió su anillo á Don

Beltran de la Cueva, conde de Ledesma y duque de Alburquerque, que ya entonces empezaba á ser su privado. (*) Este capricho del rey, no el mas discreto ni prudente, pues que excitó sus propios celos, produjo la envidia que era natural entre los cortesanos, quienes sin embargo disimularon su enojo lo mejor que pudieron; mas el rey, que, resentido del caso, queria tal vez dar pié con este juego de galantería á otra determinada preferencia, sintió un penetrante dolor al ver que una de las pricipales y hermosas damas de la reunion, Doña Catalina de Sandoval y Velasco, dió a su vez el anillo que tenia en el dedo á D. Anfonso de Córdoba.

Con efecto principiaba el rey á mostrarse amartelado de esta dama, confiado de que sus galanteos serian acojidos con una estremada predileccion, y el disgusto que manifestó en aquel instante confirmó á todos en lo que muchos ya sospechaban. ¿Quién dijera que de principios tan nimios y lijeros habian de derivarse los trastornos y revueltas que fueron poco despues el escándalo de la Europa?...Dejemos esto para quien tenga el intento de comentar la historia del reinado de Enrique IV.

El rey, viendo favorecido de la que amaba á D. Alfonso, miró á éste con un semblante torvo é irritado que parecia pronosticarle la des-

(*) Esta privanza, en que continuó hasta el final del reinado D. Beltrán; dió marjen á desconfiar de la lejitimidad de la infanta Doña Juana que desde su infancia fue apellidada *la Beltraneja*.

gracia que poco despues le sucedió; pero ¡qué contradicción! ¿qué era lo que pasaba en aquel instante en el ánimo de su rival? Mustio y descuajado el doncel como todos los concurrentes á la vista de la pública diferencia hecha al de Ledesma devoraba en silencio su disgusto cuando la severa mirada del monarca le impuso de su resentimiento y de la causa que le produjera, y ya no solo cambió su faz, sino que tuvo sobre sí bastante dominio para disimular el júbilo interor que le causara aquel accidente inesperado. No hubo uno entre los presentes que no adivinase su pensamiento, y tanto mas grande fue la novedad que causó el que Doña Catalina le hubiese favorecido con su anillo, cuanto mayor era la presuacion en que todos estaban de la frialdad con que de algun tiempo á aquella parte viérase correspondido de su amante. En fin la asamblea se disolvió volviéndose cada uno á su casa contento ó triste segun las diferentes pasiones que les dominaban, y bien se observó que al acompañar D. Alfonso á la de Sandoval al sitio donde la aguardaba la litera, su despedida habia sido mas afectuosa y rendida que lo de costumbre.

Nuevamente encendido D. Alfonso por la pública fineza de su dama ó por el pique de su rival, mas poderoso sin duda que aquella á avivar la antigua llama, no tuvo que hacer grandes esfuerzos para reconciliarse, y habria terminado este asunto por el casamiento, si Doña Catalina,

á quien su amante se lo propuso con instancia, no lo hubiera eludido so pretesto de que estando empeñados los mayorazgos de uno y otro, su corto producto no proporcionaria á D. Alfonso los medios de figurar en la corte, por lo cual tendria que condenarse á una vida oscura y desairada que tan mal se avenia á su sexo como á lo elevado de su clase.

Habia entonces en la corte una boda ventajósisima á que aspiraban todos los señores principales, que era la de la condesa de Santisteban, nieta del condestable D. Alvaro de Luna, cuyo lastimoso y trájico fin fue tan sentido y admirado en toda la Europa. (*) Era la condesa, si no hermosa que sorprendiese, tan bien parecida que bastaba para cautivar á cualquiera la espresion de sus animados ojos; tenia la mas estrecha amistad con la de Sandoval, y la circunstancia de ser de una misma edad y de haberse educado juntas daba tal unidad á sus pensamientos y pareceres que rara era la cosa ó el gusto en que discordasen. La grandeza de la casa de la condesa, sus inmensas rentas y el esplendor con que se presentaba hacia golosa esta union, pues nadie dudaba que llegaría á la cumbre de la opulencia el que lograse su mano. ¿Quién creerá que Doña Catalina, que se contemplaba desgraciada por no tener los medios de enriquecer á su amante, habia de llevar el

(*) Fue degollado en Valladolid el 5 de Mayo de 1453, en tiempo de Juan II, padre de Enrique IV.

deseo de engrandecer hasta el estremo de inmolar en las aras de su amor su propia felicidad y gusto? Pues esto fue, mal que cueste creerlo a muchas de nuestras lectoras, lo que sucedió en aquel estraño caso. Puso sus miras en su amiga la condesa de Santisteban creyendo, y con razon, que si lograba casarla con su amante aseguraria la fortuna de éste, y daria al mundo un raro testimonio de su heróica jenerosidad, resuelta en este caso á encerrarse en un claustro el mismo dia en que se celebrase en un claustro que á tanto precio solicitara. Con tan peregrina idea empezó á practicar las dilijencias y halló en su amiga las mejores disposiciones para llevarla á cabo. Con efecto la de Santisteban habia tratado de cerca á D. Alfonso y no era por cierto á quien menos pesasen sus amoríos con Doña Catalina; diremos aun que, no obstante ser su amiga, hubo momentos en que llegó á felicitarse por la mudanza de D. Alfonso si bien nunca se atrevió á hacer ostensible su deseo bien porque no tuviese en este cambio una entera fe, ó lo que era mas natural, porque considerara que esta conquista, que con tanta razon pertenecía á su amiga, la daría á ella poco honor, y esto en el caso de emprenderla con seguridad de buen éxito. No eran estas las solas disposiciones favorables que se presentaban al buen resultado del proyecto de Doña Catalina, pues que acaso mas que la jenerosidad de ésta y que el amor de aquella lo adelantó todavia el odio.

Tenia D. Juan de Luna, tio y tutor de la condesa, un rencor mortal al marques de Villena, quien, despues del arzobispo de Sevilla lograba la mejor parte en el gobierno de la monarquía Esperaba que el marques pediria á su sobrina para esposa de su hijo primojenito, y como esta peticion no dejaria de venir apoyada por la autoridad real quiso prevenirla concertando con otro el casamiento de aquella. Ninguno más á propósito que el de Córdoba, que, igual en linaje, reunia la muy importante cualidad de poder ser asociado en su odio al marques, con el cual tampoco aquel estaba bien. "Don Alfonso, decía á sus solas el de Luna, hallará en mi sobrina cuanto pueda apetecer para dar á su casa el lucimiento que necesita, y él será para la mia una pariente que mas la esclaresca y un aliado poderoso para resistir y aniquilar á mis enemigos". Embebido en estas esperanzas no perdió tiempo D. Juan en hacer la proposición. Recibióla D. Alfonso con indiferencia sin dar el menor indicio de júbilo ni de vanidad, y aunque desde luego habria podido contestar, su delicadeza le obligó á pedir un dia de término para verificarlo. Verdad es que hallaba en esta boda una ocasion segura para hacer su fortuna sin la precisión, tan dura para el, de tributar sumisiones á los ministros y privados, cosa opuesta á la autoridad de su jenio y á la grandeza de su alma; pero si valor tenia consigo para acometer

cualquier empresa, sobrábale amor y faltábanle las fuerzas para separarse de Doña Catalina. "Huyendo de una infamia, decia para sí, vendria á caer en otra." (*) Tomando, pues, el partido de no admitir el que se le ofrecia, fue al dia siguiente D. Alfonso en busca de D. Juan, y con el debido respeto á sus canas escusóse lo mejor que pudo asegurándole empero de su reconocimiento por la distinguida merced con que le honraba; cosa que admiró á Don Juan porque creyó que su proposion seria admitida con todas las señales de una verdadera locura.

Ignorante Doña Catalina de esta proposicion y de su resultado, así como lo estaba D. Alfonso de lo que aquella trabajaba por su parte, para ganarle el afecto de su amiga la condesa, continuaba en tan buenos oficios cuando un dia acertó á visitarla D. Juan y la dió estensa noticia de cuanto habia pasado con D. Alfonso, añadiendo que no habiendo ocultado nada á su sobrina ésta habia recibido tan injuriosa noticia con el desagrado y sentimiento que era natural.

Preciso es hacer aqui una lijera digresion para la mayor intelijencia de esta triple intriga.

(*) Que bien dijo Ludovico
que no hay infamia mayor
que casarse sin amor
y solo para ser rico.

(Anónimo.)

—Aunque la condesa oyó efectivamente con el mayor disgusto la negativa de D. Alfonso, su enojo no recayó sino sobre Doña Catalina, pues que atribuyó,—véase hasta qué punto llega la malicia de una mujer celosa—que para hacer ésta una prueba de la fidelidad de su amante habia usado del medio de proponerle aquel casamiento, superchería de que en realidad era incapaz su amiga. Este falso recelo la hizo olvidar todas sus obligaciones para con ella; y resentida del fraude, si bien trató de aparentar una falaz serenidad, dispúsose á entrar en hostilidades por un distinto camino que la asegurase la victoria. Tanto á su tio como á Doña Catalina declaró francamente que no debian pensar mas en aquel asunto y que no daria oidos á ninguna plática que casualmente ó de pensado quisiesen hacerla sobre él por ser ya cosa que la fastidiaba en estremo. Era mujer y con decir esto cualquiera se penetrará —perdonad, hermosas,— hasta qué punto fue llevado el disimulo. Su intencion era deshacer lo que hasta entonces se habia trabajado y empezar por sí la obra con el objeto de que consumada no pudiese otro que ella vanagloriarse del triunfo.—¡Mujer sublime y sábia, el autor de estas memorias te bendice y aplaude tu doctrina!

Enterado el lector de estos antecedentes volvamos á Doña Catalina y á D. Juan quienes dejamos departiendo sobre la inesperada nega-

tiva de D. Alfonso. Por mas que esta noticia admirase á Doña Catalina, cuyo proyecto, en consecuencia de la misma, quedaba desvanecido, fácil es conocer que en el fondo de su corazon no la disgustó por lo que satisfacia su amor propio.—Tal es el cúmulo de inconsecuencias y contradicciones que constituyen la especie humana.—Sabia D. Juan, aunque por cima, como hombre mas dado á asuntos políticos que á amorosas aventuras, las relaciones que mediaban entre D. Alfonso y Doña Catalina; mas las creia á punto de terminar á vista de las diligencias que ésta practicaba en favor de su sobrina: como por otra parte recelaba el amor de ésta á D. Alfonso, por lo mismo que afectaba serle indiferente siempre que se hablaba de él, y á todo esto se agregaba el que el primojénito de Villena empezaba á declarase su apasionado pretendiente aprovechó esta visita, sino es que digamos que la hizo con este esclusivo objeto, para sonsacar á Doña Catalina: asi es que la dijo, despues de observar los contrarios afectos que produjo en ella aquella noticia.

—"Si fuese cierto, señora, que tan interesada os mostrais en la union de vuestra amiga con D. Alfonso..." Y sin dejarle acabar contestó Doña Catalina.

—Lo estoy con efecto.

—En este caso, continuó el de la Luna, parece que deberíais poner en práctica los medios

que os puedan borrar de su imajinacion el mas acertado seria el de casaros.

No querriamos pecar de maliciosos al insinuar que parecian llevar aquellas espresiones otra intencion rebozada ademas de la intencion directa que cualquiera les dará. Una sonrisa de Doña Catalina hizo bajar los ojos al venerable tio de su amiga. La cosa no pasó adelante, y esta plática se cerró bien amigablemente con las seguridades que reiteró Doña Catalina á su interlocutor de que continuaria ocupandose con eficacia hasta ver concluido este negocio á satisfacción de ambos. Lisonjeado con tan halagüeña esperanza D. Juan se despidió con todas las demostraciones hijas de su cortesanía y tambien de su reconocimiento.

II.

Por los tiempos á que se refiere esta historia, ó lo que es lo mismo, á mediados poco mas del siglo XV, no era el mas honesto, que digamos, el cuadro que presentaba la corte de Enrique IV: habíanse hecho tan de moda los licencioso deleites entre los palaciegos que apercibido el pueblo de sus livianidades hervía en murmuraciones. El mismo rey, queriendo sin duda atajar la voz que ya empezaba á correr y que en los siguientes siglos le dió el injurioso epíteto de Impotente que hoy le distingue entro

los otros de su nombre de Castilla, no se limitó á solicitar vivamente en la corte de Roma su divorcio sino que entreteníase en nuevos amoríos, creyendo que para destruir aquellas sospechas bastaba manifestarse galan y enamorado. Ya habemos dicho como dejó entrever su inclinacion á Doña Catalina en el banquete del arzobispo; y como el amor fosfórico de los reyes no tiene espera, no tardó en insinuarse á ella con demostraciones mas auténticas é inequívocas que excitaron con gran fuerza los celos de D. Alfonso. Por otra parte las dilijencias que su amada practicaba para enlazarle con la condesa, de que al fin hubo de enterarse, de tal modo le hicieron desconfiar de su lealtad que andaba el amante en un desasosiego mas fácil de presumir que de pintar: contemplábase tanto mas infeliz cuanto mas se trabajaba en su fortuna y mas de una vez dió amargas quejas á Doña Catalina por lo inconcebible y extraño de su proceder, manifestándola siempre que la amaba con demasía para poder entregarse á otro cariño por ventajoso que pareciese. La de Santisteban, firme en sus resolucion trabajaba con ahinco, sin treguas ni comunicarse con nadie.

Pronto cundió la voz de que la de Sandoval estaba enteramente apoderada de la voluntad del rey; mas lo cierto que era escuchaba y sufria su amor con el único objeto de adelantar á

D. Alfonso. La prueba de esto es que habiendo vacado por entonces la gran dignidad del maestrazgo de Santiago, Doña Catalina la pidió para él, y aunque el rey se la ofreció, dióla dos dias despues á D. Beltran de la Cueva, de lo cual no dejó de manifestarse aquella resentida, pero el monarca la contestó, aunque cortés, con un cierto retintin bastantemente significativo. No se concretó á esta petición, que hiciera sin conocimiento de D. Alfonso, el buen deseo de Doña Catalina: el rey siempre que le hablaba de él mostrábase distraido y algunas veces como irritado, y esto la determinó á desistir de su empeño, unido lo cual á lo poco ó nada que el amante se ayudaba el favor de su dama le era tan inútil como si no tuviera. Sólo quedó á Doña Catalina para continuar en su empresa el recuerdo de obrar unida á D. Juan, y hé aqui que la casualidad le trajo á la mano una ocasion la mas oportuna.

Habíase declarado en este tiempo el primojénito de Villena pidiendo por esposa á la de Santisteban. El rey, que gustaba de entretener á su dama con frivolidades del dia, hablóla de este caso por incidencia. Doña Catalina conoció que era llegado el momento de echar el resto y tocó una nueva clave, la del interés, que siempre responde tan ventajosamente. Espúsole que la casa del marques era ya demasiadamente poderosa en Castilla, y que entrando todas las riquezas de la casa de Luna en la de Villena

por medio del casamiento de la condesa, harian al marques dos veces mas formidable en su reinado que lo habia sido D. Alvaro de Luna en el de su padre.

—¿Habéis olvidado, señor, dijo recalcándose, la historia del condestable?

Enrique IV frunció las cejas.

—Reparard, señor, continuó, las desgracias que acompañan al demasiado poder de los vasallos y los celos que estos dan á los monarcas que los ponen en tal altura; ved que algunas veces la demasiada opulencia trae consigo desmanes y aun levantamientos, y últimamente que no está bien á la soberanía tener vasallos que la compitan en riquezas porque estas pueden dar aliento para aspirar á las coronas.

Inútil es decir que Doña Catalina apuró en esta ocasión todos los primores del arte de persuadir en que tan versado está el bello sexo, pero nada causó al rey tanto efecto como la sagaz comparacion que hizo del de Villena con D. Alvaro de Luna, cuya historia, si ha debido servir de leccion á algunos monarcas, estaba, por lo reciente, demasiado en la memoria de Enrique IV. Penetrado éste de la veracidad de estas palabras, que mas creyera salir de la boca de sus consejeros que de la de su dama segun el continente serio con que las oyera, protestó con la mayor firmeza que jamás consentiría en la union que se le habia propuesto. Caido el rey en esta

zalagarda, Doña Catalina se apresuró á rematar la pieza.

—Pero es necesrio, dijo, que vuestra real promesa tenga el debido cumplimiento.

—¿Pues cuándo no la ha tenido? replicó el rey.

—Cuando se me hizo á favor de D. Alfonso de Córdoba para el maestrazgo de Santiago; y ya veis, señor, que no cumplir lo que se ofrece á una dama es una falta muy notable de un caballero.

Aunque estas espresiones fueron dichas por Doña Catalina con toda la finura propia de su distinguida clase y en estilo de chanza, acompañadas de una dulce y atractiva sonrisa, mucho le valió aqui el ascendiente del sexo y de la hermosura, y todavía mas, el prurito de galanteria de que, como hemos dicho, hacia alarde el rey á fuer del deseo que le devoraba de desmentir el odioso mote con que era conocido. Entre sonrojado y celoso satisfizo, pues, á la reconvencion de Doña Catalina confesando ser cierto habia faltado á lo que prometió; pero que si se atendia á que su oferta habia sido hecha para descubrir aun mas "una inclinacion que le disgustaba, "su falta podria tener algunos motivos de disculpa.

—Vereis, añadió, como cumplo ahora lo que me indicais pues no hay cosa en ello que tenga relacion con vuestro ahijado.

—Ya que por vuestra boca se ha tocado

hablar de D. Alfonso, porque la mia se guardaria bien de hacerlo sin este motivo, respondió ella, estoy obligada á daros una satisfaccion que destruya el concepto en que me teneis con ese buen caballero. No negaré que lo estimo lo bastante para procurar su adelanto; mas ¿qué diríais de una dama que solicitase con anhelo poner á su amante en brazos de otra?

—Diría que no le amaba.

—Pues hé aqui, señor, lo que yo deseo hacer con D. Alfonso; y si á vuestra real majestad merezco algun favor; ninguno será de mí tan apreciado como el que dispongais que D. Alfonso se case.

Parecióle al rey un absurdo lo que oia, pues tenia algo mas que indicios de la antigua inclinacion que se profesaban estos dos amantes; y como, aunque reciente, no era tampoco pequeña la suya a Doña Catalina, la alegria del corazon vino luego á pintarse en su semblante. Conveníale mucho deshacerse de la importuna carga de D. Alfonso, con quien si en cierto modo contemporizaba era contra su rejia voluntad por evitar el escándalo y otras consecuencias poco dignas del trono. Por esta razon preguntó acto continuo á Doña Catalina, con quien opinaba podrian casar á D. Alfonso, y ésta contestó que no hallaba otro partido mas útil para el de Córdoba que el de la condesa de Santisteban porque él era pobre y la riqueza de

aquella casa solo no podia dar celos á la corona. Tal fue el entusiasmo del rey viendo esta nada equívoca seguridad de parte de su dama, que, lleno de regocijo, ofreció poner en ejecucion su acertado pensamiento, terminando aquel interesante diálogo con estas palabras.—"Y sin embargo de que la casa de D. Alfonso excede en lustre á la de la condesa, para solventar el reparo de que es pobre tendrá empleo en la mía, y entonces será obedecida sin réplica mi resolucion."

No tardó esta mucho seguramente en hacerse pública, pues reunida la corte uno de aquellos dias en la cámara del rey, dijo éste, encarándose al de Córdoba, con semblante mas afable de lo acostumbrado.—"Os tengo nombrado por mi embajador cerca del rey de Francia; pero antes de que paseis á aquella corte quiero condecoraros con un título correspondiente al esplendor de vuestra casa y casaros con quien corresponde á ella." —Grande fue la admiracion que se apoderó de los circunstantes al escuchar tan finas palabras de boca del monarca, y sobre todo por ser dirijidas á una persona que no gozaba influencia alguna con él ni con los favoritos; al escuchar las últimas dirijiéronse una mirada como de intelijencia el arzobispo de Sevilla y el marques de Villena, cuya proposicion de casamiento en favor del hijo de éste con la condesa de Santisteban, hecha al monarca con empeño pocos dias antes, habia sido rechazada

fuertemente y con sequedad. El mas profundo silencio, que ninguno se atrevió á interrumpir, se siguió á aquella escena. La envidia abatia á muchos; el temor de caer si D. Alfonso subia, á algunos y á pocos ocupaba la alegría de ver recompensado el mérito. D. Alfonso, igualmente confundido con tan inesperados honores, tributó al soberano las debidas gracias ofreciéndole sacrificar su vida si fuese necesario, en su servicio. Disuelta la corte todos los señores á porfía cercaron á D. Alfonso, atropellándose en las enhorabuenas y brindándose para emplearse en su obsequio con todas sus facultades: aquellos que le miraban como con disgusto, hablándole solo por precision ó etiqueta, fueron los que con mas espresion y ahinco se le ofrecieron y adularon. Este es el mundo; desprecia al caído y rinde adoracion al elevado.

El primer instante fue consagrado, como sucede en tales casos, á la sorpresa y al engreimiento que produce una merced tan elevada, mas presto adivinó D. Alfonso la causa de donde procedian aquellos jenerosos efectos, y como, vuelto de su asombro, viniese á conocer que el rey por separarle del lado de Doña Catalina le señalaba aquel honroso destierro, quedó tan picado del fraude que muy luego su enajenación se convirtió en la mas acerba pena, porque tan apasionado estaba de su dama que no quisiera abandonarla aunque para ello hubiera de desprenderse de cuantas honras le hiciese el rey.

Luego que este quedó solo mandó llamar á D. Juan de Luna que, sabedor del paso dado por el arzobispo y el de Villena con relacion á su sobrina, recelaba con sobrado fundamento el compromiso que le aguardaba. El rey le dijo que tenia casada á esta con sujeto de su satisfaccion, seguro de que el partido no desagradaria á los de la familia; y como resentido D. Juan perdiese la calor, prosiguió el monarca con tono mas desapacible.

—No es extraño vuestro disgusto, sois el tutor de vuestra sobrina y no os será muy agradable tener que desprenderos de sus riquezas luego que tome estado: debeis ser menos interesado y egoista.

—Señor...; murmuró el de Luna.

—Oid. Mañana ha de quedar desposada la condesa con D. Alfonso de Córdoba, en cuya union he decidido ser padrino: de lo contrario yo enseñaré á obedecerme á quien tenga la osadia de contrariarme.

Imposible es pintar la repentina transformacion de D. Juan al oir el nombre del elejido: baste decir que sin que hiciese impresion en él el mal humor del rey y el poco favor que le hiciera tratándole de egoista, pudieron mas los efectos de la alegría que el rigor de tan áspera reprimenda. Arrastrado del impetu de su júbilo se arrojó a los reales pies y con todo el regocijo del entusiasmo.

—Señor, esclamó, estas obedecido: no puedo deciros mas porque el gozo que me ha causado vuestra resolucion me quita la palabra.

Confuso el rey al ver tan incomprensible mudanza D. Juan le satisfizo enterándole de sus recelos y de cuanto habia pasado con D. Alfonso y de ello infirió el príncipe la dificultad que éste mostraba en casarse con la condesa nacia de su vehemente pasion á Doña Catalina, reflexion que le indujo á redoblar su interés de que inmediatamente se verificase la boda, para lo cual previno el de Luna que con toda brevedad buscase á D. Alfonso y como que salia de él, y no de su orden, le refiriese cuanto acababa de pasar.

—Esto es muy oportuno, añadió, para que cuando yo le llame esté ya enterado de que esta es mi voluntad que ha de ser sin réplica obedecida, y de este modo reconocerá que no ha lugar á retroceder.

Levantó á D. Juan, que permanecia de hinojos, y éste partió loco de contento á poner en ejecucion lo que se le mandara.

Pero demos un respiro al corazon antes de dar la última mano á nuestro cuadro histórico.

III.

Estaba la corte en Madrid, residencia habitual aunque no constante de Enrique IV. La

noche, víspera del dia en que, segun el mandato del Rey, debian realizarse los desposorios, acudió D. Juan á instruir á Doña Catalina de que llamado por el principe para el objeto que queda referido, lo habia hecho saber a D. Alfonso, el cual, no teniendo fuerzas para contestar, habia caido en tierra atacado con un fuerte parasismo. Doña Catalina al oirlo esclamó con un grito que salía del fondo de su alma.

—Ay Dios! D. Alfonso vá á morir ó vá á ser sacrificado en las aras de su constancia.

Y levantándose rápidamente principió á gritar sollozando.

—¡D. Alfonso! ¡D. Alfonso!

Mandó al de Luna que se retirara y esperase en su casa las resultas de la conferencia que iba á tener con D. Alfonso y despues con el rey para enterar á este de todo. Ya era tarde. A aquel mismo punto entraba en la estancia un paje que traia consigo en brazos un hombre, como dice la crónica, "con mas señales de cadáver que de viviente." Era D. Alfonso.

Arrójose á los pies de Doña Catalina y con una voz balbuciente la dijo

—Señora, aquei teneis lo que resta de vuestro amante. . .vengo á recoger vuestro primer abrazo. . . asi como vos. . . recojereis... mi ultimo suspiro.

Cuéntase en efecto que despues de tantos años, el primer beso de amor lo recibió D.Alfonso en el instante de su muerte.

Entró el rey en aquel momento y aterrado á la vista del cuadro que se presentaba á sus ojos se dirijió á Doña Catalina y la preguntó la causa de aquella catástrofe. Doña Catalina no le contestó. La presencia del rey en ocasion tan inoportuna parece que habia puesto fin á sus suspiros, á sus gritos y á sus lágrimas. Sin desviar sus ojos del cadáver reclinó su cabeza en hombros del mismo paje y quedó como difunta. Mandó el rey que viniesen médicos de su real casa, acudieron con prontitud y encontraron muerto á D. Alfonso y poco menos á Doña Catalina que espiró pasados pocos momentos. (*) esplendidez y pompa. Admiró el caso en la cor-

El rey mandó que se enterrasen juntos y que se les hiciesen sus exequias con la mayor esplendidez y pompa. Admiró el caso en la cor-

---

(*) Hasta aquí la crónica.—Mariana dice, hablando de los devaneos de D. Enrique: "Primero estuvo aficionado a Catalina de Sandoval, la cual dejó porque consintió que otro caballero la sirviese; sin embargo poco después la hizo en Toledo abadesa del monasterio de S. Pedro de las Dueñas. A su enamorado Alonso de Córdoba hizo cortar la cabeza en Medina del Campo." —En la misma crónica de donde hemos sacado estas memorias está ya impugnado este último aserto por lo peligroso al monarca y lo contradictorio que aparece este suplicio con la apuradísima y congojosa situación a que redujeron a Enrique IV las convulsiones políticas de la época; mas hay otra contradicción que la crónica no ha tomado a su cargo y es de nuestra cuenta citar aquí. ¿Cómo compajinan la facilidad con que dejó el rey a Doña Catalina cediéndola a otro para que la sirviese, con el suplicio de D. Alonso, ejecutado sin otra causa ostensible que la de ser su enamorado? No estaba en verdad aquel monarca, y menos por causas tan futiles, para hacer estos

te é hízose célebre en todo el mundo el amor incomparable de tan finos amantes, los cuales dejaron á la posteridad el mas noble testimonio de su jenerosidad y constancia y dieron á los poetas un tierno y lastimoso lema para sus composiciones.

M. A.

---

vanos alardes de la soberanía. La situación política de la monarquía había decaído mucho desde el tiempo de su padre, y sin embargo sabido es que acaso éste no habria recuperado el poder de que le despojara el ambicioso D. Alvaro sino válido del ardid con que le puso en manos de sus encarnizados enemigos, los nobles, que se encargaron de su justicia. Creemos pues, que esta sea una contradicción del historiador quien agoviado por cuidados de mas enorme peso en su importante y fatigosa tarea no siempre puede estar al cabo de minuciosos detalles.

A ARMANDA

¿Qué oigo?—Oh! cuán dulce resonó en mi oido,
madre tierna de amor, Armanda mia,
tu palpitante voz que en son perdido
fresca brisa del mar hácia mí guia.
¡Cielos! ¿será verdad?—Vuelve ¡ay! henchido,
Céfiro blando, hencido de armonía,
El alma arroba en su ilusion primera.
Repíteme otra vez — "espera... espera"...
¡Esperanza! ¿Oí bien?—¡Acento vano!
Cesa, si, cesa de ajitarme grave.
¿Por siempre no perdí con el lejano
confin natal, su resplandor suave?
¿No la sorbió el cantábrico océano
cuando á sus ondas se arrojó mi nave?
¿Qué esperará la víctima, ¡oh mi Armanda!
que el cuello dobla á la segur nefanda?

Con la carga fatal de tus dolores
si iluso aun el infeliz camina,
truncadas ya del corazon las flores,
cada esperanza mas le dá una espina.
Convulso el pecho sufre los furores
de uno y otro puñal que le asesina:
desmaya al fin, é indiferencia triste
su varonil espíritu reviste.

—"¿Por qué, pregunta, el que la planta osada
de la vida al dintel, en zarzas puso,
no ha de buscar tranquila una morada
do en paz burlar el porvenir confuso?
El, sin arnes, ni escudo, ni celada,
cuando á bajar al campo se dispuso
miró á sus pies exánime, abatida,
su ventura caer de muerte herida.

"Si ya lanzado al hondo precipicio
no hay trémula zozobra que le apene,
si avergonzada de su vil oficio
ninguna ilusión vaga le sostiene;
si sordo al fin á la virtud y al vicio
en yerta calma á reposar se aviene,
¿qué le herirán, desgracia, tus rigores?
¿qué le valdrán, fortuna, tus favores?

"Pasó ya el tiempo en que del hado injusto
plañimos el rencor que nos abruma.
—Al corazon dió fuego, ansias al gusto;
frenó á la ejecucion, hielo á la pluma.
Y en tal encuentro, sin pavor ó susto
vistiendo el alma su inocencia suma,
á cada herida de la suerte impía
mas pura, mas sensible renacia.

"Tal de la Hercúlea clava al golpe fiero
cuando en combate desigual la alzaba,
truncado el mónstruo con vigor certero,
trilingües testas su cerviz brotaba.
—Pasó; y si vísteis aterido á Enero
helar el prado que deleite os daba,

no acuseis al almendro que desnudo
su tronco inclina al aquilon sañudo.

"Que es mas feliz el que rindió la vida
al hollar su cabeza la fortuna.
¿Y qué es vivir, si, por el sol herida,
no brota ya la flor hoja ninguna?
¡Ay! de enemigos hados combatida
¿crímen será que él ánima desuna
cuanto dogal su pesadumbre abulte,
y en imbécil cinismo se sepulte?

"¿Qué enérjica y airada quebrantando
el frájil eslabon que aun la encadena,
la saña arrostre del destino infando,
envuelta en cieno vil, pero serena?
Y en reposada inercia vejetando,
estúpida al placer, sorda á la pena,
piedad, no implore, ni su mal lamente.
ni del deseo el aguijón la tiente?

"Así, cuando tras uno y otro embate
la onda marina acrece y brama el Noto,
de la nave los mástiles abute
con brazo audaz el práctico piloto.
Presa del huracan que le combate
el casco inútil, desarmado y roto,
en remolino jira, y sin aliento
vaga á merced del húmedo elemento.

"Mas ya no estrella en el rasgado lino
Eolo bramador soplo furioso;
ya no desciende al oscilante pino
ronco estallando el rayo pavoroso:

y flota, flota el barco sin camino,
del mar sulcado el dorso proceloso,
del Noto huyendo la violencia torva,
al rauco empuje de la quilla corva.

"Llorar sin fin el alma en su impotencia,
ó muriendo acabar tormento tanto,
ó ya, olvidada su divina esencia
cegar con ella el manantial del llanto;
tal es, en suma, la mortal sentencia,
esta la senda del pavor y espanto,
la dura ley, el anatema es este
que fulminó la cólera celeste.
ni vivir puede, ni á morir se arroja.

"Y mísero de aquel que no teniendo
iris de paz á su letal congoja,
flaco tal vez su corazón sintiendo,

Con el camina el desengaño horrendo;
ni el bien le mueve, ni el dolor le enoja;
frio yaciendo con insesible calma,
cadáver es, ó autómata sin alma.

"¿Y qué consuelo, inmarcesible y bella
la corona de gloria le daria?
¿El ósculo jentil de la doncella
su amortecida sien resfrescaria?—
Lejos de la ilusión, sus flores huella.
Sin fuego la impotente fantasía,
helado el corazon, juzga con ceño
el amor falsedad, la gloria sueño.

"No ante la ajena dicha alborazada,
tinte felice su mejilla anima;

ni es de esperar que su ojo resecado
triste al mirarle, con su hermano jima.
Rayo le derrumbó del cielo airado
cuando en pos de su lumbre se sublima,
y por huir la embravecida suerte
como Anaxarte en piedra se convierte.

"Si al menos del Leteo los raudales
prestase á su dolor hado propicio
no llevára en la frente esas señales,
sanguinosa inscripción de su suplicio,
Ni el seco rostro, de pasados males,
ni el pálido color fueran indicio,
negro el cabello de la cerviz erguida
la senda recorriendo de la vida.

"Mas torvo siempre, en soledad y luto
vaga asi el infeliz de angustia lleno,
y el ojo muestra con teson enjuto,
el corazon ahogándose en veneno.
Nada recela ya: rindió en tributo
la fé, el placer, la vida de su seno.
Mas...¿si brilla esperanza protectora
¡ah! gozar no podrá quien tanto llora?

"No, ¿qué sirviera el elixir tardío,
cuando la vida aniquiló el desmayo?
La niebla enturbia con cendal sombrío
del mismo sol el esplendente rayo.
—No alienta el aura de abrasado estío
las azucenas cándidas de Mayo;
ni hay quien en hielo activa llama prenda,
ni quien un yerto corazon encienda."

¿Oyes? ¿oyes su voz? Diz que asi halga
la decepcion del mísero el quebranto.
¡Triste será cuando en tiniebla vaga
recoja nuestra fé su hermoso manto!
Yo no sé, Armanda, si á la fin se apaga
ese vital aliento sacrosanto,
si esa esencia purísima fenece
que al hombre dá valor y le ennoblece.

No empero tiemblo yo. Por ti entre abrojos
firme, feliz, mi planta se desliza.
En vano el hado acumulado enojos,
recuerdos, esperanzas pulveriza.
Al dulce rayo ¡oh madre! de tus ojos
removiendo su lánguida ceniza,
siempre, Fenix de amor, tierno y constante
volará á tí mi corazon amante.

Mário Kolhman

A UN LAUREL

A. M. K.

I.

Pobre laurel que solitario y triste
jimes del bosque en la mansion oscura,
sin que ese sol que al universo asiste
vida te dé ni celestial ventura;

Sin que esa luna con su faz plateada,
alivio brinde á tu mortal congoja,
y allá en tu alfombra por su luz pintada
mires tus ramos que aquilon deshoja;

Sin que del aura el delicioso ambiente
penetre alli para fugaz consuelo,
y el rocío con lágrima cadente
no bañe el polvo de tu pardo suelo.

Para tí, ni los riegos, ni el cuidado,
ni astro que alumbre tu nocturna sombra
ni de insecto ruinoso eres guardado
ni es abandonada tu gredosa alfombra.

El rio no te muestra sus corrientes,
ni el arroyo sus márjenes tan bellas;
y no vienen las tórtolas dolientes
á exhalar en tu ramo sus querellas.

El huracan y la tormenta insana
sobre tí estrellarán raudo furor,
y abatatidos verás á la mañana
frutos y tallos y raiz y flor.

Y no habrá quien al verte asi caido
venga piadoso á ministrarte aliento;
tus hojas robará furioso el viento,
y al polvo volverás en que has nacido.

Ay! que esta dura condicion llevamos
impresa para siempre en nuestra frente,
que asi lo dispusiera omnipotente
el sumo Ser que humildes veneramos.

Mas, dí laurel, ¿qué crímen cometiste
para haberte del hombre separado,
y aqui do solo la tristeza asiste,
vejetar moribundo é ignorado?

¿Fuiste aqui por desdicha conducido
del jardin deleitoso do brotarás,
porque ni gozo ni placer causáras,
con tu fruto de nadie apetecido?

¿Y cual ser abrumado de anatema
que huye la vista de cuanto es mortal,
porque en su frente mirarán el lema,
aqui viniste á deplorar tu mal?

Allá tal vez en tu lugar plantaron
algún rosal de delicadas flores,

y por su aroma, su beldad, y olores
esas tus hojas al olvido echaron.

Destino es este de la suerte dura
que aqui tambien por nuestro mal lloramos,
tambien de la virtud la antorcha pura
triste, apagada por do quier miramos.

II.

Ven poeta, ven oh amigo,
Y á este laurel que han lanzado
solitario en un rincon,
formémosle dulce abrigo.
guardando del cierzo airado
su retirada mansion.

Hagamos del bosque umbroso,
en la inmensa muchedumbre
de árboles, cuya espesura
causa en él la pesadumbre,
un jardin que deleitoso
ahuyente tanta tristura.

Formémosle un pedestal
sobre aquella tierra fria,
que sostiene tallo y flores,
regándole cada dia.
Y del recio vendabal
ahuyentando los furores.

Fuentes, rios, y cascadas,
cuyas aguas cristalinas
formen al bullir espumas,
vengan aqui despeñadas;
y aqui canten peregrinas
aves de vistosas plumas.

Y un árbol no mas será,
en el jardin que afanoso
con esmero cultivemos.
Y el sitio triste do está,
en edem trasformaremos
de placeres deleitosos.

Y vendrán Virjilio, Homero,
desde Grecia y desde Italia
á su sombra en confusion.
Y con aliento guerrero,
vendrán América y Galia
á conquistar su blason. (*)

III.

Poeta! tú que á la gloria
vas caminando afanoso,
si una pájina la historia
guarda para tu memoria,
conságrale canto hermoso.

(*) Las armas de los Estados Unidos y las de Francia están circundadas de laureles.

Cuenta al orbe su amargura,
cuenta su fatal quebranto,
y del rosal la hermosura
dile poeta en tu canto,
que en su tallo poco dura.

Que la virtud del laurel
el sábio gozoso admira,
y que es el premio mas fiel,
de aquel que á la gloria aspira
suspirando, ay Dios por él.

Entona sublime el canto
que tu ardiente inspiracion
llenará el orbe de encanto,
y una corona entre tanto,
premio será á tu cancion.

Que yo siguiéndote en pos
con pobre lira, quizás,
juntos ganémos los dos,
tú la corona por Dios,
y yo unas hojas no mas.

Y esas hojas una á una
cuando en la tumba sombría
nos lance adversa fortuna
brillarán al sol del dia,
y á los rayos de la luna.

Martín J. Travieso

A LA VIRJEN

Dios te salve, Vírjen purísima, Madre milagrosa del Verbo y bendita entre todas las mujeres. Perdona si mis labios se atreven á cantar tus alabanzas; pero enamorado mi corazon de las divinas gracias con que te adornó el Omnipotente, y arrobada mi alma en la contemplación de tu hermosura, ¿cómo quieres que enmudezca mi lengua aunque profana? Dios te salve, María, Hija predilecta del Eterno y carísima Esposa del Espíritu paráclito. Dios te salve, corredentora del linaje humano, grata esperanza de los pecadores. Tú fuiste primero que los siglos, existiendo en la mente divina antes que todas las cosas. Los ánjeles fueron criados para servirte y alabarte, los cielos para tu trono, y la tierra como escabel. Cuando el hombre cayó de la gracia tu nacimiento fue su primer consuelo: tú debías humillar el orgullo y altivez del espíritu rebelde, que envidioso de la felicidad humana, no paró astuto hasta degradar nuestros padres de su orijinaria grandeza; tú debias restablecer sus derechos perdidos á la celestial Jerusalen; tú debias, en fin, hermanar

las dos naturalezas: mision inefable, que llenaste desde Belen hasta el Calvario. En el tiempo fue ensalzada tu humildad sobre todas las criaturas, cuando el paraninfo Gabriel te anunció que estabas llena de los dones del Espíritu divino, y que el Señor habitaria en tus entrañas. O Madre dichosa! Esta singular prerogativa sirvió solo para aumentar tu reconocimiento, y confesándote esclava del Altísimo cúmplase en mí, dijiste, su santa voluntad. De tu sangre preciosa se formó la del inocente Cordero, que inmolado sobre el ara del Gólgota fue derramada por la salud de los hombres... de quienes te hiciste Madre en el instante mismo que destrozaban tu corazon enfurecidos contra el Hijo de tus entrañas. Dios te salve, María; no te llamo estrella matutina porque asi no es alabarte sino alabarla á ella; yo te llamo Reina del empíreo y Madre de Jesús.

Benicia Aguayo.

MUERTA POR AMOR

C'est une barque qui porte á son dernier sejour une belle enfant morte, du mal d'amour.

(*Nouvelle Ballade Provenzale*).

Al oscurecer de un nebuloso dia de Noviembre en el año de 1833 se paseaban dos caballeros por frente de cierta casa sita en uno de los mas hermosos barrios de Sevilla, en cuyo piso principal se divisaba á través de los cristales del balconaje la sombra de una mujer reflejada por la iluminacion interior de la estancia. Ya habia empezado á cerrar la noche cuando entrambos jóvenes envolviéndose en sus anchas capas y olvidando en aquellos instantes de meditacion la monotonía que ofrecia el ruido de los coches y los pasos de los transeuntes se pusieron á espiar los movimientos de la desconocida. El resplandor de los faroles daba á aquel cuadro un aspecto misterioso y lleno de interés.

—Es aquella tu novia? dijo Arturo á su amigo.

—La misma, contestó Rodolfo—¿no es verdad que rebosa en belleza y gracia?—Por lo que de sus formas alcanzo á ver me parecen muy distinguidas. No asi respecto á sus ojos, pero supongo que tendrán una brillantez admirable y un mirar lánguido y celestial.—No

te engañas; amigo, todo en ella es encantador. —Y su dote?—Oh! su dote magnífico. Cien mil reales de renta bien hipotecados por un contrato de los mas seguros. He logrado cuanto pudiera apetecer.—Verdaderamente que es divina.—Si, amigo mio. Es un ánjel de pudor y modestia: una joven que jamás habia amado a otro que á su padre. Nunca ha leido una novela apasionada, ni sus labios han modulado una cancion amorosa. Ella me ama, si; me ama con la mas tierna pasion; con ese amor puro y sin artificios; el amor de los quince años. ¿Qué dices? ¿no te parece que debo ser un hombre feliz?

Arturo guardó silencio: estas cortas palabras habian penetrado su alma.—Muy poético en tu lenguaje, Rodolfo, contestó al fin con amargura, porque no ignoraba que su pasion no era real, que amaba á otra, y que el interés y la especulacion mas fria le habian decidido á consentir en aquel enlace. Y sin decir más se disponía á separarse de su amigo, quien por su parte le estaba dirijiendo las últimas espresiones de despedida con objeto de subir á casa de su novia, cuando á la viva claridad de los faroles vieron aproximarse á ellos la esbelta figura de una jóven. Tocaba en la edad indecisa entre la juventud y la infancia, y todo en ella revelaba la felicidad de los primeros años. Era un modelo de candor y sencillez. Su rostro se asemejaba

á las hojas de una rosa en el momento de abrir su capullo; sus pasos, lijeros como los de una Sílfide, apenas parecian tocar las losas de la acera; brillaban en medio de la oscuridad sus vívidos ojos negros, y al tiempo de acercarse su sonrisa demostraba la inefable ventura que animaba sus labios de carmin. Sus facciones en jeneral eran de una perfeccion admirable: contemplándola inmóvil cualquiera hubiera creido ver una vírjen de Rafael, aunque desgraciadamente su vestido no correspondiese á tanta belleza. Un traje de algodon y un mal pañuelo era lo unico que resguardaba del frio aquel hermoso cuerpo de alabastro; y sus pequeños y delicados pies iban encerrados en un calzado ancho y grosero. Todo en fin indicaba en ella la mas completa miseria. Aquella pobre niña que se adelantaba con indiferencia, espiada por el ojo observador de Rodolfo, era una hija del pueblo, una infeliz jitana que vivia enfrente del edificio donde habitaba la novia de éste. Pasó rápidamente cerca de los dos jóvenes, y dirijiendo á uno de ellos un tierno saludo, un saludo lleno de amor, desapareció tras de una pequeña puerta que servia de entrada.

—¿La has visto?—dijo Rodolfo—¿has visto á Elisa, la mas linda criatura de Sevilla, pero tambien la mas pobre? Esa me ama tambien.

—¡Ah Rodolfo! No vuelvas á hablar á esa jóven y abandona tu proyecto de seduccion; sí,

porque solo tratas de perderla. Ella ¡pobre infeliz! sin padres, sin porvenir, sin pan quizás... Ah! serias un miserable si...—Arturo sin acabar la frase comenzada se separó de su amigo: éste en lugar de encaminarse á la morada de su futura se precipitó á la puertecilla y subió hasta el desvan en que habitaba Elisa. Pocos momentos hacia que habian entrado la jitana en su estancia, cuando tres golpes se dejaron oir á la parte de afuera.

¿Quién es? preguntó con emocion.

—Un amigo, contestó Rodolfo; ábreme, Elisa—No... exclamó la jóven, márchese usted. No puedo volverle á ver.—En el mismo instante la carcomida puerta cedió á un fuerte empuje de Rodolfo—¿Soy acaso algun demonio para intimidarte de esa suerte? dijo al entrar con una sonrisa de energúmeno. Elisa, ¿qué ha sucedido? ¿qué cambio tan estraordinario he observado en tí? ¿no soy yo el mismo Rodolfo á quien siempre has amado? ¿no soy yo tu ánjel tutelar y tú el mio? ¡Ah Elisa! ¿crees acaso que Rodolfo no te profesa amor? harto me lo has hecho comprender para que yo pueda olvidarte. Vivir el uno sin el otro es imposible. Luz de mis ojos, yo te adoro, ¿quieres matarme de dolor? habla, ánjel mio, habla á tu alma: las nuestras se comprenderán tal vez... habla.

La jóven se arrojó á los pies de Rodolfo vertiendo sentidas lágrimas, pidiéndole perdon

por haberle amado y rogándole la olvidase, ya que tan falsos habian sido sus anteriores juramentos—Vaya usted, le dijo, á donde su destino, que á otra ha entregado, le llama. Vaya usted y cásese con la que le ofrece con su mano una posicion en el mundo y honores y riquezas, y abandone á la infeliz mujer que se engañó al dar fé á sus palabras. Sí, yo las creí en un momento de ilusion: mi corazon se conmovió al escuchar sus dulces cuanto mentirosas frases: amé á usted, ¡Dios mio, permitidme repetírselo! le amo todavía; y en esta irresistible pasion, en este sentimiento inseparable de mi existencia, ¿qué me resta que esperar? la muerte.

Márchese usted, Rodolfo, se lo repito; aléjese de mí y no pretenda volverme á ver—ojalá sea usted feliz.

Estas palabras pronunciadas con enerjía desarmaron enteramente al seductor.—Todo lo sabe, dijo para sí: inútil fuera contradecirla: ya he perdido mi crédito con ella y no me daria asenso. Y sin embargo, yo queria hacerla feliz, porque mi matrimonio no me hubiera impedido verla, gozar su amor, pasar á su lado los frecuentes momentos que me dejara libres el pesado yugo de mi lejítima esposa... Acercádose entonces a la hermosa anegada en llanto y abrazando blandamente su cintura añadió:—Elisa, te han engañado: la mujer á quien quiero unirme

eres tú, tú sola. ¿Qué me importan los bienes de fortuna? Mis riquezas bastarán á hacerte brillar en el mundo que ya te espera. Piénsalo bien, Elisa. ¿Quieres ser mi esposa? Mañana sabré tu última resolucion: tus amorosos abrazos me darán la respuesta que ansio.—Dicho esto, se retiró. ¡Pobre jóven! quedó fascinada como por el vértigo de un sueño, entre los escalofrios de un sueño, entre los escalofrios de una ardiente fiebre que la devoraba las entrañas.—De su estado á la muerte solo habia un paso.

—Sí Rodolfo, sí, te amo, pero... me muero! Cuando abrió los ojos, dichos estas palabras, se encontró sola: su amante habia desaparecido.

Al otro dia, resentida aun de la impresion de esta escena, henchido el pecho de emocion y cargados sus párpados de apasionadas lágrimas, dijo con dulce y persuasivo acento á su amante cuando volvió á verla en cumplimiento de su palabra.—¡Cuánto me has hecho padecer esta noche! Te he tenido por muerto; soñé con rocas y precipicios, y me parecia ver tu cuerpo inánime flotando sobre las olas de un profundo lago. He sufrido la muerte mil veces ¡oh! mucho mas que la muerte: no creia yo que fuese posible amarte tanto! Yo te llamaba delirante, te pedia perdon por el daño que te he hecho ¡Oh Dios mio!—me daba horror de mí misma.—Segun eso, contestó Rodolfo con una falsa ternura , he recobrado mis derechos sobre tu co-

razon, pues que tanto se inquieta por mi. Ahora comprenderás mi amor, y no dudarás de su sinceridad.

—Oh! no, respondió Elisa tímidamente palpitandola el seno á impulsos de la ventura.—Tomóla su amante en sus brazos: procuró persuadirla que dos corazones que se aman no necesitan de la bendicion de un sacerdote, que dos almas postradas ante un altar no vuelan por eso mas aprisa á los cielos, que el matrimonio, en fin, es una supérflua ceremonia...oh! la seduccion habia llegado á su colmo.

Tuvo entoces lugar una prolongada lucha entre el pudor moribundo y el amor y la pasion exaltada por los obstáculos. Sintiendo Elisa desmayar su resistencia entre los brazos de su amante adoptó una de aquellas resoluciones á que tantas almas débiles han cedido por desgracia: sucumbió...

Quince dias despues de este suceso iba á celebrarse el enlace de Rodolfo con la rica heredera. Elisa, advirtiendo en casa de su rival gran concurrencia de jentes estrañas y una estraordinaria animacion, concibió sospechas harto atinadas que desgarraron cruelmente su corazon y la hicieron abandonar su míserable aposento para situarse en la puerta principal de la habitación de la desposada. —Acababan de dar las nueve de la noche en las torres de la catedral, cuando el ruido de los coches que se acer-

caban la sacó de su abatimiento: vió descender de ellos mil elegantes damas, mil apuestos caballeros, divinamente adornadas ellas, y vestidos ellos con el mas refinado lujo: del último de los carruajes vió salir á Rodolfo danda la mano á su jóven esposa—¡no habia esperanza! ¡el matrimonio estaba consumado!.. Un grito lanzado por Elisa hizo volver la cabeza á la novia, que conmovida á su acento, y suponiendo fuese una pobre que pretendiese cumplimentarla por su nuevo estado, la puso en la mano algunas monedas; mas en el mismo instante notó que el confuso Rodolfo dirijia á su víctima una terrible mirada, una de aquellas ojeadas ambiguas que espresan á la par amenaza y ruego y lo adivinó todo.—La jitana entre tanto, desmayada en brazos de los sirvientes, era objeto de sus cuidados, inútiles por desgracia: los dos seres afortunados que acababan de unirse en santo lazo, ocuparon su imajinación hasta el último momento.—¡Dios mio! esclamó...Sí, es verdad, juró tomarme por esposa . . . y amaba á otra! Rodolfo, Rodolfo, hazla feliz y ruega á Dios por mí!—Dejó caer la cabeza sobre las húmedas piedras y su alma se lanzó á la eternidad.

La jóven desposada, convencida de que habia sido juguete de un amor supuesto, se precipitó á su aposento, donde echando á un lado su rico traje y la blanca flor, emblema de la virjinidad, que ornaba sus cabellos, trazó estas

cuatro líneas desesperada y llorosa, si, pero con la enerjía de un alma fuerte que ha sido herida por tan terrible golpe.

"Caballero: cubierta de oprobio en mi nueva calidad de esposa por una oculta pasion que ha nutrido usted hasta el pié de los altares en que acabamos de unirnos, es de mi deber rechazarle como á un móstruo. Renuncio al nombre de esposa de usted, que seria para mí no mas que un vano título. Renuncio á la felicidad que á su lado me prometia gozar: usted debe renunciar á verme en adelante, consagrando su vida á llorar á la infeliz que sedujo, y arrastró al sepulcro."

Al recibir Rodolfo este billete pretendió con su sangre fria ordinaria tener una entrevista con su esposa; pero viendo cuán inútiles eran sus tentativas, no tardó en resignarse. Resolvió sin embargo abandonar la España y aprobada esta determinacion por su amigo Arturo, á quien dió cuenta del terrible suceso, pocas horas le bastaron para hacer sus aprestos de viaje y ponerse en camino.

Eran las cuatro de la mañana siguiente á aquella noche fatal. Al resplandor de la moribunda luna que aun radiaba algunos débiles reflejos, caminaban silenciosamente los dos amigos cuando al costear la orilla del Guadalquivir distingueron en una pequeña barca á un hombre cuyo tostado color revelaba su jitana raza. En el fondo de la embarcacion, próxima á ale-

jarse, se divisaba una especie de féretro cubierto con un blanco paño mortuorio. Aquel fantástico cuadro llamó la atencion de los viajeros; se acercaron y preguntaron al batelero la significacion de lo que veian. El contestó con una cántiga popular:

Si al rápido rio
mi barca lancé,
cementerio frio
por término ve.
Mas dicha no espere
del mundo traidor
la niña que muere,
que muere de amor.

Mateo Cavailhon.

¿Dónde encerrais, secas flores,
aquel dulcísimo aroma,
que exhalásteis en un tiempo
ufanas de vuestra gloria?

¿Dónde está vuestra hermosura,
gala de la selva umbrosa?
¿do los variados matices
de vuestras diáfanas hojas?

¿Do está aquella lozanía
que ostentásteis orgullosas,
al descollar entre flores
menos bellas que vosotras?

¡Ay tristes flores, el tiempo
que todo voraz lo agosta,
disipó vuestra fragancia,
vuestro color, vuestra pompa!

¿No recordais algun dia,
tal vez mas feliz que ahora,

si entre las manos os vísteis
de alguna falaz hermosa?

Y ¿no os acordais si luego
risueña y encantadora
á su rostro os acercara,
de vuestro olor, ambiciosa?

Y ¿no quedaron entonces
corridas vuestras corolas,
viendo mas bellos matices
en el coral de su boca?

¿No recordais si empapando
vuestros tallos, cuidadosa,
despues entre esencias gratas
os colocaran en su alcoba?

Y allí, decid ¿qué mirásteis?
¿vísteis peregrinas formas,
sin rubor y sin cautela
descubrirse ante vosotras?

Y por ventura ¿advertísteis
si distraida la hermosa,
murmuraba dulcemente
algun nombre allí á sus solas?

¿No vísteis si dentro el seno
buscó tambien presurosa

algun billete, y si luego
leyólo inquieta y absorta?

Y al concluir ¿sonreia
satisfecha y orgullosa,
ó suspiró y triste llanto
la bella faz inundóla?

¿Vísteis despues si á leerlo
volvió nuevamente ansiosa,
y si sorprendida á un ruido
tornólo á su seno pronta?

Billetes afortunados,
¡cuánta, cuánta es vuestra gloria,
y cuánto os envidio cuánto
un arca de tanta honra!

Y, flores, la misma bella
¿No vísteis si cautelosa
tras su ventana, acechaba
al que en pos de amor rondóla?

¿Vísteisla acaso ensayando
ante su espejo, afanosa,
ya sonrisas hechiceras,
ya miradas seductoras?

¿Os acordais si mezcladas
mas luego entre ricas joyas,

dísteis gracias y perfumes
á su cabellera blonda?

Y ¿no recordais festines,
y danzas voluptuosas,
donde al par os columpiásteis
de vuestra linda señora?

Pues no volvereis, oh flores,
á gozar tan dulces glorias,
porque ya todo ¡infelices!
terminó para vosotras.

Que lo que el tiempo en la tierra
furioso una vez agosta,
á ser lo que fuera un dia
por vez segunda no torna.

Hoy os mirais condenadas
á escuchar, oh secas rosas,
las que yo exhalo querellas
al rigor de mis zozobras...

Mas no temais que indolente
en cruel desamparo os ponga,
porque os persiga sañuda
la desgracia aterradora.

Que aun cuando en polvo os convierta
la furia del tiempo, indómita,

nunca, nunca abandonaros
podrá mi alma bondosa.

Sereis mis dulces amigas,
compañeras bienhechoras,
que me traerán de ventura
recuerdos á la memoria.

Y juntos lamentaremos
las penas que nos agovian,
cual juntos gozamos dichas
en época ya remota.

Vereis tambien asomarse
de mis ojos en las órbitas
doliente llanto, y verterlo
por vuestro mal gota á gota.

Que vuestros duros pesares
mucho, oh flores, me acongojan,
porque yo sé cuánto pena
quien goces perdidos llora.

Yo sé lo que el triste sufre
al recordar sus historias,
porque tambien tengo una
aqui en el alma recóndita.

Tuve yo un tiempo felice,
de mi edad la dulce aurora,

que solo gratas visiones
me arrullaban, tumultosas.

Tiempo de amor, de ventura,
de ilusiones seductoras,
en que tan solo placeres,
soñaba mi mente loca.

Y cual las vuestras yo tuve
dulces y encantadas horas,
y apuré tambien deleites
en ricas doradas copas.

Y vi ruidosos festines,
y en danzas abrasadoras
vi en brazos de mil galanes
reclinadas, mil preciosas.

Entre ellas una encontréme
como el alba inspiradora,
cuyos májicos hechizos
envidiábanle las otras.

Alli rendido contéla
mis cuitas amantes todas,
y compasiva y afable
alli tambien terminólas.

¡Oh flores, testigos fuísteis!
¿no os acordais, secas rosas?

yo os vi lozanas entonces
llenas de vida y aroma.

Si, yo os miré, y envidioso
suspirando por vosotras,
vinísteis ¡Ay! á estas manos
que escriben vuestras memorias.

Entonces¡ah! ¡cuánta dicha!
¡cuánta diferencia ahora!
hoy cual el vuestro mi estado
tan solo á llanto provoca.

Que al fin mi bien se trocara
en yerta calma luctuosa,
y en triste inquietud y dudas,
y en desengaños y sombras.

Brilló fugaz un momento
mi amante paz deleitosa,
cual fuego de llama eléctrica
que en el aire se evapora.

Hoy pensamientos amargos
solo en mi mente se agolpan,
que punzantes como espinas
el corazon me destrozan.

Y sabeis quién puso término
á mi placer y á mi gloria,

y á mi amor y á mis deleites,
y á mis ilusiones todas?

Y ¿no sabeis mis caricias
quien tambien arrebatómelas,
dejándome triste y seco
como lo estan vuestras hojas?

¡El tiempo! flores, ¡el tiempo,
cuyas furias destructoras,
nada en el mundo respetan,
nada en la tierra perdonan!!

Jacobo.

LA INFANTICIDA

Era el dia señalado para sentenciar la causa de una mujer acusada y confesa de un delito de muerte. La sala del tribunal estaba desde muy temprano llena de toda especie de jentes. Hombres y mujeres, ancianos y niños de todas clases, condiciones y jerarquías, desde la mas alta nobleza hasta la mas vil canalla del pueblo, desde los mas distinguidos señores hasta los mas abyectos artesanos y jornaleros habian abandonado sus casas, oficinas y talleres, para venir á oir las terribles acusaciones del ministerio público contra aquella infeiz mujer, y las enérjicas defensas del abogado, que, á pesar de su mala causa, habia jurado salvarla á toda costa.

"Mi corazon está entregado á un violenta lucha, decia enternecido el fiscal, mis ojos se arrasan de lágrimas al tener que acusar á esa mujer, y pedir para ella la pena de su atroz delito. Soy hombre, y por eso sensible; soy el órgano de la ley y por eso debo ser inexorable. Su juventud, su hermosura, su desgracia me destrozan el alma, su crímen me horroriza. Como hombre la absuelve mi corazon; como fiscal de

justicia la condena mi ministerio". Y concluia pidiendo el último suplicio.

"Y quén, será replicaba el defensor de la procesada, quién será el bárbaro que condene á sucumbir bajo la cuchilla del verdugo aquel cuello de alabastro?... Su crímen, el único de toda su vida, puede borrar una virtud de tantos años? Y los motivos que á cometerlo la indujeron en un momento de frenesí, no disminuyen su atrocidad? Yo apelo al testimonio de todas las mujeres que me oyen: ¿cuál de ellas en su caso no hubiera hecho otro tanto? Preciso es convenir en que la inesperiencia y las circunstancias de mi defendida atenuan su falta. Es criminal, no lo niego, y merece castigo; pero al menos sálvesele su vida; si no por ella, por el desgraciado sexajenario que esa palabra de muerte va á precipitar en el sepulcro. Jueces, piedad para esa mujer, que sea desterrada para siempre, y en su ostracismo ella os colmará de las mas dulces bendiciones."

El abogado derramaba abundantes lágrimas; su elocuencia conmovia el alma de los jueces; pero todas sus enérjicas alegaciones se estrellaban siempre contra la esplícita confesion de la encausada.

Un prolongado sollozo comprimido largo tiempo resonó en todo el concurso, semejante al grito de alerta que dá un centinela en el campo de un ejército, y que apenas se pronuncia en una estremidad, cuando se estiende por todas

partes, y es repetido casi instantáneamente por una multitud de bocas.

El sonido de una campanilla reprodujo un completo silencio. El fiscal y el defensor de la encausada habian vuelto á entrar en sus debates: aquel llenaba con dolor el triste deber de su destino; éste apuraba los recursos de su elocuencia cumpliendo la mas grata obligacion de su ministerio. Si su defendida se salva de la muerte, habrá evitado la desesperacion y la infamia de una familia respetable, y se habrá ceñido una corona mas brillante que la que adornaba las sienes de los triunfadores al entrar en el capitolio, adornada la frente de laureles, en un carro tirado por los vencidos.

Venturosa ocupacion la del abogado, á quien es dado únicamente sentir estos nobles placeres... ¿Se aprecia bien la profesion del abogado, de ese anjel de bendicion destinado á echar sobre las llagas de una familia desgraciada el benéfico bálsamo del consuelo? ¿Se estiman en su justo valor los dolores, las angustias y fatigas que le costamos desde que le confiamos nuestra causa para su defensa, esa causa de que pende quizá la ruina ó la salvacion de una jeneracion entera, la gloria ó infamia eterna de una familia cuyo nombre ha sido el orgullo de muchos siglos, y que está á punto de sucumbir bajo el peso del horroroso anatema á que nos condena una calumnia bien urdida, ó quizás un crímen? ¿Hemos pensado jamás en los es-

tudios nuevos que tiene que hacer, en las vijilias á que se entrega para encontrar los medios de deshacer esa red espantosa en que nos hallamos envueltos, para dar luz á ese caos en que estamos perdidos, para salvarnos sobre sus hombros en el instante mismo que íbamos a naufragar? Ah! muy al contrario: despues que sus heróicos esfuerzos nos restituyen esa fortuna que veiamos escaparse de nuestras manos; despues que nos vemos absueltos de una acusacion de que quizás nos hacia cargos nuestra misma conciencia, gozando nuevamente en la sociedad de una reputacion y un nombre que entregamos á ese hombre manchado, y que él nos devuelve terso y radiante, le pagamos tantos afanes y beneficios con los odiosos epitetos de ladron y embrollista, y cuando mas arrojamos sobre su mesa unos cuantos doblones que nos pide en cambio de sus importantes servicios, con el mismo desden y mala gana que tiramos un hueso á algun perro para que cese de ahullar.

Concluidas estaban las acusaciones y defensas: los jueces se habian retirado para deliberar: un cuarto de hora despues volvieron á ocupar sus asientos. Sus fisonomías indicaban bien que su fallo era funesto: todo el concurso estaba pendiente de los labios de un escribano que tomó el proceso para publicar la sentencia: nadie hablaba, todos tenian comprimida la res-

piracion; hasta los mas descorazonados hubieran sendido placer en oirla absolver, porque una mujer jóven y hermosa interesa siempre en su favor, aunque sea criminal. El escribano empezó á leer; despues de las fórmulas de estilo, el tribunal concluia condenando á la acusada al garrote vil.

Un grito espantoso se oyó en el concurso; todos dirijieron la vista á un rincón de la sala de donde habia salido aquel grito; un viejo militar retirado lo habia lanzado, y cayó por tierra sin dar señales de vida; era el padre de la encausada.

El defensor á renglon seguido interpuso apelacion de aquella sentencia, y el tribunal la declaró sin lugar. El abogado salió, y no volvió á ser visto desde aquel momento.

II.

En un lóbrego y húmedo calabozo, destinado para los mas grandes criminales, sentada sobre un banco de madera, estaba la desventurada Matilde. Jóven y hermosa, aquella mansion de horror y desesperacion, si bien habia marchitado sus gracias, no las habia borrado enteramente. Es verdad que la palidez habia sucedido al carmín de sus mejillas, que sus ojos antes tan refuljentes se habian amortiguado; que habia reemplazado á la sonrisa seductora

de sus labios una espresion indefinible de profundo dolor; pero aun conservaba un no sé qué de noble y majestuoso que revelaba bien lo que en otro tiempo, cuando los hombres arrastrados por su belleza como una fuerza májica irresistible se agrupaban en la calle en su seguimiento como siguen los chiquillos en tropel á un titiritero que hace bailar muñecos al son de su organillo; cuando las mujeres se asomaban á los balcones y ventanas para verla pasar; cuando su belleza se habia hecho proverbial, y que no era conocida sino por la Hebe de V***

Dos meses de prision, de angustias, de lágrimas y de remordimientos habian causado en ella ese trastorno; pero si antes hubiera servido de modelo á Rafael para pintar la hermosura sin defecto, hoy podria encontrar en ella el tipo de la desgracia y del sufrimiento.

Destrenzada su rubia cabellera, objeto de envidia de tantas hermosas, en desórden sus vestidos, los ojos arrasados en llanto y el rostro cubierto con sus manos, permanecia horas enteras en aquella postura en la mas completa inmovilidad, y á no ser por el pausado movimiento de sus arterias y por algunas lágrimas que de vez en cuando rodaban por sus mejillas se hubiera creido que dormia el sueño de la tumba. Estaba entregada á sus reflexiones.

¿Quién se lo hubiera dicho algunos meses

antes cuando llena de gracias y rebosando de hermosura, se presentaba en la iglesia, en los paseos, en el teatro, para eclipsar con su brillo á todas las demas bellezas, que avergonzadas se ocultaban por no entrar en tan desigual contienda? ¿cuando reina de todos los corazones, una palabra suya era considerada como un favor, una sonrisa como un presente celestial? ¿Quién le hubiera dicho que un tiempo llegaria, y no estaba lejos, en que los suntuosos salones de su casa se cambiarian por un estrecho é inmundo calabozo, sus magníficos vestidos por un traje pobre y despreciable, sus aderezos de oro y diamantes por argollas y cadenas de hierro? ¿Quién hubiera creido que el brillante acompañamiento que antes la rodeaba para admirarla, se habia de convertir en el horrible cortejo de soldados y esbirros, que se reian de su llanto y hacian escarnio de su dolor? ¿que los inciensos que en otro tiempo se le tributaban se reemplazarian por groseros insultos y amargos sarcasmos, y que aquella mujer que el cielo destinaba para gloria y orgullo de un anciano y virtuoso padre, seria su deshonra y su verdugo? porque aquel infeliz, cuya vida de sesenta años habia sido toda dedicada á procurarse y conservar un nombre sin mancha no podria sobrevivir á la afrenta de ver á su hija espirar en un cadalso...y quizás en sus últimos momentos iba a esclamar "maldicion á la infanticida"...

Hé aqui las crueles reflexiones que asaltaban continuamente á la pobre Matilde, y entonces de aquel estado de estúpida insensibilidad pasaba con la rapidez del pensamiento al mas completo frenesí. Se tiraba de su asiento, los ojos desencajados, crispados los dedos, lívido el semblante, convulsos todos sus miembros. Se paseaba ó mas bien corria dsatinada por toda la estancia, se arrancaba á puñados los cabellos, dirijia sus manos al pecho y sacaba las uñas ensangrentadas, y se daba sendos golpes contra las paredes del calabozo en el mas lamentable estravío. Entonces hubiera deseado encontrar un puñal, un veneno, un medio cualquiera de privarse de aquella horrorosa existencia mas cruel que la muerte y que el infierno, y lo buscaba con sus manos en la oscuridad, arrastrándose por el suelo; pero á los reos de grandes delitos se les priva de todo lo que puede facilitarles el suicidio, porque su vida pertenece á la ley, y la ley se la entrega al verdugo.

"Leopoldo, Leopoldo, esclamaba la desventurada; dónde estás ahora? tú me arrastras al patíbulo: y entretanto que yo me desespero en este calabozo tú te engolfas en los placeres y el desórden en el seno de tus queridas, riéndote quizás con ellas de mi desgracia... Infame! tú has derramado sobre mí la copa envenenada del oprobio y de la ignominia; tú entregas al hacha del verdugo á la infeliz Matilde, que no tuvo

mas culpa que quererte... tu bárbaro abandono me hizo cometer aquel delito... era mi hijo y lo maté, pobre inocente, por ocultar las huellas de mi verguenza, y ahora he de morir cubierta del anatema universal y de la maldicion de mi padre, y de todo ha sido oríjen ese Leopoldo, que como un jenio de fatalidad se presentó ante mí para causar la ruina de mi cuerpo y de mi alma, porque yo me condenaré infaliblemente... un crímen atroz pesa sobre mi conciencia, y la sangre de aquel niño muerto, sin agua de bautismo, por mi mano clamará eternamente venganza contra su bárbara madre... Maldicion sobre tí, Leopoldo infame!...

Y volvia á caer en aquel estupor é insensibilidad tan espantosos y terribles como el mismo delirio.

Si sus ojos hinchados de llorar se cerraban alguna vez y la naturaleza cansada de luchar se rendia á una especie de amodorramiento, mil horribles fantasmas se presentaban á su imajinacion, mil siniestras imájenes se ofrecian siempre á su aterrorizada fantasía. Muchas veces daba un salto desde su lecho como una energúmena, y venia á dispertar en fuerza del dolor de la caida. Despavorida y temblando apenas acertaba á pronunciar aquella palabra que tan familiar se habia hecho en su boca: "misericordia, perdon". No dormia ya, sus ojos estaban abiertos y sin embargo aun le parecia ver tendido a sus pies aquel pobre niño inocente asesinado por su

misma madre que palpitante al morir estendia á ella sus manos para demandarle gracia: hermosa flor que se marchitó antes de abrirse, radiante fanal que el soplo del huracan apagara apenas fue iluminado. Terrible y espantosa vision que no se apartaba un momento de sus ojos, y que le destrozaba el corazon con mas angustiosa crueldad que el hambriento buitre que se cebaba en las entrañas inmortales de Prometeo. Si levantaba entonces los ojos al cielo para pedirle misericordia, encontraba escrito en él con letras de sangre esa palabra *infanticida*; si se dirijia á la tierra no oia mas que ese grito espantoso *infanticida*, que pronunciado á la vez por todos los seres de la creacion resonaba en sus oidos como un trueno horroroso, y repetido por el eco iba á perderse en el espacio; si buscaba el consuelo dentro de sí misma, infeliz! su conciencia le decia tambien que era *infanticida*.

Hé aqui la existencia de Matilde dos meses habia: el dia presente es una repeticion del anterior, y el siguiente será un trasunto fiel del presente. Vivir de esta manera es morir á todos los instantes del día y de la noche. Al fin el tribunal ha pronunciado ya su sentencia, y la infeliz Matilde morirá, es cierto; pero ¿no es preferible la inexistencia á una vida llena de tantos martirios y tormentos?

III.

"Ay! infeliz de la que nace hermosa."

Y es verdad y lo convence la esperiencia: la hermosura es comunmente un don fatal para las mujeres: casi toda mujer hermosa es desgraciada, y tanto mas lo es cuanto de mas hechizos la ha adornado la naturaleza. No porque le hermosura por sí misma sea ni pueda ser fuente del infortunio, sino porque los vicios que acompañan siempre á la educacion de una niña hermosa, y los peligros que luego la rodean en la juventud, la conducen á veces al abismo fatal de la desgracia, si no está dotada, como frecuentemente sucede, de suficiente prevision y enerjía para evitar su ruina. Débil rosal que no puede resistir los embates del huracan sin doblarse, frájil barquilla que tiene que sucumbir á los embravecidos choques de las borrascas que por todas partes la combate.

Así sucedió á la infeliz Matilde: la excesiva complacencia y atenciones de su niñez por una parte, y por otra su incomparable hermosura, son las que hoy la conducen al patíbulo.

Nada era tan bello ni tan interesante como Matilde en sus primeros años—ojos azules, cabellos rubios y rizados por la naturaleza, boquita de perlas, pies menuditos, tez rosada, un conjunto inesplicable de todas las gracias, una de aquellas criaturas que se resisten al pincel, y

que pudieran servir de tipo para pintar un serafin. Todos los niños son hermosos y agradan; Matilde arrebataba, y se creia ver en ella un ánjel encarnado en el cuerpo de una mujer. Cuando la niñera la sacaba á pasear por las tardes con su blusita de seda azul con lazos color de lila, su gorrita de encaje, y las piernas desnudas, estaba tan seductora que de todas las casas era llamada para admirarla y cubrirla de besos y de bendiciones. Las madres esperaban que sus hijas se pareciesen á Matilde, y las solteras deseaban apresurar sus matrimonios para tener algun dia niños tan hechiceros como ella.

Unica hija de un militar cuyo valor le distinguió entre todos sus compañeros en mas de una accion de guerra, con suficientes bienes de fortuna para pasar por opulento, Matilde perdió su madre al nacer y fue entregada á Leonor, criada antigua de la casa, para que supliera en ella la falta de aquella que no puede ser nunca bien reemplazada sobre la tierra. Descubriendo cada dia nuevas y mas seductoras gracias su padre la veia crecer con orgullo, encontrando en ella un vivo retrato de su madre. La adoraba con delirio; pero era débil como casi todos los padres que tienen una sola hija: jamás se le reprendió á Matilde ninguna de aquellas acciones que es indispensable correjir en los niños para formar su corazon; al contrario, sus mas estravagantes caprichos seran satisfechos apenas los indicaba, sus deseos eran órdenes, y su boca no

se abria nunca para pedir cualquier cosa sin que al momento se viese dueña de ella, quizás para desecharla y exijir otra nueva, que le era proporcionada de la misma manera. De este modo llegó Matilde á sus quince años, siendo una niña voluntariosa y malcriada.

Una nueva existencia se presenta á esta edad para toda mujer. Entra á un mundo que le es desconocido; siente desarrollarse pasiones que hasta entonces no habia esperimentado; mira todos los objetos por un prisma falaz y engañoso; se ve rodeada de la mas hermosa seduccion; todo es sorprendente y bello en torno suyo; no sabe donde está, ni lo que hace, ni lo que debe hacer. Semejante á un estranjero á quien hubiesen conducido durante un sueño al centro de una populosa ciudad, al despertar sus ojos estasiados se dirijen á todas partes sin fijarse en ninguna; habla y nadie le responde porque nadie entiende su lenguaje, vacilante no sabe adonde dirijir sus pasos porque nada conoce en aquel hermoso laberinto. Infeliz, mil veces infeliz la mujer que no encuentra dentro de sí misma los medios de salir de él, y á quien la educacion de su infancia no preste el hilo de Dédalo que supla en ella á la esperiencia que le falta.

Matilde, conducida apenas habia cumplido su tercer lustro del lugar de su nacimeinto á la capital, fué lanzada súbitamente al torbellino

impetuoso del mundo sin mas apoyo que su mal formada razon: débil navecilla fluctuando en un mar borrascoso en que los mas esperimentados pilotos necesitan de todos los recursos de sus conocimientos para no naufragar...—La pobre no tenia siquiera su madre que gobernase su timon, y que la dirijiese con sus saludables consejos.

Presentóse en los parajes públicos, y deslumbró á todo el mundo con su hermosura: las damas vieron en ella una terrible rival, que iba á privarlas del cariño de sus amantes, y los hombres una divinidad cual nunca se había presentado á sus ojos: entonces fue cuando una espontánea y jeneral aclamacion le apellidó la Heve de V*** Cien gallardos mancebos de distinguidas clases le ofrecieron el tributo de su adoracion y de su nombre; pero Matilde envanecida con los continuos elojios que se hacian de su sin par hermosura, careciendo tambien de la reflexion y del buen jucio que no habia cultivado en ella la educacion, encontraba todos aquellos partidos inferiores á su mérito, y los rehusó esperando siempre otros mas brillantes. Le agradaban los obsequios, pero no admitia á los que se los rendian... habia llegado á ser un poco coqueta.

Muchos meses se habian asi pasado cuando la vió Leopoldo, hijo del Marques de N. una noche que la casualidad le proporcionó estar á su

lado en el teatro. Leopoldo era capitan de cazadores: su figura era interesante y gallarda; su negro bigote le sentaba perfectamente; llevaba con elegancia sus charreteras; su talle era esbelto, sus maneras desembarazadas, su conversacion tenia un no sé qué de májico y seductor que cautivaba desde luego; pero por otra parte era un libertino consumado, su conducta relajada, y sus principios, sobre todo con respecto á mujeres, los mas escandalosos. Era por eso un hombre peligroso, y tanto mas cuanto que avezado á la hipocresía y al engaño, sabia ocultar sus vicios bajo el velo de la buena fé y del candor, y que en la sociedad sus modales, sus acciones y sus discursos lejos de revelar la fealdad de su alma, eran el mas seguro fiador de su honradez. ¡Cuántas familias tuvieron que llorar con lágrimas de sangre haberse dejado alucinar pos estas apariencias! ¡Cuántas cándidas é inocentes doncellas engañadas por él maldijeron el instante fatal en que se presentó á su vista por primera vez aquel jenio de destruccion y de desgracia!

Leopoldo pidió permiso al padre de Matilde para presentarse en su casa al siguiente dia, y le fue acordado. Matilde sintió una alegria y satisfaccion que trató de disimular, pero que no se escapó de la fina penetracion del capitan, que sin duda desde aquel momento concibió la idea de inscribir aquella desventurada en el funesto catálogo de sus víctimas. Sus visitas

se fueron haciendo cada vez mas frecuentes; poco á poco fue ganando la voluntad del padre, y entronizándose en el corazon de la hija; y al cabo de tres meses habia ya rendido aquella fortaleza que tan inespugnable fuera para otros. Inútil es decir que para conseguirlo habia empleado cuantos medios de seduccion le sujirió su práctica infernal en esta especie de maquinaciones, sin olvidar el mas eficaz de todos, una escritura de esponsales firmada de su mano. Matilde le reclamaba enérjicamente el cumplimiento de esta promesa, á que estaba obligado no ya solo por el amor, sino por el mas estrecho deber de conciencia; Leopoldo encontraba siempre los medios de eludir su ejecucion con especiosos pretestos, mientras la pobre jóven derramaba amargas lágrimas en el secreto de su gabinete.

Matilde empezaba ya á desconfiar de su amante al ver su repugnancia á cumplir el mas sagrado empeño de un caballero; y apurados todos los recursos de su elocuencia y de sus lágrimas, un dia se arrojó á sus pies, y de rodillas, con voz ahogada por los sollozos, venciendo cuanto le fue posible el natural pudor de su sexo, le declaró que era madre, y que solo por esto era que redoblaba sus esfuerzos.—"Tú eres bueno, Leopoldo mio, le decia, yo te he amado con delirio y tú tambien me amas, y por eso no permitirás que mi deshonra se publique: le costaria la vida á mi pobre padre que te quie-

re tanto, y yo tambien me mataria, porque no podria sobrevivir á mi afrenta... Ahora que lo sabes todo, prométeme que te apresurarás á salvarme del oprobio y de la infamia..."

El tono tierno y enérjico á la vez de la sin ventura parecieron conmover á Leopoldo: lloró con ella su desgracia, y le prometió con los mas solemnes juramentos que dentro de breves dias y á pesar de los obstáculos que aun se oponian á su union, á pesar del mundo entero la conduciria á los altares, porque su deber y su honor se lo ordenaban. Matilde lo creyó aún esta vez, y las heridas de su corazon recibieron algun consuelo.

Desde aquel dia Matilde no volvió á ver a su amante: preguntó por él, y se le contestó que habia marchado precipitadamente sin saberse adonde: el pueblo dijo que se habia embarcado para América... Infame! y hablaba de honor y de deberes.

La horrorosa conviccion de que Leopoldo la habia abandonado causó en Matilde la mas cruel desesperacion. Por una parte la idea de que iba á ser el escarnio de las mismas personas que antes la habian adorado como una deidad, y que ahora al verla la señalarian con el dedo, esa idea terrible para toda jóven virtuosa, la idea de la infamia la asesinaba. Por otro lado la imájen de un padre anciano que tantos sacrificios habia hecho por ella, por la hija adorada de su corazon, en la que cifraba el orgullo de sus

últimos años, y que no podria resistir aquel golpe terrible sin sucumbir, le causaba los mas atroces tormentos. Sus dias se pasaban en el lloro, sus noches en el delirio; hubiera entonces deseado la muerte.—Su salud y su belleza desmejoraron visiblemente.

Leonor, su nodriza, única confidenta de aquel terrible secreto, trató de consolarla inspirándole un plan, que Matilde abrazó con ardor como única tabla de esperanza en el inevitable naufrajio que la amenazaba. So protesto de una enfermedad, manifestó á su padre deseos de pasar una temporada en una casa de campo habitada únicamente por una pobre mujer anciana y casi decrépita. Su padre se apresuró á enviarla allí, esperando que los aires del campo le restituirian su hermosura y su salud, que veia con dolor debilitarse cada dia mas. Matilde abrazó á su padre, y por primera vez se separó de él sin sentimiento, ó mas bien con una especie de placer interior.—Nadie supo el retiro de Matilde porque su padre por complacerla á nadie se lo reveló.

Las tertulias y las fiestas echaron de menos á la deidad, cuya sola presencia les daba vida y animacion: poco á poco se acostumbraron los ojos á no verla, y á los tres meses nadie preguntaba ya por la Hebe de V.**

IIII.

Algun tiempo despues, un suceso de la mas

alta importancia ocupaba toda la ciudad. El rio en una de sus avenidas arrojó á la orilla un niño muerto envuelto en una sábana. Las autoridades lo hicieron reconocer, y los cirujanos declararon que el niño habia nacido vivo, y fue arrojado a las aguas envuelto como estaba; alguna mujer bárbara existia que habia asesinado á su hijo, y se procedió á la investigación.

Un rumor vago que regularmente precede á los grandes descubrimientos acusaba á Matilde de aquel crímen. Se confrontaron las épocas de su pretendida enfermedad, sus relaciones de amor con el capitán Leopoldo de N**, la repentina desaparicion de ambos, el misterio con que se habia ocultado del lugar de su retiro, y el pueblo la designó como la infanticida.

La justicia se aprovechó de estos indicios, y llegando á saber el lugar donde se hallaba la presunta criminal, se constituyó en él para tomarle su declaración. Matilde en su primer sorpresa confesó desde luego su delito; solamente se mantuvo firme en no declarar sus cómplices.

En consecuencia fue conducida á la cárcel y se formalizó el sumario, que despues de dos meses estaba en estado de sentencia.

V.

Matilde habia oido con resignacion el fallo del tribunal, y en vez de desesperarse, se habia

entregado á un completo abatimiento. A aquellos raptos de delirio que tan frecuentes le eran desde que estaba encarcelada habia sucedido una especie de loca estupidez é insensibilidad. Sin duda su conciencia le decia que su muerte era justa espiacion de su falta, y aun quizás la deseaba para acabar de una vez de padecer.

El sol poniente empezaba á negar sus rayos vivificadores para ir á alumbrar el opuesto emisferio: la noche comenzaba á tender su velo de sombras sobre la tierra, y en el calabozo apenas habia luz bastante para distinguir los objetos mas conocidos.

Se abre la puerta y se presenta una mujer conducida por uno de los carceleros. Al débil resplandor de un farol que éste traia en la mano, la recienllegada descubre a la condenada sentada sobre su banco con la mejilla apoyada sobre la mano derecha. Largo tiempo estuvo contemplándola sin que Matilde lo echase de ver en su absorcion: al fin con voz trémula y sofocada por los sollozos le dijo: "Matilde".

Un rayo que cae á nuestros pies no produce un efecto más rápido que el que aquella voz hizo en la desventurada Matilde. Salió súbitamente de su letárjico estupor, se abalanzó con los brazos abiertos sobre la que le habia dirijido aquella interpelacion, y parándose luego de repente se puso á contemplarla con sus ojos desencajados, y la tocaba despues como para cerciorarse que no era ilusion de su fantasía, ó la

burla una funesta pesadilla. Al fin ambas por un movimiento simultáneo se arrojaron una en el seno de la otra, esclamando: Lenonor—Matilde—y la voz de las dos mujeres se ahogó entre sus labios, sus rodillas vacilaban, y tuvieron que sentarse para no caer en tierra. Ambas guardaban un profundo silencio, mas elocuente y espresivo que los mas enérjicos discursos—El carcelero las habia dejado solas.

—Y mi padre, esclamó al fin Matilde con dolorido acento, no es verdad que mi padre no me maldice?

—Vuestro padre, señorita, llora sin consuelo, pero solo maldice á aquel hombre.

—Consuélalo, Leonor, cólmalo de cuidados y atenciones; suple para con él el lugar de esta hija criminal; pero no le hables nunca de mí, separa de su lado cuantos objetos puedan recordarle mi memoria... Debe ser tan atroz esta idea... lleve yo al sepulcro el consuelo de que tú cuidarás con esmero de aquel infeliz anciano despues de mi muerte...

—Y quién os ha dicho, Matilde, que es cierto que moriréis?... Todavía hay esperanza...

Matilde señaló al cielo con el dedo.

La Nodriza hablaba á media voz y con recelo, como si temiese que la escuchasen. Dirijió la vista por todos los ángulos del calabozo, y cierta al fin de que el carcelero habia salido, sacó del pecho un billete y lo entregó á Matilde,

que lo leyó precipitadamente con la avidez de un lobo hambriento que devora su presa.

Si, si, esclamó con enajenamiento apenas acabó de leerlo, que venga, admito su heróico ofrecimiento, que me salve y yo seré su esclava toda la vida. Leonor es tan horrible el aspecto de un cadalso, es tan cruel morir á diez y siete años, cuando el pecho hierve de vida, y de juventud... dile que no tarde, que venga...

"Señorita, interrumpió, Leonor, pueden oiros... tranquilizaos.

"Yo creia que estaba resignada á morir, y me equivocaba, continuó Matilde sin oirla, no, no puedo estar conforme. Yo espiaré mi falta á los ojos de Dios y del mundo: me cortaré los cabellos, me vestiré de saco de cilicio, tomaré el velo en un convento; pero morir, no... esos jueces no pueden ser justos...condenar á muerte á una niña de diez y siete años es una barbaridad inaudita...Dios no puede permitirlo; si lo permitiese, yo dudaria de su providencia...

Leonor puso su mano en la boca de Matilde para obligarla á callar porque el carcelero entraba en ese momento para advertirle que saliese.

Leonor dió un abrazo á Matilde, ésta se lo devolvió diciéndole "hasta mañana."

La nodriza salió y Matilde quedó otra vez enteramente sola.

Un cambio repentino é inesperado se habia efectuado en toda su existencia: pocos momentos antes convencida de que no habia poder humano que la salvase de la muerte, se resignaba á morir: ahora que un débil rayo de esperanza habia lucido para ella, no podía resolverse á sufrir su destino. El cadalso se presentaba á su vista con todo su horror; el verdugo con sus ojos de hiena y sus mangas arrolladas hasta el codo, el populacho á quien iba á servir de objeto de curiosidad y aun de fiesta, los atroces tornillos de aquella máquina infernal que en un momento hace pasar al hombre de la existencia á la nada, se le presentaban como fantasmas aterradoras que le hacian erizar los cabellos y estremecerse todo el cuerpo. El amor de la vida se despertó en ella con toda su fuerza, y se exaltaba de placer al imajinar que una alma jenerosa iba á salvarla del patíbulo. Desgraciada, que no pensaba que esa alma jenerosa habia abrazado una quimera, y que por fruto de su noble y atrevida empresa no recibiria mas que la muerte sin darle á ella la vida!

Con qué lentitud corrian las horas de aquella noche fatal! Con que ansia contaba la pobre condenada las oscilaciones de la péndola que habia puesto en el calabozo! Cada movimiento de las agujas adelantaba el momento de su salvación.

El reloj dió las once...una hora mas, y

ella se verá libre del calabozo, del verdugo y de la muerte. Ignoraba de qué medios se valdria para conseugirlo el que para intentarlo no habia esperado mas que su consentimiento; pero lo conocia bien, era intrépido y valiente; por una accion gloriosa arrostraria la muerte, y no dudó un solo momento que vendria... Y el reloj iba ya á marcar las doce.

De tan halagüeñas ideas estaba ocupada su imajinacion, cuando un jóven embozado en una capa, y llevando una pistola en cada una de sus manos, aprovechando el momento en que un centinela entraba á relevar al otro, se presenta á la puerta, se abalanza sobre Matilde, y se apodera de ella con tanta precipitacion que ambos soldados sorprendidos y aterrados no tuvieron lugar para impedírselo. Iba á salir con su preciosa carga; mas, ay! el grito de alarma de uno de los centinelas habia puesto en movimiento todo el piquete que custodiaba el calabozo. El salvador de Matilde se encuentra con veinte bayonetas que le cierran la salida; pero resuelto á consumar su obra á toda costa, dispara una de sus pistolas, que para este caso llevaba amartilladas y cae tendido en tierra uno de los soldados; otro segundo golpe hace aun otra víctima, y encontrándose entonces rodeado de aquellos feroces esbirros echa mano á su puñal y con él pretende hacerse paso por medio de aquella turba de bárbaros. Inútiles esfuerzos! atravesado por una bayoneta cae sin vida

el valiente libertador de la procesada.—Ella se habia desmayado.

Muchs horas permaneció asi la infeliz, porque aquellos desalmados ningun socorro le prestaban. Cuando volvió en sí los primeros albores del dia alumbraban el calabozo. Matilde dirijia los ojos á todas partes para examinar el lugar donde se encontraba; su alma conservaba unos recuerdos vagos de la escena que habia pasado en aquel sitio, y se preguntaba á sí misma si realmente estaba despierta, ó entregada al poder de un terrible é infernal ensueño. Cuando no pudo dudar que estaba en el calabozo, y que aquel dia era el de la ejecucion, lanzó un grito espantoso, y derramó un torrente de lágrimas.

Su conciencia le decia que era doblemente criminal, habiendo causado la muerte de aquel jóven valiente y jeneroso, que habia perecido por sustraer al hacha de la ley una cabeza culpable.

VI.

Desde muy temprano la carrera de la prision al lugar del suplicio estaba tendida de soldados; la infructuosa tentativa de la noche precedente habia hecho redoblar las precauciones que para semejantes casos suelen adoptarse.

Una multitud de jentes de todas clases ocupaba los balcones, ventanas y azoteas: el populacho, los ociosos y los muchachos cerraban las boca-calles, y sin embargo no se oia un grito, una palabra siquiera: un sentimiento profundo de terror sellaba los labios y apretaba los corazones de todos los espectadores. Aquel silencio espantoso solo era interrumpido por el clamoreo sepulcral de las campanas, que pedian las oraciones de los fieles por el alma de la desdichada, ó el fúnebre estribillo de los agonizantes, que llena el alma de profunda melancolía: *hacer bien por hacer bien &c.*

A las nueve un redoble de los tambores anunció la marcha del fúnebre cortejo: un piquete de soldados delante y otro detrás custodiaba el carro en que iba tendida una jóven de diez y siete años con los cabellos destrenzados, las mejillas pálidas, los labios lívidos, los ojos cerrados, é inmóviles como un cadáver: era Matilde que al sacarla de la prision habia perdido el conocimiento.

Imposible seria descifrar las diversas sensaciones que aquel espectáculo excitaba en el concurso. Un bandido, un salteador, de caminos, un malvado que es conducido al patíbulo, inspira lástima y compasion, una niña bella y dulce como la sonrisa de un ánjel, que era respetada y querida por sus virtudes y su hermosura, llevada al suplicio de aquella manera, producia jenerales simpatías y arrancaba lágrimas de los

mas duros corazones. Es verdad que se habia manchado con un crímen, pero éste desaparecia de la imajinacion en aquellos momentos, para ceder el lugar al sentimiento. En toda la carrera no se oyeron mas que las voces de los ministros de la relijion que al lado de la condenada imploraban para ella el perdon del cielo, y los sollozos y suspiros de la multitud que ya le habia concedido ese perdon.

. . . . . .

. . . . . .

Las campanas que antes pedian las preces de los fieles por la desgraciada que iba á morir, variando de tono imploraron una plegaria por el alma de la que en aquel instante mismo daba cuenta al Eterno de una falta, la única de su vida, superabundantemente purgada con dos meses de martirios, de arrepentimiento y de lágrimas. El Dios de las misericordias la recibió en su seno con placer.

Matilde acababa de sucumbir bajo la mano feroz del verdugo, que no tembló al apretar entre dos planchas de hierro aquel cuello precioso que hubieran deseado abrazar los anjeles, cuando un sordo rumor se estendió en todo el concurso. Qué lo ocasiona? Un hombre que á todo el escape de un brioso caballo atravesaba la ciudad, atropellándolo todo en su paso hasta llegar al lugar del suplicio. Su corcel cayó allí muerto de fatiga, y el caballero gritaba "indul-

to y perdon." Era el defensor de Matilde, que, no encontrando ya otro medio de salvacion para ella, despues de negado el recurso de apelacion, habia ido á arrojarse á los pies del soberano, implorando su gracia. Su elocuencia y su dolor la obtuvieron, y voló á ofrecer la vida y el consuelo á su defendida. Mas ay! era ya tarde... no encontró mas que los restos exánimes de la desventurada.—

EPILOGO.

Algunos años despues se hallaba espirando el P. Hilarion, abad del convento de la Trapa en la misma povincia, varon respetadísimo por sus virtudes y considerado como un prodijio de penitencia. Cuando murió, algunos relijiosos creyeron ver volar su alma al cielo en figura de una paloma y toda la comarca lo veneró como á un santo. El P. Hilarion era Leopoldo, hijo del marques de N..., que acosado de remordimiento cuando supo la suerte de Matilde, abrazó aquella vida, reparando con largos años de virtud y de maceraciones los estravíos de su juventud.

Hernando.

MIS ILUSIONES

Ilusiones lisonjeras
que yo juzgaba perdidas
¿volveréis mas encendidas
á hechizar mi corazón?

Dejadme mi triste calma
y mi reposo de muerte,
que no quiero de la suerte
ser juguete ni baldon.

Cuando os siento encantadoras
conmover mi fantasia,
se estremece el alma mia
á un recuerdo de dolor.

A una memoria funesta
que es la corona de espina,
que así á la tumba me inclina
una memoria de amor.

¡Ay! malograda esperanza,
que tan pronto te perdiera,

que tanta pena sufriera,
y qué pueda yo vivir!

Pero es acaso existencia
la vida que me ha quedado?
¡Es sólo débil traslado
de lo que llaman morir!

Impotente el pesamiento
para sacudir su pena,
y de tedio el alma llena
vejeto sin sensacion.

Que es la vida un arenal
para el que llega á entenderla,
y es una dicha perderla
al perder una ilusion!

Cuando quebranta el destino
un sentimiento sublime,
cuando la razon oprime
con su odiosa realidad,

Y la vida se aparece
sin placeres, sin encantos,
el alma no tiene llantos,
se acoje á la eternidad!!

Y se marchita la frente
que no cuenta veinte Abriles,

y con latidos febriles
el pulso anuncia la muerte.

Que no investiguen la causa
de este duro sufrimiento!
es hijo del pensamiento,
es un golpe de la suerte!

Dejen la víctima triste
que camine lentamente
á la tumba que inclemente
le abrió la fatalidad!

Ornen su pálida frente
con diadema de amaranto,
y suene en su huesa el canto
de compasiva amistad.

Amistad! dulce ilusion
de un alma pura y sincera,
¡cuán bella, cuán hechicera,
mi mente te comprendió!

En los cándidos ensueños
de mi adolescencia hermosa,
deidad santa y misteriosa
mi corazon te entendió.

Y vi la vida tan bella
reposándose en tus brazos!

y tambien hizo pedazos
el destino esta ilusion!

Oh! benditos sean mis males
y bendita esta inquietud;
que la vida y la salud
fueran una maldicion!

Alejandrina Benitez.

INSUFICIENCIA

Escrita en el album de la Señorita Doña Alejandrina Benitez después de los versos precedentes.

¿Qué quieres album que en tus lindas hojas
mi mano débil escribir se atreva
despues de tantos armoniosos versos
Que otra mas pura para tí escribiera?

¿Qué pensamientos brotará mi mente
bellos ó dignos de estamparse en ellas
si solo amargas reflexiones tristes
acaso suelen embargar mi idea?

¿Piensas que ciñe mi gastada frente
la rica aureóla la que tu hermosa ostenta,
y que me inflama el sacrosanto fuego
que el alto cielo derramara en ella?

¿Piensas que el jenio que meció su cuna
Osó la mia remover siquiera
ni que vinieron á velar mi sueño
las gratas sombras de los dulces poetas?

¿Piensas por dicha que á mi voz responde
la voz del númen celestial, eterna;

y que me elevó á las etéreas salas
lejos del cieno de la inmunda tierra?

¿Piensas acaso que el creador torrente
de la sagrada inspiracion se apresta
á obedecerme cuando yo le llamo
para cantando disipar mis penas,

Ni que me basta levantar los ojos
hácia el confin de la azulada esfera
para buscarla en las jigantes nubes
ó en la luz santa de sus mil estrellas?

Jamás, no creas que la suerte mia
hasta ese grado compasiva sea:
en vano, en vano, con mi mente lucho
siempre vacía á mi pesar se encuentra.

En vano dulces recuerdos
de otros dias de ventura
en que el sol de su hermosura
yo feliz puedo admirar,
De contino me presentan
sus encantos peregrinos
para cánticos divinos
á tu bella consagrar.

En vano pienso en las gracias
de la hermosa que te envía
para henchir mi fantasía
de sagrada inspiración,
Y en vano leo sus cantos

inspirados por el cielo
cuando clama "no hay consuelo
al perder una ilusión."

Nada basta á despertarme
de mi estúpido letargo
harto duro y harto amargo
tantas veces para mí.

Nada, nada, ni un destello
de ese fuego soberano,
ni un acento aunque profano
de mi labio ha de salir.

Yo contemplo de la noche
la quietud consoladora
cuando tiende bienhechora
su estrellado pabellon,
Y en sus horas misteriosas
mientras duerme el triste suelo
busco yo en su pardo cielo
la sublime inspiracion.

Yo la busco en las borrascas
cuando ruje el ronco trueno
y el mar hinche su hondo seno
redoblando su mujir;
En las brisas perfumadas,
en el sol resplandeciente
y en el alba trasparente
con su manto de zafir.

Siempre en vano, no parece
ni responde á mis acentos,
ni la mueven los tormentos
que me ajitan sin cesar,
Cuando ansioso, delirante
yo la llamo y mis quejidos
por el aire van perdidos
sin saber donde llegar.

Ya vez album la rudeza
de mi pobre entendimiento
que no tiene ¡cruel tormento!
ni una humilde y triste flor,
Para ornar la rica frente
de esa cándida hermosura
cuyo canto de amargura
me ha rasgado el corazon.

Esto dile: y si algun dia
á pesar de mi destino,
del alcázar diamantino
do se asienta el Redentor
Me ilumina un rayo solo
de ese fuego soberano
tú verás mi débil mano
darte acaso otra mejor.

Guasp.

A JACOBO

Hojas del árbol caidas
juguete del viento son,
las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón.
Espronceda.

Preciosa edad es esa en que vivimos
henchidos de placer y juventud,
y de ensueños dorados concebimos
bellísima y variada multitud.

Edad ¡oh! dulce amigo en que se siente
vida y placer del corazon brotar,
porque es de fuego la exaltada mente
y el corazon delira por amar.

Yo de esa edad feliz entré en la esfera
circundado de amores é ilusion,
y en májigo letargo me sumiera
y soñó un paraiso el corazon.

Si, un sueño fue quimérico y hermoso
ese tiempo de flores que viví,
un sueño delirante en que dichoso
circundado de ninfas yo me vi.

Cual óptica ilusion en dulce danza
derramando placer las vi cruzar,

y amor sublime, y gloria y venturanza
vi en sus ojos bellísimos brillar.

Junto á mí se agruparon amorosas
arrullando mi plácido dormir,
y del grupo salir de las hermosas
vi la mas bella y hácia mí venir

Y era una ninfa de eternal pureza
que blanda y seductora me halagó,
y amores derramando y jentileza
con mirtos y con rosas me ciñó.

¡Ah! yo la ví brindarme en su albo seno
perfumado y mullido cabezal,
y en sus ojos bebí dulce veneno
creyendo mi ventura perenal.

Su vírjen labio de encendida rosa
por mi abrasada frente resbaló,
y altares mil mi mente venturosa
de adoracion y fe la levantó.

Que absorto y mudo en mi letargo impío
llamé mi Dios á la deidad falaz.
y árido y yerto y de ilusion vacío
el mundo hallara sin su bella faz.

Yo gocé sus caricias celestiales,
bebí en su seno regalado amor,
y mis gratos deliquios ideales
no turbó la ponzoña del dolor.

Y fueran denso velo sus festejos
corrido ante la luz de mi razon,
que opoca me pintara en sus reflejos
caprichosos fantasmas de ilusion.

Y alucinada mi ardorosa mente
viendo esas sombras májicas cruzar,
siguió dormida la falaz corriente,
siempre arrullada del mundano mar.

. . . . . .

. . . . . .

Mas ¡ah! tu has visto, ó caro amigo mio,
cuando en calma dormido el océano
mece en su seno de cristal sombrío
la débil barca que olvidó liviano
dormido capitan? y de improviso
no has visto negras nubes apilarse,
y el feroz huracan tras ronco aviso
al ancho seno con furror lanzarse
del irritado mar? del mar que ansioso
escala el cielo con su blanca espuma,
y á la débil barquilla caprichoso
tira y arrastra y envuelve entre su bruma
perdido ya el timon? Pues asi viera
el mar de la ilusion en que dormia
bramar hinchado, y su borrasca fiera
la barca hundir de la esperanza mia.
Asi mi corazon al fin despierto
entre las olas se encontró fluctuando,
y luchó por cojer seguro puerto

del vendaval las furias afrontando,
hasta que un *faro vió brillar incierto*
que á la tierra feliz le fue guiando;
tocó su orilla, y alli de tanto horror
solo le hiriera un lánguido rumor...

Mas presto sacudiendo el alma su tortura
sintió que fermentaba en ella la ilusion,
y un rayo luminoso del sol de la ventura
su luz vivificante vibró en mi corazon.

Vibró, y á sus reflejos sintiera reanimarse
cual árbol deshojado que torna á florecer,
y mira del invierno los hielos retirarse,
y vuelven de esmeralda sus hojas á nacer.

Y asi ¡oh! dulce amigo, pulsemos nuestras liras
sin ver esos fantasmas del mundo baladí,
que halagan ó que asustan, y son vagas mentiras
mentiras que nos llevan imbéciles tras sí.

Que el mundo es una farza quimérica y eterna
que burla nuestra ansias, que estigue nuestro ser;
ó de Juglar errante la májica linterna
que mezcla horribles sombras á sombras de placer

Cerremos pues los ojos á espectros doloridos,
que el alma despedazan con hórrida crueldad,
y solo aquellas sombras que halaguen los sentidos
miremos, olvidando la dura realidad.

Y asi de las delicias el lago sulcaremos
del aura placentera al blando murmurar,

y en sus divinas ondas por siempre sumirémos
la faz horripilante del bárbaro penar.

Que acaso si á mi mente le acosa dolorida
fatídico recuerdo diabólica ilusion,
en los ardientes goces de aquesa nueva vida
encontré un conjuro que auyente la vision.

Vivamos, si, vivamos cantando la belleza
la dicha soberana buscando en el amor,
y alegres afrontemos del hado la crudeza
burlando de sus tiros el golpe punzador.

Miremos á las bellas con mente previsora
y asi sus falsedades sabremos descrifrar,
que la vivaz pupila de la beldad traidora
espejo es que refleja su falso maquinar.

Y asi en la turba inmensa daremos con aque-
[llas
que encierran un tesoro en su lealtad y amor,
y cruzan por el mundo cual cándidas estrellas
raudales de ventura vertiendo en derredor.

Yo vi uno de esos astros radiantes de hermo-
[sura
brillando en mi tormenta, y ansioso le seguí,
y en su beldad celeste de májica ternura
las prendas que ambiciono absorto descubrí.

Asi es que desde entonces gravose en mi me-
[moria
y adorárala rendido mi ciego corazon,

que en ella ve sediento de vida, amor y gloria,
un vaso cristalino de virjen ilusion.

Acude ¡oh! caro amigo, ven presto con tu lina
y unidos entonemos dulcísimo cantar,
el ánjel de mis sueños, al númen que me inspira,
al faro esplendoroso de mi revuelto mar.

Acude, acude presto que es grata la existencia,
si en nubes de deleites dormita el corazon,
y hagamos nuestros ecos henchidos de vehe-
[mencia,
subir hasta el Supremo con grata vibracion.

Que el jenio soberano que rije los amores
las árdidas plegarias que alcemos, al oir,
hará que sus coronas de enrojecidas flores
las sienes palpitantes nos vengan á ceñir.

Y asi de las delicias el lago sulcaremos
del aura placentera al blando murmurar,
y en sus divinas ondas por siempre sumiremos
la faz horripilante del bárbaro penar.

C. Cabrera.

EL AGUINALDO

Libro feliz en cuyo seno abrigas
cánticos mil de amor y de ternura
donde el pincel con májica pintura
cuadros de amor y de ilusion trazó.

Tú que á dicha tuviste haber nacido
con ricas galas de opulencia y fausto
para ser de las bellas holocausto,
¡oh cuánto envidio tu fortuna yo!

Cuánto envidio las veces que una mano,
humedecida acaso por el llanto,
remedio ha de buscar á su quebranto
en tus hojas de cándido azahar!"

Y esa mano será la de una hermosa
mas blanca que tus hojas todavía,
mas ardiente que el sol del medio día
mas pura que el aliento virjinal.

Tú sabrás del amante los arcanos,
recojerás sus lágrimas ardientes
y en el luchar de esfuerzos impotentes
al fin darás consuelo á su dolor.

Que en tí leerá tal vez su propia historia
en misteriosas fábulas descrita

y en tí descargará la triste cuita
que agovia su angustiado corazon.

II.

Tú serás el evanjelio,
de amor compendiada historia
que repase en su memoria
y en su canto el trovador.
Hechizo de las hermosas
bullirás en torno de ellas
como bullen las estrellas
de la luna en derredor.

¡Cuántas veces cojerás
en pago de tu lectura
un suspiro de ternura
de una boca anjelical!
y esta boca—"mi consuelo,
mi bien"—te dirá entre dientes
y entre lágrimas ardientes
besos de amor te dará.

Cuántas veces tú despierto
de tu hermosa en el regazo,
unido en estrecho lazo
con su amante corazon,
escucharás sus latidos
y el rumor de sus caricias...
que sus sueños de delicias
obra de tus versos son.

Y allá en sus ensueños de oro
afanosa, delirante
te estrechará palpitante
á su seno de jazmin
creyendo que tú eres libro,
fiel imájen seductora
del hombre á quien ella adora
con amante frenesí.

No vendrán sobre tus hojas
á posar los ruiseñores,
que si ellos cantan amores
a la rosa y al clavel
amores tambien tú cantas
á la tímida doncella,
flor del mundo la mas bella
que se ostenta en el verjel.

Aguinaldo venturoso,
¡cuánto envidio tu destino
y el encanto peregrino
de tus hojas de azahar!
que no hay, es seguro, suerte
ya felice ni propicia
comparada á la delicia
que en el mundo has de gozar.

III.

Salve, libro feliz venturoso!
repertorio de gratas memorias,

narrador de amorosas historias,
de las bellas precioso alcorán,
donde el vate, de amor inspirado,
en tus hojas de cándida nieve
ha dejado una huella aunque leve,
en tributo á su hermosa deidad!

Salve, libro feliz venturoso!
evanjelio de amor sacrosanto,
de las bellas profético encanto
y consuelo del fiel amador!
vuela al mundo; Cupido en sus alas
te presente risueño á las bellas,
y ese cielo sembrado de estrellas
hoy te preste su grato fulgor.

M. A.

A LOS JOVENES COLABORADORES

DEL AGUINALDO PUERTO-RIQUEÑO

Puerto-Rico 9 de Noviembre de 1843.

SRES.:

En la publicacion del prospecto de su obra de UU., por medio del Boletin instructivo y mercantil de esta plaza, veo acometida una empresa digna de la civilizacion del dia, y á todas luces merecedora de alabanzas. UU., poseidos de una emulacion plausible, tienen el noble deseo de hacer conocer nuestro pais; se proponen dar una muestra del estado de la bella literatura en Puerto-Rico, y llenos de laudable moderacion, declaran, que si aun no pueden brillar, aspiran á lo menos á alternar en este inocente cuanto provechoso certámen.

Sea enhorabuena: los felicito á UU. con todo mi corazon por su bello propósito, y no puedo menos que encomiarlo: bajen UU. á esa arena cuyas armas inofensivas son el talento, y la imajinacion; cúbralos á UU. la ejida de Minerva, y ojalá que salgan de su empresa como lucidos campeones y buenos caballeros.

Mas no vayan UU. á creer por esto que estamos de acuerdo en todos los puntos de su prospecto. Oh, no, señores! Yo me propongo disfrutar de su obra, á que me he suscrito uno

de los primeros, porque tambien á mí me gustan esos pasatiempos en que, segun el consejo de Horacio, se mezcla lo útil con lo agradable; pero algo menos entusiasta que UU., no les doy la esclusiva para saborearme con ellos solamente en los días de Navidad, sino que apegado a mis hábitos y añejas costumbres, y aun si UU. quieren a mis preocupaciones, acepto estos goces del espíritu, sin renunciar a los del cuerpo; soy hombre de temporal y eterno; en suma, me gustará la fruicion del Aguinaldo de la juventud moderna; mas, me gustará, como **adición**, y no como "sustitucion con ventajas a la antigua botella de Jerez, al mazapan, y a las vulgares coplas de Navidad de nuestros abuelos," como dice el Prospecto.

No, no, señores: hablemos claro: vengan libros de Aguinaldo para divertir ratos ociosos; pero, por Dios santo, no se atente a mi copa de Jerez, mis turrones y demás niñerías de noche buena y Pascuas, o nos han de oir los sordos, y habrá la de S. Quintín.

UU. quieren imitar lo que se hace en Francia, en Inglaterra y Alemania: está bien; me conformo.

Publícanse en estos países bellísimas obras para regalos de Aguinaldo; lucen en ellas el injenio, la poesía, la prosa, la tipografía, la pintura, la litografía, la encuadernacion, las pastas,

y hasta el lujo de los envoltorios y fundas de tafiletes preciosos y brillantes, con filetes de oro y con grabados de grecas, ondas, ramos, templetes, y caprichos variados hasta lo infinito; pero, según se dijo en otro tiempo en un artículo de esta misma materia, inserto en el Boletín, fieles aquellos pueblos a sus sabrosas costumbres y a las tradiciones de sus mayores a nadie le ocurre que las producciones de la literatura pugnen y se hallen mal avenidas con el gran **noche buena** (grueso tronco que en ella se pone a la candela para su celebridad); con las cajitas de bombones y confites; con el *Noél*, lleno de chucherías y dulces para sorprender a los niños el día de Pascua; con las festivas y ruidosas cenas de la noche de Reyes, en que figura en primer término el indispensable pastel que contiene una sola habichuela encarnada, la cual da la soberanía en el acto de la mesa al que la halla en la porción que le ha tocado, nombrando el rey o la reina inmediatamente su familia y servidumbre; y haciendo todos los comensales desde aquel momento con trisca y algazara cuanto hace S. M., si come, si bebe, si canta, si ríe.

Ya UU. ven, que si hemos de seguir las huellas de las naciones que dan el tono a la civilizacion, es preciso respetar las costumbres tradicionales de nuestros padres, sin perjuicio de adaptar las nuevas, marcadas, si se quiere, con el sello de más cultura y mejor gusto.

De lo contrario, si UU. insisten y se empeñan en proscribir las primeras desplegando esclusivamente el pabellón triunfante de las segundas, vamos a tener aquí el campo de Agramante y la venta de Cárdenas, y UU. se van a echar encima mucha jente que defenderá su terreno, y obrará hostilmente contra el nuevo Aguinaldo puerto-riqueño.

Por toda la biblioteca de los Faraones no renunciará con gusto el honrado castellano a su olla podrida del día de Navidad, con asistencia, sin escusa ni pretesto, de la tierna garbanza y del jugoso carnero de Burgos; ni el madrileño a su cena de noche buena con la correspondiente sopa de almendra, turrones de Alicante y Gijona, y demas adminículos; el navarro querrá sostener sus sabrosos corderitos; el malagueño sus uvas colgadas y sus batatines confitados; el estremeño sus morcillas, chorizos, longanizas, embuchados, y lo más florido, que gusta en esos días, de la suculenta chacina; el valenciano no se dejará arrebatar impunemente sus nueces, castañas, bellotas, avellanas, almendras y garbanzos tostados con cañamones, sus deliciosos meloncitos de Foyos, sus ricas toñas y fogasetas de Nadal, y sus delicadas cascas; y la caraqueña tirará los treinta dineros, y les echará a UU. un **guá**, que hará temblar hasta al mismísimo rejente de la imprenta, si UU. le tocan sus hayacas de noche buena. ¡Ahí es nada

lo del ojo! ¡Una hayaca bien hecha...!!! (*) Mucho podrá tener de bueno y apreciable su libro de UU.; pero... en fin; mas vale callar, que toda comparación es odiosa, y peor es meneallo.

¿Y qué diremos del terreno que pisamos? ¿Les parece a UU. cosa de chanza echar abajo de una plumada las trullas, pidiendo Aguinaldo en las noches de víspera y dia de Reyes; á pie en la ciudad, y á caballo en los campos (aunque llueva mas que cuando enterraron a Larrauri), con la precisa música de **cuatros, bordonúas, calabazos, maracas** y **rascadores**? Pues qué, ¿dejaremos escapar cobardemente de nuestras manos el **puerquito asado** de noche buena, el arroz con **melao**, los pasteles de hoja, el queso, arroz con perico y demás manjares, todavia en vigor en nuestros campos? ¿Y permitiremos que se hable sin el debido acatamiento de nuestros antiguos y venerables cantares?

Alabar a Dios
Por ser lo primero,
Y después de alabao
Me siento en el suelo;
Naranjas y limas
Limas y limones,
Más vale la Virjen
Que todas las flores

---

* Pastel hecho con masa de harina de maíz que contiene carne de vaca, garbanzos, almendras, pasas, tocino en pedacitos pequeños y otros ingredientes; para cocerlo, se envuelve en hojas de plátano.

Por la yerva vengo
Pisando el rosido,
Y traigo el estógamo
Bastante aflejido
Naranjas y limas &c.

Si nos dieren queso,
Dén-nos-lo en tajadas,
Porque en la otra casa
Quiso haber trompadas.
Naranjas y limas &c.

¿Pretenderán UU. también privarnos del alegre cuadro que presenta esta ciudad a las doce del día de Reyes, con las visitas de ceremonia que hacen a la Fortaleza la guarnición, ayuntamiento, autoridades, corporaciones y funcionarios públicos, vestidos todos de gala, a dar Pascuas al capitan jeneral, y los recíprocos cumplidos que con igual motivo se hacen los mismos jefes y las personas notables del vecindario, y las músicas militares, y las bandas de tambores, y hasta las trullas de los negros con sus bombas y banderas, y ataviados con fajas de todos colores, sombreros de tres picos con plumas, y mil adornos raros con que les gusta engalanarse para pedir el Aguinaldo en un lenguaje especial, que suele participar de varios idiomas confusamente amalgamados? ¿Quieren UU. quitárnoslo todo en un día? ¡No

nos espiritualicemos tanto, señores, que todo no ha de ser Numancia! no tanta finura, por Dios; menos borla y más limosna; si seguimos el consejo de UU., y por otra parte, en alguna indisposición que padezcamos, nos toca un médico de los de la escuela de Broussais, que nos plante quince días a agua de goma y alguno que otro atol, pronto no quedará quien lea el Aguinaldo puerto-riqueño, y marcharemos en vapor a reunirnos con nuestros antepasados, que al vernos pasar la barca de Aqueronte, estenuados, tétricos y macilentos, se echarán a reir a carcajadas y se burlarán de nosotros en venganza del desprecio que hicimos a sus sabias, sesudas y sustanciosas lecciones.

No crean UU. que soy alguno de esos profesores de gostronomía, capaces de manducarse a su mujer y sus hijos, con tal que se los condimenten sabrosamente, así como tampoco puedo figurarme que UU. resucitando el fervor de los padres de la Tebaida, pretendan encaminarnos hácia una vida puramente contemplativa; conque, caballeros, en esta intelijencia, seamos discretos, y hagamos un tratado de paz; imitemos la prudencia de aquel chico que preguntándole su madre que qué quería tomar, si pan o caldo, respondió con un poco de socarronería, que tomaría sopa; bueno es un pan, aunque sea en dos pedazos; de ningún modo está mejor frito un huevo que revuelto con otro; y en esto de

aritmética aplicada a los Aguinaldos, yo, pecador de mí, estoy por la operación 3 más 4 igual a 7; con preferencia a la de 7 menos 4 igual a 3; en suma, voto por el nuevo Aguinaldo puertoriqueño, como adición al antiguo; pero mirando como sustitución esclusiva, y ainda mais, con ventajas, soy de la oposición.

Sin embargo de esta, también soy de UU. en todos los casos muy atento afectísimo servidor Q. B. S. M.

J. V.

FIN.

INDICE

Prefacio. 7
Introduccion. 11
Pedro Duchateau. 15
El sueño. 33
A Elvira. 39
A un Ramillete. 45
El Astrólogo y la Judía. 49
Serenata. 81
A mi Madre. 85
Fantasía. 91
Historia de D. Alfonso de Córdoba. . . . 95
A Armanda. 121
A un laurel. 127
A la Virjen. 133
Muerta por amor. 135
A unas rosas secas. 145
La infanticida. 153
Mis ilusiones. 181
Insuficiencia. 185
A Jacobo. 189
Al Aguinaldo. 195
A los jóvenes colaboradores. 199